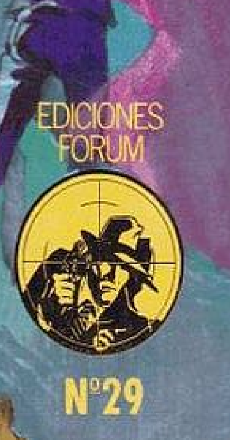
CIRCULO DEL CRIMEN

CALLE SINIESTRA

WADE MILLER



Nº 29

El trabajo que le habían encomendado a Max Thursday no parecía difícil: entregar una cajita de música a cambio de otro objeto. El asunto empezó a complicarse cuando comprobó que las personas con las que se ponía en contacto morían asesinadas, dejando que él explicara como pudiera su presencia en la escena del crimen. El propósito de Thursday parecía coincidir con el de un extraño pintor inglés, un conde austríaco, una bella y misteriosa rubia, más un millonario excéntrico y avaro. Todos iban tras el msmo objetivo, aunque cada uno por caminos muy diferentes.



Wade Miller

Calle siniestra

Círculo del Crimen N.º 29

ePub r1.0
Editor 10.12.16

Título original: *Uneasy Street*
Wade Miller, 1948
Traducción: Ana Martínez Laínez
Forum: 1983
ePub base r1.2



1

Jueves, 23 de diciembre, 19:45

Max Thursday dijo:

—Me llamo Wister. Creo que mi mujer ya se ha inscrito.

El empleado le miró con un aire de ligera sospecha desde el otro lado del lujoso mostrador del hotel. Veía a un hombre alto y delgado, de anchas espaldas y con una chaqueta de *tweed* que, por cierto, no parecía muy cara. Bajo el sombrero de ala dura había una inexpresiva cara huesuda. Una prominente nariz arqueada añadía dureza a su expresión, que sólo por una graciosa mueca en los labios se libraba de resultar cruel e impasible. Cuando sus fríos ojos azules encontraron de repente la mirada del empleado, éste se puso a buscar apresuradamente entre las fichas de los clientes.

Thursday se echó el sombrero hacia atrás y se volvió para echar un vistazo al atestado vestíbulo del hotel. No era normal que un hotel de vacaciones estuviese tan lleno en Navidad. Un cartel colgado del techo, para dar la bienvenida a la ASSC, lo explicaba. La Asociación de Secretarios del Sur de California celebraba este año su congreso del 21 al 23 de diciembre en Del Mar, una plácida villa costera de verano situada a unos treinta kilómetros al norte de San Diego. Esta noche era la clausura de una reunión de tres días, en los cuales los clientes del «Palmeras del Mar» habían sido mayoritariamente mujeres. Había algunos «secretarios» en el vestíbulo, pero a Thursday no le pareció que se esforzaran en hacer más soportable el ambiente de velada de *bridge* que reinaba por allí.

«Palmeras del mar» era el segundo y el más moderno de los dos grandes hoteles de Del Mar. Era típicamente californiano en el hecho de que no parecía de California. Su arquitectura tenía

influencias de los indios del suroeste. Era una especie de pueblo mejicano hecho de falso adobe, con varios edificios dispuestos desordenadamente y cuya altura oscilaba de uno a tres pisos. Unas vigas que parecían postes de teléfono barnizados servían de apoyo a los techos y sobresalían al exterior de las paredes del hotel como enormes púas.

Mantas de colores chillones y forma triangular, cacharros de áspera cerámica y ladrillos de adobe cuidadosamente colocados daban un toque «primitivo» en lo que, por lo demás, resultaba ser un lujoso decorado.

Detrás de Thursday, el empleado, un hombrecillo de aspecto gris y bigote canoso, carraspeó y cuando Thursday se volvió, le dijo:

—Su esposa está en la habitación trescientas dos, ¿sería tan amable de firmar el registro…?

—No. Veo que la señora Wister ha firmado ya por los dos.

El empleado pareció molestarse.

—Trescientas dos. Subiré ahora mismo —dijo Thursday.

Atravesó rápidamente el vestíbulo, evitando los grupos de mujeres vestidas de largo y consciente de tener los ojos del empleado fijos en su espalda.

Era mejor no firmar nada hasta saber en qué se estaba metiendo. Encontró las escaleras y empezó a subir con el ceño fruncido. No podía comprender las sospechas abiertas del empleado, que había actuado como si no acabara de creer que Thursday fuera el marido de la señora Wister.

Metió la mano en el bolsillo del abrigo y encontró de nuevo la manoseada carta. Tantas veces la había leído que casi se la sabía de memoria. La había recibido en su oficina de San Diego hacía tres días. Por la letra parecía de mujer, pero el contenido era tajante y muy preciso. Quien la escribía, que firmaba como señora Silvia Wister, quería contratar a un detective privado. Si el señor Thursday estaba interesado en cobrar trescientos dólares, debía presentarse a las ocho en punto de la tarde del 23 de diciembre en el hotel «Palmeras del Mar», en Del Mar, donde ya estaría inscrito. Se requería absoluta discreción.

La primera intención de Thursday había sido tirar la carta tranquilamente en la papelera. Pero trescientos dólares serían un buen regalo de Navidad, regalo que necesitaba desesperadamente.

La señora Wister… sonaba a un caso de desaparición del marido; probablemente sería una mujer joven, de bonitas piernas e insatisfecha. La curiosidad hacía volar la imaginación de Thursday.

Cuando llegó al tercer piso oyó que, en algún lugar a su izquierda, se cerraba el ascensor. Esperó en el último escalón hasta oírlo bajar antes de buscar la habitación 302. Estaba en la parte que daba al mar, hacia la mitad del pasillo. Llamó a la puerta suavemente.

Una voz de mujer dijo:

—¿Quién es?

—Tu marido, cariño.

—Entra.

El cerrojo no estaba echado. Thursday empujó la puerta y entró en la habitación, parpadeando para acostumbrar la vista a la oscuridad, que contrastaba con la iluminación del pasillo. La lámpara estaba apagada y la única luz que había en la habitación era la de la luna, que entraba por la ventana abierta. El ruido de las olas al estrellarse se mezclaba con la tranquila música de baile que una orquesta tocaba en la terraza de abajo.

Thursday cerró la puerta y se apoyó en ella. La mujer estaba sentada erguida y su silueta se reflejaba en la ventana. Cuando la pudo ver más claramente, Thursday se preguntó por qué había supuesto que sería joven. Era cualquier cosa menos eso; una mujer frágil, pequeña, delicadamente arrugada y con un pelo que la luz de la luna no podría blanquear más.

—No se quede ahí —dijo con una voz dominante y que parecía acostumbrada a serlo—. ¿Se llama?

—Max Thursday. ¿Usted es la señora Wister?

—Claro. Siéntese.

Thursday rodeó la cama de matrimonio y se sentó cerca de ella. La señora Wister, inmóvil y sentada en una silla recta, le miraba de frente detrás de un pequeño escritorio.

Llevaba un sencillo traje oscuro con una blusa blanca. Sus manos pequeñas sujetaban fuertemente contra el pecho una vistosa caja, que, por el tamaño, parecía una caja de puros.

—Esperaba a un hombre mayor —dijo la mujer.

—Los detectives privados no ganan con la edad.

—Este asunto hay que llevarlo con mucha discreción, no impetuosamente.

—Lo deduje de los rodeos para esta entrevista. De todas formas, ¿a qué se debe esa discreción?

La mirada de la mujer era tan aguda y firme como su voz.

—Eso no es asunto suyo.

—Muy bien, señora Wister. ¿En qué consiste mi trabajo?

—Antes de darle las instrucciones, ¿lleva usted…, está armado?

Negó Thursday con la cabeza y la mujer de pelo blanco pareció complacida.

—Bien —dijo la señora Wister—. Ahora escúcheme con atención, señor Thursday; quiero contratarlo para hacer un trabajo que, por razones que no pienso explicarle, debe ser conocido sólo por usted y por nadie más. ¿Comprende?

—Puede que lo comprenda y puede que no. Lo que espero que usted entienda es que soy un detective, no un delincuente. Estoy dispuesto a hacer cualquier trabajo que me dé dinero con tal de que…

—Sí, sí —interrumpió la mujer pacientemente—. Por favor, esté seguro de que no hay nada ilegal en su trabajo. Y sí hay dinero para usted por hacerlo.

Señaló con la cabeza un rectángulo blanco que había sobre el escritorio.

—En ese sobre hay ciento cincuenta dólares, la mitad de la cantidad que le mencionaba en mi carta. Cuando complete la misión, el resto le será pagado inmediatamente.

Thursday cogió el sobre. No estaba cerrado y pudo ver el agradable verde de los billetes.

—Está bien —añadió mientras empezaba a contarlo—. Adelante.

La anciana todavía apretaba la extraña caja contra su blusa.

—Debo darme mucha prisa… —Su voz pareció un poco ronca y carraspeó un poco para aclarársela—. Por favor, no me haga repetir esto. No debe revelar a nadie la identidad de quien le contrata.

—¿Tengo razón al suponer que se trata de usted? —dijo Thursday mientras se guardaba en el bolsillo el sobre con el dinero.

La señora Wister no hizo caso de la pregunta.

—Tiene que actuar como un agente que hace un negocio. Se

trata de una transacción muy sencilla. ¿Ve este objeto que sostengo en mis brazos?

Como ella no hizo ademán de mostrarle la caja, Thursday se inclinó para echarle un vistazo.

—No puedo distinguir claramente de qué se trata.

—Eso no importa. Para su información le diré que es una caja de música hecha en Suiza en el siglo XVIII, y valiosa, pero no excesivamente. Voy a dársela.

Pero sus finos dedos no se movían.

—Quiero que la entregue al conde Emil Von Raschke, que vive ahora en el hotel Fremont de San Diego.

—¿Eso es todo?

—No me interrumpa, señor Thursday, por favor. Entregue esta caja de música al conde von Raschke. Él le dará otro objeto a cambio. Después de eso, nos pondremos en contacto con usted. Quizá yo no, pero… ¿Puede usted hacer esto?

—No es ilegal —dijo lentamente Thursday.

—No es ilegal. Se lo dije.

—Me imagino que no debo saber cuál es el otro objeto.

—No le interesaría. Se le paga y bien, me parece, por cuidar esa otra propiedad y guardarla por poco tiempo, hasta que reciba más instrucciones. ¿Puede hacerlo?

—Me parece que cualquier tonto podría —sonrió Thursday.

Por primera vez, el tono de voz de la mujer pareció traslucir algo de humor.

—Muy oportuno —murmuró—. En ese caso, señor Thursday, haga el tonto.

La orquesta del patio tocaba más alto o la señora Wister había bajado la voz. Thursday tuvo que inclinarse hacia ella para oírla. Respiraba afanosamente como si hubiera estado corriendo. O quizá estuviese terriblemente asustada.

—¿Qué le preocupa? —preguntó directamente Thursday.

Al principio pareció que ella tampoco iba a hacer caso de esta pregunta.

—Quiero prevenirle contra una persona. Puede que una mujer quiera encontrarse con usted. Se llama Gillian Pryor y ya me ha hecho algunas amenazas que yo consideré estúpidas e inoportunas. Pero ocurra lo que ocurra, recuerde que ella nada tiene que ver con

su trabajo.

El nombre no le dijo nada a Thursday.

—Gillian Pryor —repitió—. ¿Qué tiene que ver en todo esto?

La voz de la anciana tenía todavía un tono de firmeza.

—Eso tampoco le interesa.

Thursday se rió.

—No sabía que hubiera tantas cosas y que ninguna me interesase.

Ella no sonrió. El ruido de su respiración se oía por encima de la música de baile y del sonido de las olas. Murmuró entrecortadamente:

—Quizá si usted no hubiera sido tan meticuloso…, si hubiera venido antes… Pero le he dado todas las instrucciones que necesita, y si es demasiado tarde para mí…

La señora Wister se encogía poco a poco en la silla. Echó los hombros hacia atrás bruscamente.

—La señorita Pryor me ha seguido hasta aquí esta noche. No sabe nada de esta caja. Intenté despistarla hasta que usted llegara.

—Su carta decía a las ocho en punto. Me gusta ser muy puntual.

La señora Wister no contestó. Sus dedos se abrieron de repente, soltando la caja de música, que cayó de golpe sobre la alfombra con un ruido sordo.

Thursday se levantó precipitadamente.

—¡Señora Wister!

Llamaron a la puerta de la habitación y, como un eco, se oyó la voz del empleado de la recepción.

—¡Señora Wister!

Mientras la llamaban, el viejo y encogido cuerpo de la anciana se inclinó de lado y cayó suavemente de la silla sin ruido, hasta hacerse un pequeño bulto arrugado debajo de la ventana.

Thursday se dio la vuelta y atravesó en silencio la oscura habitación hasta la puerta. Cuidadosamente echó la llave, esperando que no se notara el ruido del cerrojo. El empleado golpeó otra vez la puerta.

—Señora Wister, ¿se encuentra bien? ¡No contesta! —añadió sin ninguna necesidad dirigiéndose a alguien que estaba con él en el pasillo.

Thursday volvió sigilosamente al lugar en que la luna arrojaba

un torrente de luz sobre la figura de la anciana, cuya fría mano descansaba lánguidamente sobre la antigua caja de música.

El empleado elevó la voz, y con tono suplicante dijo:

—Señora Wister, perdone la interrupción, pero alguien nos ha dicho que estaba en apuros. Señora Wister, ¿se encuentra bien?

De rodillas junto al cuerpo de la anciana, Max Thursday tenía la respuesta a esa pregunta. La señora Wister estaba muy lejos de encontrarse bien. Había muerto a causa de una pequeña herida que tenía bajo el esternón. La herida no había sangrado mucho porque la anciana había mantenido la caja de música contra ella.

Pero ahora, mientras Thursday la observaba, un círculo oscuro se extendía gradualmente por su blusa blanca.

2

Jueves, 23 de diciembre, 20:15

Se oyó el ruido del picaporte al bajar cuando unas manos invisibles se cercioraron de que la habitación 302 estaba cerrada. Un puño empezó a golpear de nuevo la puerta y el empleado llamó a la señora Wister con más fuerza. Había otras voces en el pasillo además de la del empleado, voces sorprendidas, nerviosas, curiosas.

Thursday se incorporó y volvió rápida y silenciosamente a la puerta. La solución más sencilla era dejar entrar al empleado y explicarlo todo. Pero hasta ese momento la noche parecía estar plagada de trampas.

Su presencia allí resultaría muy comprometedora a los ojos de la Policía, y más aún a los del fiscal del distrito. Además, la señora Wister había insistido en que el secreto debía ser total. Y trescientos dólares compraban mucho secreto.

Thursday había sacado el pañuelo para secarse el sudor de las manos, pero se encontró a sí mismo limpiando automáticamente sus huellas del picaporte. Después pasó el pañuelo por la llave que había usado.

Los golpes en la puerta habían cesado.

—… Sospeché de ese tipo nada más verlo en recepción —decía el empleado del hotel a su auditorio—. Dijo que era su marido. Pero, a decir verdad, resultaba demasiado joven y fuerte para tener una mujer tan vieja.

—¿No tiene una llave? —interrumpió alguien.

—Tengo una llave maestra, pero no puedo usarla con la llave de la señora Wister metida en la cerradura. Si pudiera mirar por el ojo de la cerradura…

—Fuércela.

—Un botones ha bajado a por un destornillador. Lo que haremos será quitar el cerrojo de la puerta, eso es. Espero de verdad que no le haya ocurrido nada a la señora Wister…

Thursday atravesó de nuevo sigilosamente la habitación, buscando una salida. Cinco minutos más y le atraparían con una mujer asesinada de la que sólo sabía el nombre. Había dos puertas más en la 302, la del baño y la del ropero, las dos sin salida. Tenía que pasar por encima del cadáver de la señora Wister para llegar a la ventana abierta.

Tres pisos más abajo estaba la terraza donde unos focos de alegres colores se proyectaban sobre un montón de personas que bailaban vestidas de fiesta. Una pequeña orquesta tocaba en las suntuosas escaleras de la parte de atrás del hotel. La noche estaba fresca. La mayoría de las mujeres tenían puesto el abrigo encima del traje largo.

No había una escalera de incendios cerca. Hacia el sur no se veía más que una prolongación del tercer piso. Sin embargo, en la dirección contraria estaba el tejado del segundo piso, dos habitaciones más allá. Thursday lo pensó rápidamente.

Bajo la ventana del tercer piso había una hilera de extremos de vigas, al estilo de un supuesto pueblo mejicano. Eran redondas, ásperas y sobresalían un metro de la pared. La distancia entre ellas era también aproximadamente de un metro. Thursday se colocó a horcajadas en el alféizar de la ventana y se asombró de lo precario del camino. Si los salientes eran de verdad prolongaciones de las recias vigas de madera que adornaban el techo de cada piso, aguantarían su peso. Si eran de pega, como la mayor parte del hotel, y estaban sólo pegadas al adobe de la pared exterior…

Mientras dudaba, le llegaba del pasillo un creciente murmullo de voces. No distinguía lo que decían, pero por un sonido metálico supo qué ocurría: el destornillador había llegado.

Thursday apoyó provisionalmente un pie en la viga que tenía justo debajo, que no pareció vencerse con su peso.

Volvió a la habitación 302 y utilizó otra vez su pañuelo, pasándolo por el escritorio y por las partes de la silla que recordaba haber tocado. Entonces cogió la antigua caja de música, que tenía una manchita de sangre en el centro de su base, la limpió y se la

puso bajo el brazo izquierdo.

Se oyó una exclamación de triunfo al otro lado de la puerta.

Apresuradamente, Thursday pasó las piernas al otro lado de la ventana, buscando con los pies la siguiente viga. La encontró y contuvo la respiración mientras se apoyaba en ella poco a poco con todo su peso. El grueso madero crujió débilmente, pero resistió.

Empezó a respirar otra vez cuidadosamente. La superficie de madera estaba lo suficientemente desgastada como para no resultar resbaladiza. Se las ingenió para conseguir un peligroso equilibrio, con su cuerpo casi erguido y apoyado con la mano derecha contra la rugosa pared. No podía utilizar el brazo izquierdo, con el que sujetaba la caja de música. Un vientecillo frío le daba en la sudorosa frente.

En la terraza de abajo la música paró y se oyeron aplausos dispersos. Thursday apretó los dientes y rogó fervientemente que ninguno de los que estaban bailando mirase hacia arriba. El resplandor irisado de las luces inundaba la parte trasera del hotel y, a la vez, proyectaba por encima de él su sombra a gran tamaño.

Siete travesaños de madera lo separaban del lugar en que la altura del «Palmeras del Mar» se reducía a dos pisos. Siete maderos y dos ventanas sin luz. Avanzó palmo a palmo por la pared y se inclinó hacia el madero. Encontró dónde poner el pie y pasó de nuevo por la agonía de recuperar el equilibrio.

Después del tercer travesaño había una ventana, la de la habitación contigua a la que ocupaba la señora Wister. Confiaba en que la falta de luz significase que el ocupante estaba abajo divirtiéndose. No había forma de pasar sin ser visto desde la habitación, en caso de que hubiese alguien dentro. Por lo menos, el alféizar de la ventana ofrecería un agarradero mejor que la escarpada pared. Thursday dio un paso más y se aferró al estrecho borde. Al agarrarse se produjo un ruido que a él le pareció un trueno. La ventana se abrió y una divertida voz de mujer preguntó:

—¿No le parece que hace un poco de frío ahí fuera?

Thursday se agarró al borde de la hoja de la ventana para evitar la caída y, desesperado, todo lo que pudo contestar fue:

—No me importa.

La mujer soltó una risita como un suave gorjeo. Estaba de pie de espaldas a la puerta, cerca de la entrada, en la oscuridad. Thursday no podía ver de ella más que su melena rubia y brillante. Parecía joven y pequeña; mediría uno sesenta o así.

—Ande, pase —sugirió.

La luz que salía de la habitación 302 le hizo decidirse. El empleado del hotel había logrado forzar la puerta y entrar en la habitación de la señora Wister. En cuestión de segundos algún curioso asomaría la cabeza por la ventana abierta.

—Gracias —dijo Thursday mientras pasaba una pierna sobre el alféizar—. Con su permiso.

La rubia se retiró del paso mientras Max llegaba al suelo. No llevaba zapatos. Tenía puesta una combinación debajo de un salto de cama de gasa. Thursday permaneció de pie, inmóvil.

—No tenga miedo —dijo para tranquilizarla—. Sé que esto parece malo, pero…

—¿Miedo? No lo tengo si usted no lo tiene —parecía estar divirtiéndose mucho—. No es frecuente atrapar a un ladrón tan guapo.

Al oír la palabra «atrapar», la mirada de Thursday saltó al teléfono de pared que había junto a la puerta del armario.

—Por Dios —dijo ella—, deje de mirar como un zorro acorralado, Raffles. No estoy acostumbrada a esa forma de mirar, y menos en mi habitación.

La miró de arriba abajo calculando fríamente. Pensó que algún jefe tenía toda una secretaria, y además de las juerguistas. Ella se lo confirmó con la expresión:

—¿Eso de ahí es la pasta? —Se sacudió el pelo y examinó la caja de música que Thursday sujetaba fuertemente bajo el brazo izquierdo.

Thursday se volvió hacia la pared. No se oía nada en la habitación contigua. Encima de un carrito de té había una bandeja con dos botellas y un solo vaso de agua. Puso el fondo del vaso vacío contra la pared y apoyó el oído en el frío círculo del otro lado. El rudimentario estetoscopio no detectó ni un murmullo.

—A prueba de ruidos —dijo la rubia—. Si algo ocurre en la habitación de al lado, nosotros no lo oiremos, y al revés.

El percibió el blanco destello de unos dientes cuando ella se

volvió de nuevo mirando a la caja de música y dijo:

—Imagino que algo debe pasar.

—¿Puedo confiar en usted para que vaya a ver cómo está el pasillo?

Su voz de actriz, cuidadosamente modulada, adoptó un ligero tono de enfado y reprobación.

—Ustedes, los altos y delgados, están siempre obsesionados por la prisa. ¿Por qué será eso? Usted está seguro aquí, y le daré una copa si me cuenta un cuento.

—¿Puedo confiar en usted para que vaya a ver cómo está el pasillo? —repitió Thursday con impaciencia.

Ella le miró fijamente un momento. Luego se encogió de hombros y murmuró:

—Qué suerte la mía.

Se oyó el crujido del salto de cama deslizándose por la alfombra hacia la puerta, que la rubia abrió sin el más mínimo ruido. La luz del pasillo iluminó un fino perfil y un arreglado flequillo.

A Thursday le pareció que ella le había dejado deliberadamente en la incertidumbre, antes de decir nada. Finalmente, hizo señas de que todo estaba tranquilo. Thursday se asomó a la puerta.

—Algo pasa en la habitación de al lado, pero el pasillo está libre. No hay peligro —susurró la rubia.

—Gracias. Ha sido una gran ayuda.

—De nada. Hágase cuenta que no nos hemos visto.

No le abrió la puerta del todo. Thursday tuvo que apretarse contra su pequeño cuerpo para pasar y entonces percibió un aroma de sándalo.

—¿Sabe? Para ser un delincuente, es bastante aburrido.

La puerta se cerró tras él con un golpecito seco dado con cierto enfado.

No había tiempo de preocuparse por eso. Thursday tenía que pasar por la puerta abierta de la 302 para llegar a las escaleras. Anduvo por el pasillo rápida y silenciosamente; nadie lo vio.

Un fragmento de frase que había oído al pasar por la puerta de la señora Wister le perseguía: «… recordaré su cara mientras…»

3

Viernes, 24 de diciembre, 8:00

Max Thursday vivía en la mitad de un dúplex encalado en el barrio Middletown de San Diego, en la parte alta de la colina que hay entre el puerto y la vasta extensión de Balboa Park. Se sentó a la mesa del salón y se puso a escribir unas felicitaciones de última hora que quería echar al correo en el centro de la ciudad, de camino a su entrevista con el conde Emil Von Raschke. La mañana estaba clara, pero el cielo amenazaba ponerse desagradablemente gris.

Garabateaba direcciones con prisa, a la vez que intentaba echar un vistazo a los titulares del «San Diego Union». La caja de música que reposaba, a su derecha, sobre la mesa, seguía distrayendo su atención. La había examinado centímetro a centímetro varias veces y no encontraba nada sospechoso en ella.

El objeto tenía la forma de un antiguo cofre en miniatura, cuadrado, de unos veinte centímetros de lado y diez de altura. A los lados tenía tres tiras de plata vieja entre las cuales los artesanos suizos hace ya tiempo desaparecidos, habían labrado un complicado diseño de marquetería con figuras de flores y hojas. Doscientos años antes las piececitas de madera probablemente habían sido de diferentes colores; pero el paso del tiempo les había dado un tono uniforme marrón claro. A pesar de ello, las divisiones entre las piezas incrustadas seguían siendo casi invisibles.

En la parte superior del cofrecillo el diseño floral estaba enriquecido con trazos de plata sobre los que había montoncitos de piedras semipreciosas. Thursday estimaba su valor como objeto antiguo en unos doscientos dólares. Cuando se levantaba la tapa, se oía un melodioso tintineo, tan despacio, que él todavía no había

tenido tiempo de oírlo entero. A través del cristal que cubría el complicado mecanismo se podían ver unas ruedecillas de trinquete hechas a mano que daban en unas púas en forma de peinecito metálico. Al bajar la tapa, la caja de música se daba cuerda sola mediante un ingenioso mecanismo.

Pero no pasaba de ser una bonita caja de música.

Se oyó el ruido del sedán negro que subía por la cuesta de Ivy Street y doblaba la esquina hacia Union. Thursday hizo una mueca de disgusto cuando el coche se paró ante su puerta. Era un coche de la Policía. Otro coche, un polvoriento cupé, aparcó justo detrás de él. Thursday cogió automáticamente la caja marrón de música y luego volvió a dejarla algo más atrás, sobre la mesa. ¿Por qué esconderla?

Dobló el periódico por la página de deportes para ocultar su interés en el artículo de primera plana sobre el asesinato de Del Mar. Cuando se oyó la inevitable llamada en la puerta, contó hasta diez antes de contestar.

El teniente Austin Clapp le miraba fríamente desde el porche. El jefe de la brigada de homicidios era un hombre pesado de cabeza gruesa y cara curtida por el aire. Las patas de gallo alrededor de los ojos y algunas canas entre el pelo marrón eran las únicas señales de su edad medianamente avanzada. Sus ojos eran grises si estaba de buen humor, y si no lo estaba, parecían de acero. Ahora parecían de acero.

—Me alegro de pillarte en casa, Thursday. Qué, ¿ocupado?

—Nunca estoy demasiado ocupado para hablar con la Poli. ¿Quiénes son tus amigos? —preguntó Thursday señalando a los dos hombres que estaban detrás del corpulento policía. Uno de ellos llevaba pantalones de montar, una fusta, y una chaqueta de cuero. Un sombrero de ala ancha oscurecía su larga cara de expresión taciturna. No necesitaba la estrella en el bolsillo de la camisa. Todo en él decía que era un representante del orden. El otro hombre era el empleado de la recepción del hotel «Palmeras del Mar».

Clapp abrió la puerta y dejó entrar a sus acompañantes. Thursday se acercó lentamente a la mesa y sacó un cigarrillo de un paquete. El empleado del hotel le miraba fijamente con expresión triunfal.

Cuando Clapp cerró la puerta, se volvió hacia el empleado:

—¿Y bien?
—Este es el hombre, exactamente.
—Cuéntanos, Max —asintió Clapp con la cabeza.
Thursday estaba ocupado en encender una cerilla.
—¿Les importaría decirme antes de qué va todo esto?
—Claro que no. Tienes derecho a saberlo —respondió Clapp con sarcasmo—. Te presento al señor Higby, el empleado de noche de la recepción del hotel «Palmeras del Mar». Tuvieron un pequeño problema allí anoche.
—Ya lo he leído.
—Me lo imagino. Este otro caballero se llama Demarest. Es el agente de justicia de Del Mar. Parece que la mujer asesinada fue visitada anoche por un hombre a eso de las ocho en punto. A los pocos minutos se encontró a la mujer muerta. Su visitante había desaparecido.
—Un asunto difícil, ¿no? —dijo Thursday sin inmutarse.
—No por ahora. El visitante habló con el señor Higby y éste se precia de ser un buen fisonomista. A Demarest también le pareció reconocer esa descripción.
—¿Por qué nos andamos con tanto rodeo? —preguntó Demarest con voz de aburrimiento—. Le hemos identificado. ¿Qué más necesitamos?
—Me temo que es así, Max —dijo Clapp extendiendo resueltamente las manos—. El señor Higby dice que tú eres el hombre que subió a la habitación de la señora Wister anoche a las ocho.
—¿Por qué no se sientan? —sugirió Thursday ofreciendo un cigarro—. ¿Fuman?
Demarest cogió uno, pero Clapp negó con la cabeza y Higby se apartó de Thursday como si tuviera miedo de que le contagiara.
—Estoy esperando —dijo Clapp, desde el sillón.
—Siento estropearlo todo, pero de aquí no van a sacar nada —sonrió Thursday con tristeza.
El bigote gris del honrado Higby temblaba.
—Es su voz y…
—En estas circunstancias, Max, no podemos aceptar tu palabra —le cortó Clapp.
—No les pido que lo hagan. Llamen a Merle Osborn si quieren

saber dónde estaba anoche a las ocho.

—¿La del periódico? —Se levantó Clapp—. Muy bien. ¿Dónde tienes el teléfono?

Thursday señaló hacia la cocina.

—Su número es Talbot
1-1476
. Probablemente aún no se ha ido al trabajo.

Mientras el teniente de detectives se acercaba lentamente al teléfono, Thursday sonrió con simpatía a Higby, que estaba rígidamente sentado en el borde del diván de flores.

—Así que el hombre misterioso se parece a mí, ¿eh?

—¡Como si no lo supiera usted! —dijo Higby—. Sospeché que subía para algo raro desde el primer momento en que lo vi. ¡La pobre señora Wister! ¡Asesinada en mi propio hotel!

Todavía con aire de suficiencia, Higby se volvió al aburrido agente de justicia.

—Desde luego, ha sido una suerte para nosotros que la señorita oyera el grito.

Demarest asintió y continuó mirándose las uñas.

—¿Qué señorita es ésa? —preguntó lentamente Thursday.

—Si no hubiera sido por ella, usted podría habérsenos esfumado —dijo Higby, quien, tras sacudirse la cabeza, continuó—. Pero lo dudo. Yo recuerdo su cara. Aunque si la señorita rubia no hubiera pasado por el despacho de recepción a decirme lo del grito en la trescientas dos, bueno…

Su voz se desvaneció ante la seria mirada fija de Thursday. La chica de la habitación a oscuras era rubia. ¿Había intentado atraparle y luego ayudarle a escapar?

Clapp salió de la cocina con cara de disgusto.

—Bueno, esto lo ha echado todo a perder, Max. Osborn dice que la llevaste al cine California a ver un par de películas antiguas. Esto te da una coartada desde las siete hasta casi la medianoche.

—Que nos diga algo sobre las películas —sugirió Demarest sin levantar la vista.

—Eran películas antiguas. Las ha podido ver anoche o hace cinco años.

Demarest, disgustado, se puso de pie.

—Está bien, de acuerdo. De modo que he venido hasta aquí para

nada. Vamos, Higby.

Higby, atusándose con el pulgar el limpio bigote, que se erizó en un gesto de incredulidad, repitió:

—Pero les digo que éste es el hombre con quien hablé. ¡Es él! ¿No van ustedes a hacer nada?

Clapp, como para disculparse, le dio unos golpecitos en el hombro.

—Señor Higby, en estas circunstancias, su palabra no vale más que la de Thursday. Es más, ahora mismo vale menos, puesto que él tiene alguien que confirma la suya y usted no. Ahora sólo tiene que sentarse y esperar. Estoy seguro de que lo llamaremos tarde o temprano.

El desconcertado empleado del hotel se dejó conducir al exterior. Thursday vio cómo Demarest le invitaba a entrar en el cupé marrón antes de volverse a mirar a Clapp. El jefe de la brigada de homicidios estaba de pie al otro lado de la desordenada mesa.

—Muy tarde ya para mandar tarjetas de Navidad, ¿no?

—Más vale tarde que nunca.

—¿No tienes nada más original que decirme ahora que estamos solos, Max?

—Clapp, eres muy hábil.

Clapp se hundió en el diván que había detrás de la mesa dando un gruñido de satisfacción.

—Te conozco demasiado. Sé cuándo ocultas algo y cuándo no. Ahora mismo ocultas algo.

—Piensa en mi preciosa coartada.

—Claro que pienso en ella. Esa tal Osborn está loca por ti y, si no recuerdo mal, te debe un favor o dos. Así que se dejaría llevar a la cárcel por ti. A pesar de todo, me juego lo que quieras a que tú estuviste en el hotel de Del Mar anoche. No digo que fueras allí a matar ancianas, pero conseguiste información y quisiera que la compartieses conmigo.

Thursday movió la cabeza.

—Clapp, siempre intento ayudarte cuando puedo. Pero si digo una palabra, tu estricto sentido del deber me llevaría al agujero. ¿Es que acaso vas a pedirme que saque bien el cuello mientras el fiscal

del distrito anda por ahí con un hacha?

—Sí —suspiró Clapp, como si nada importase realmente—. Has cometido cuatro homicidios, Max. Ya sé que fueron en defensa propia. Pero no culpes al fiscal del distrito por no perderte de vista. Soy tu amigo y probablemente lo seré siempre, pero ni aun así puedo confiar en ti.

Thursday retiró su mirada de la de Clapp, que parecía acero. Sacó su cartera del bolsillo del pantalón.

—He estado intentando regalarte algo —murmuró sacando dos trozos de papel doblados, que le tendió—. ¡Felicidades!

—¿Qué es esto? —dijo Clapp frunciendo el ceño.

—El de arriba es mi licencia de armas. Te lo entrego. El otro es el recibo de la armería donde vendí mi pistola del cuarenta y cinco hace una semana.

—En otras palabras, antes de que la señora Wister fuera asesinada. Muy inteligente. Ella fue asesinada con un puñal, no con una pistola.

—¿Qué has averiguado?

Clapp se cruzó los gruesos dedos detrás de la cabeza.

—La señora Wister era viuda, sin familia. La víctima menos apropiada que he visto para un apuñalamiento. Como ves en el periódico, una viejecita de pelo blanco incapaz de matar una mosca, pero capaz de aguantar una cuchilla de ocho centímetros de una especie de cortaplumas de doble filo. Eso es lo que el doctor Stein me dice. No tenemos el cuchillo.

—¿Cuál te imaginas que fue el motivo? ¿Sabía o tenía algo? —dijo Thursday, deseando que el policía dejara de mirar la caja de música.

—Es difícil de decir. Sus acciones eran un poco extrañas. Estaba en el congreso de secretarias porque era una de ellas. Pero se registró el último día y además no asistió a ninguna de las conferencias ni de las charlas.

Thursday sondeaba con cuidado.

—¿Una secretaria? ¿Dónde trabajaba? Eso no venía en el periódico.

—La señora Wister era la secretaria particular del viejo Oliver Arthur Finch. Ya sabes quién es ése, y por qué no ha aparecido en el periódico.

Thursday lo sabía. Finch, el dueño de una cadena de tiendas, retirado, era uno de los vecinos más importantes de San Diego. Vivía como un rey en una mansión de la costa de Puerto Loma.

—Por lo que veo, la tal Wister era más o menos el poder oculto detrás del trono. Fue su secretaria durante casi treinta años.

—¿Has visto al viejo?

Clapp hizo un gesto con la cara.

—Fui allí anoche a última hora. Finch no sabía nada de nada y casi se desplomó al conocer la noticia. Está mal del corazón, según su enfermera.

—Debió de ser un duro golpe para él.

—Es extraño, Max. Creo que Finch estaba más preocupado por el escándalo que por la pérdida de la señora Wister. Esa es la impresión que me dio. No pude presionarle mucho, claro, porque padece del corazón, y además tiene mucho poder en la ciudad.

—Y tú quieres conservar tu empleo —dijo Thursday mecánicamente. Estaba tratando de encajar los hechos con rapidez. Finch temía el escándalo. Incluso al borde de la muerte, su fiel secretaria había hecho hincapié en la necesidad del secreto. Parecía evidente que quien contrataba a Thursday no era la señora Wister, sino el mismo Oliver Arthur Finch. ¿Cambiaría las cosas la muerte de la señora Wister? Sería una buena idea ver a Finch antes de hacer el cambio con Von Raschke—. ¿Qué has dicho? —preguntó, dándose cuenta de que Clapp había dejado de hablar.

—Decía que si conocías al hijo de Finch.

—Lo siento. No, ni siquiera sabía que tuviera un hijo.

—Melrose Finch. Es todo lo que queda de la familia, ya que la señora Finch murió hace años. No pude sacar mucho de él tampoco. Acababa de volver de gastar el dinero del viejo por París y estaba borracho como una cuba; por lo visto esto es crónico en él. —Clapp suspiró de nuevo, ahora con un aire de derrota—. Tendré que seguir pinchando. Normalmente, algo falla siempre. Puede que ahora sea tu coartada telefónica.

—¿Encontraste algo en el equipaje de la señora Wister?

—¿Qué equipaje? Esa es otra cosa extraña, Max. La señora Wister se registró en el hotel el último día del congreso y no llevaba ni un bolso de viaje. Parece como si ni siquiera pensase pasar allí la noche —se inclinó Clapp de repente y cogió la caja de música—.

Dime, ¿de dónde has sacado esto?

—¡Ah! Lo compré en el centro. Pensé que a Merle le gustaría como regalo de Navidad —intentó cambiar de tema Thursday—. ¿Qué hay sobre esa rubia que Higby mencionó? ¿Qué sabéis de ella?

Clapp se encogió de hombros mientras seguía pasando los dedos con admiración por los lados del suave objeto.

—Una rubia pasó por el mostrador de recepción y dijo que algo pasaba en la trescientas dos, que se oían gritos o algo así. Higby se puso nervioso y todo lo que notó fue que era joven, guapa y con un extraño sombrero azul. Dice que parecía un pájaro colgado en su cabeza con las alas recogidas.

Clapp levantó la caja de música para mirar el fondo y después echó una rápida ojeada al trabajo de marquetería.

—¿Puedes localizar a la rubia? Esa es una forma de asegurarse —le dijo Thursday.

—Prácticamente todos los asistentes al congreso eran mujeres y el ocho por ciento de las mujeres son rubias. —Clapp dejó el sombrero en la mesa y acarició la enjoyada tapa de la caja—. No me importaría regalarle esto a mi hija Sheila. Colecciona porquerías raras como ésta, ya sabes. ¿Estarías dispuesto a venderla?

—No puedo hacerlo, Clapp. Me costó mucho conseguirla. A Merle le gustan también estas cosas, y no tengo tiempo de comprarle otra cosa hoy.

—Va bien el negocio, ¿eh?

—No me puedo quejar —contestó Thursday, poniéndose nervioso sin ningún motivo, mientras los dedos del policía jugaban con el cierre de la caja.

—¿Crees que la señora Wister era de las que gritan? —preguntó bruscamente el policía.

—Me imagino que todas las mujeres lo hacen.

Thursday casi movió negativamente la cabeza. La señora Wister no era ese tipo de mujer. Los pocos momentos pasados junto a la enérgica anciana le habían demostrado que era capaz de arreglar un negocio mientras se desangraba hasta morir. Thursday sabía que no había habido gritos. La historia que la rubia había contado a Higby había sido para atrapar o al menos complicar a Thursday.

Clapp había abierto por fin el broche y levantado la tapa del

cofrecillo. Las tintineantes notas salieron una a una del fondo acristalado.

—Muy bonito —el jefe de la brigada de homicidios observaba fascinado el mecanismo.

—Es suiza —comentó Thursday descuidadamente—. Pero toca el himno de los Estados Unidos.

—Sería «Anacreonte en el cielo», en su momento. Ya sabes que la música del himno viene de ahí —se levantó—. Coge tu sombrero, Max.

Thursday permaneció inmóvil.

—¿Dónde vamos?

Clapp se rió.

—Estás ocultando algo, pero está bien. Tranquilo. Ya que tú no hablas, quiero que conozcas a un tipo que sí lo hace. ¿O tienes otros planes?

Los ojos de Clapp le miraron indagadores. Thursday devolvió la mirada con tranquilidad. Pensó en Oliver Arthur Finch.

—Tengo que envolver algunos regalos —contestó.

—No nos entretendrá mucho —dijo Clapp, dando una vuelta por la habitación y tarareando la música de la caja mientras Thursday sacaba su chaqueta de *tweed* del dormitorio—. Un día horrible —comentó mientras salía—. El auténtico tiempo navideño de California.

En la caja de música tintineaban las últimas notas de la melodía, mientras Thursday tiraba de la puerta para cerrarla. Por la ranura que iba quedando entre la hoja de la puerta y el marco veía claramente el antiguo cofrecillo. Cuando la melodía terminó, algo sonó en el mecanismo. Un cajoncito salió disparado del fondo de la caja. En él había un gran fajo verde de billetes fuertemente atados.

Thursday echó una mirada a su espalda. Clapp caminaba lentamente de espaldas a la casa hacia su coche. Thursday entró rápidamente en el salón, empujó hacia dentro el cajoncito y cerró la tapa de la caja. Después salió de prisa otra vez y cerró cuidadosamente la puerta de la calle. Clapp ya volvía a buscarle.

—¿Qué te ha pasado?

—Olvidé mis cigarrillos —dijo Thursday—. Ya lo tengo todo.

4

Viernes, 24 de diciembre, 9:00

—No sé nada de eso —dijo Thursday.

Inesperadamente, el teniente Clapp había empezado a hablar sobre pintura al óleo. E, inesperadamente también, no había vuelto con el coche a la comisaría del centro. En vez de eso, sin ninguna explicación, subió por la colina, por la Sexta Avenida, hacia las inmediaciones de Balboa Park.

—Yo tampoco es que esté muy puesto en el tema —dijo Clapp, frunciendo los gruesos labios—. Bueno, quizá un poco. Hace mucho, cuando estaba en el colegio, hasta se me pasó por la cabeza la idea de que podía dedicarme a ello.

—¿Por qué no lo hiciste?

Clapp se miró las gruesas manos que agarraban el volante.

—Me pareció más apropiado para unas manos como las mías el manejo de una porra de policía que el de un pincel. Pero todavía me gusta la buena pintura, cuando la reconozco. No estoy preparado para algunas nuevas tendencias, pero…

Hablaba confusamente mientras pasaban por el elevado puente Cabrillo, con la indolente torre California dominando desde lo alto y destacándose contra el cielo gris.

Los edificios del parque, un resto hispano-morisco de dos exposiciones internacionales, parecían tristes y tenebrosos. El sedán pasaba ruidosamente entre ellos por una avenida de acacias.

Clapp dijo de repente, estudiando a su acompañante:

—Thursday, he preguntado eso porque este tipo es un artista.

Thursday sonrió como respuesta.

—Me has traído para ver cómo me empieza a correr un sudor de

culpabilidad por la frente.

—Podría ser.

Pasaron por el museo de Bellas Artes y tomaron hacia el norte por la carretera del zoo, llena de curvas. La manzana siguiente era una exótica ciudad amurallada, construida como área de servicios adicionales durante la segunda exposición; el recinto de edificaciones heterogéneas había quedado para alojamiento de una pequeña colonia de pintores, músicos, escultores y escritores, que en San Diego se conocía como el «Pueblo español de arte», ya que la arquitectura imitaba supuestamente un pueblo castellano.

Clapp aparcó cerca del alto muro cubierto de hiedra en la zona sur del «Pueblo». Thursday le siguió a pie a través de un arco y de una empedrada plaza. Los edificios que había por allí eran de argamasa color salmón y se extendían desordenadamente. Lo único uniforme en las construcciones era su color y los tejados rojos. El resultado era una confusión cuidadosamente planeada, un escenario de comedia musical. Los edificios más ostentosos tenían balcones de madera y en casi todas las puertas colgaba una placa con el nombre del ocupante pintado.

El callejón que eligió Clapp era oscuro y húmedo. El policía se paró ante una puerta azul descolorida y dio un par de golpes en ella. La aldaba se había caído.

Esperaron hasta que se oyó descorrer un cerrojo y la puerta de dentro se abrió. Un hombre delgado y de cara ovalada se asomó.

—¡Hola, Pryor! —dijo Clapp—. ¿Le importa que entremos?

—¡Ah! —dijo el hombre, haciendo un leve gesto—. El teniente Clapp. Le estaba esperando —tenía un acento ligeramente británico —. Por favor, entren.

Thursday siguió al policía hasta el estudio, que, comparado con el callejón, resultaba sorprendentemente luminoso y ventilado, aunque con olor a trementina.

Las ventanas no daban a la plaza, sino al camino del parque, y por ellas se podía ver la entrada del zoo. El suelo era de ladrillo, lo mismo que la gran chimenea que aliviaba un poco el aire de celda monástica que tenía la habitación; en el interior de la chimenea había una estufa eléctrica. Un alto caballete, cubierto con una

sábana, parecía un fantasma a la luz de la ventana. Se veían un montón de lienzos apoyados en la pared.

—Quiero presentarle a Max Thursday. Este es Lucian Pryor, Max, que acababa de llegar de Inglaterra —dijo Clapp.

Thursday volvió a notar que el policía observaba su reacción al estrechar la manchada mano de Pryor. El aspecto del artista no impresionaba: altura inferior a la media, áspero pelo rojo, y una boca de expresión malhumorada en una cara que no denotaba mucho carácter. Encima de la camisa y del pantalón llevaba una raída bata de laboratorio de tela de hule.

—Esto está un poco desordenado —dijo Pryor sonriendo sin ganas y levantando los hombros para indicar que no le importaba.

Señaló el estudio con su larga y blanda mano.

El sofá que había frente a la chimenea tenía un montón de mantas, por todas partes. La ropa sucia casi ocultaba un despertador colocado en una silla contra la pared.

—Esto necesita la mano de una mujer —dijo Clapp.

Lucian Pryor sonrió tristemente y después su cara adquirió como por arte de magia una expresión austera.

—¿Ha averiguado algo, teniente? ¿Algo sobre…?

—Sí y no. ¿Qué tal va lo de la exposición? —Pryor levantó otra vez el hombro y Clapp miró a Thursday—. Pryor está aquí para presentar una exposición de su obra en el museo de Bellas Artes. Acaba de tener otra en la National Gallery de Londres.

—Estupendo —dijo Thursday, preguntándose a dónde iría a parar todo aquello. No podía olvidar la caja de música que, repleta de dinero, permanecía desprotegida en la mesa de su salón. Se sentía lleno de nerviosismo por dentro.

—… Bastante éxito —informaba Pryor con seriedad—. Aunque, naturalmente, no pretendo ser del gusto de todos. Integridad, integridad, esa es la más valiosa posesión de un artista y la que mejor se vende.

—Un gran salto, de Londres a San Diego —dijo Thursday.

—Un gran bajón, querrás decir —dijo Clapp, echándose a reír con el pintor—. Mire, Pryor, Thursday es un detective nato, por naturaleza. Piensa en cosas así. Lo traje aquí para que escuchara su historia.

—Muy bien, teniente —contestó Pryor, mirando a Thursday

pensativamente—. Pero, por favor, no subestime su museo de Bellas Artes. Algunas de sus adquisiciones demuestran un gusto excelente. Ese Velázquez, «La Infanta Margarita», es una pieza espléndida.

—¿Por qué no cuenta la historia? —sugirió Clapp, sentándose en el desvencijado sofá, desde donde podía observar a los dos hombres.

Pryor frunció el ceño con un leve gesto de dolor.

—La verdad de todo esto, señor Thursday, como ya le he dicho al teniente Clapp, es que la exposición es algo secundario. No estaría en San Diego si no estuviera tratando de encontrar a mi hermana. Se llama Gillian Pryor.

Thursday había sido cogido por sorpresa, gracias a la táctica de Clapp, pero se guardó muy mucho de reflejarla en su rostro. «¡Gillian Pryor!» No había relacionado el nombre con el insignificante artista inglés. La noche anterior, la señora Wister le había prevenido contra Gillian Pryor, la mujer que la había apuñalado y había intentado atrapar a Thursday con el cadáver. ¿Había vuelto luego al tercer piso y, después de quitarse el traje y su sombrero fantasmal con el pájaro azul le había ayudado a escapar con la caja de música?

Lucian Pryor continuó:

—Gillian es la única familia que me queda. Y, hasta hace un mes, creía que ella también había muerto, en uno de esos bombardeos, ya sabe.

—Pero ya no lo cree así, ¿no?

—¡Oh, no! Francamente, Gillian ha sido siempre un poco impetuosa. Yo era el artista, pero ella era la que llevaba la típica vida de artista y la que se divertía por los dos.

—Cuando volvió a aparecer en Londres dijo que había estado viviendo con un general del Norte de África —dijo Clapp.

—Es muy posible. Gillian siempre ha tenido debilidad por los militares. Esto nos lleva al meollo de la cuestión, señor Thursday. Ella pasó algún tiempo en España antes de la guerra. Allí tuvo una triste experiencia con un americano de las Brigadas Internacionales —dijo Pryor, cruzando las manos, ligeramente turbado—. Ya puede usted imaginar en qué consistió esa experiencia.

—Para no andarnos por las ramas —intervino Clapp—. La chica fue violada o al menos eso dijo. Parece que se olvidó de todos sus problemas cuando la guerra llegó a Inglaterra y después desapareció

en un ataque aéreo. Pero de repente aparece de nuevo hace un mes y le dice a Pryor que va a vengarse. Había localizado al americano cuando éste estaba de paso por París.

La discreta voz de Pryor salió del breve silencio.

—Gillian puede que se olvide de sus amigos, o de mí, pero nunca se olvida de un enemigo o de una ofensa. Es duro decir esto de una hermana, pero sólo la verdad puede ayudarla. Volvió de la tumba como quien dice, con este deseo de venganza. Estuve hablando con ella casi tres horas una noche, intentando disuadirla.

El artista se mordió los labios y prosiguió:

—Hablando con sinceridad, caballeros, no tengo ninguna influencia sobre mi hermana. Fallé y entonces hice lo mejor que podía hacer en estas circunstancias. Me vine a San Diego.

Thursday se frotó los ojos con la mano.

—Quizá es un poco pronto…

—Vino a avisar a la víctima de su hermana: Melrose Finch, el hijo del viejo Oliver Arthur —dijo Clapp, clavando sus ojos grises en la cara de Thursday—. Es interesante, ¿no, Max? La secretaria de Finch, la señora Wister, es asesinada y una rubia da el aviso. Ah, ¿te hemos dicho que esa rubia es Gillian?

—No, no —dijo Thursday lentamente—. Ya lo había imaginado.

—Por supuesto, mis motivos son puramente egoístas —admitió Pryor—. No quiero proteger a Melrose Finch. Más bien lo contrario, dadas las circunstancias. Pero, a pesar de que Gillian es, digamos, impulsiva, hasta ahora no se ha metido en problemas serios. Y quiero que siga sin hacerlo.

—Gillian no ha aparecido por San Diego todavía por lo que sabemos. Pero este embrollo de Del Mar no parece muy alentador —dijo Clapp.

—¿Estás cambiando de idea, Clapp? —preguntó Thursday—. Creí que me habías cargado ya ese mochuelo.

Pryor parecía preocupado y receloso.

—He leído lo que decía el periódico de la mañana sobre eso, teniente. Reconocí a la señora Wister, pero no veo ninguna relación, de verdad. ¿Por qué haría Gillian…?

Clapp estiraba y encogía la mano, observando el funcionamiento de sus manos.

—Eso no se sabe. Los Finch sabían lo de Gillian, Max. Cuando

Pryor me contó la historia hace quince días, fuimos a hablar con Oliver Arthur.

—¿También con la señora Wister? —preguntó Thursday.

—No, ella no estaba presente en la conversación. Los Finch se lo dijeron después. ¿Por qué lo dices?

—Por nada. Sólo intento ayudar. ¿Cómo es su hermana? ¿Tiene alguna foto?

—Le di todas las que tenía al teniente —dijo Pryor—. Anteayer me sugirió que hiciera un retrato al óleo de ella. Si quieren ver lo que he hecho…

Lucian empezó a sacar el lienzo del caballete que había junto a la ventana.

Clapp se levantó impetuosamente del sofá.

—Las fotos eran todas instantáneas, fotos de adolescencia; podrían ser de cualquiera. Además, Pryor dice que su hermana era morena cuando desapareció. Ahora es rubia, parece ser.

Se acercaron al caballete. El amarillo y el marrón eran los colores dominantes que había en la paleta que estaba en el antepecho de la ancha ventana. En la repisa se amontonaban tubos de óleo, finos pinceles con los mangos mordidos, un par de espátulas desgastadas y una botella sin etiqueta tapada con un trapo, de la que salía el olor de trementina.

La atención de Thursday se centró en el retrato cuando Pryor le quitó del todo la sábana. Casi todo el lienzo estaba en blanco. El retrato era de tamaño natural; en el centro se veía una melena rubia hasta los hombros. Nada más. Ni el contorno de la cara estaba dibujado. Thursday aguzó la vista. Reconoció los detalles del cabello, y el flequillo. O Gillian y la rubia que le había ayudado a escapar eran la misma persona, o su peinado era increíblemente parecido.

—Siento no haber avanzado más —se disculpó Pryor ante Clapp —. Es un trabajo muy laborioso. Trabajo sólo con el pincel.

—Ya.

Los tres hombres permanecían de pie en silencio, mirando el retrato del cabello. El sol, que empezaba a salir entre las nubes, hacía los dorados mechones especialmente radiantes.

—He hablado con la Policía de Londres. La primera vez que he tenido que hacerlo. Tienen informes de Gillian hasta la guerra. Desde entonces, nada. Tampoco fotos.

Lucian se puso rígido y un poco enfadado; parecía hacerlo todo a medias.

—Lamento saber que no confía en mí.

—No se sulfure —dijo el teniente de detectives en tono conciliador—. En mi trabajo no vale la palabra de nadie por sí sola. Ni siquiera la de mi buen amigo Thursday.

—Perdone —susurró Pryor.

—Le agradecería que se diera prisa con el retrato —dijo Clapp, retirándose de la ventana—. Y hablando de cuadros, a Max le gustaría que nos diera un adelanto de su exposición del mes que viene —sonrió Clapp afablemente a Thursday.

—¿De verdad? —Un poco entusiasmado, Pryor fue a por los lienzos que había contra la pared, sin esperar respuesta—. Muchos están todavía sin desempaquetar y algunos de éstos los tengo que retocar —puso énfasis en esta palabra—, pero afortunadamente tengo por aquí dos de los mejores.

—Tengo mucho que hacer —dijo Thursday entre dientes.

—A lo mejor esto te ayuda —sugirió Clapp.

Thursday le siguió sin ningún entusiasmo. El delgado artista había decidido que la chimenea era el lugar con la luz más apropiada en ese momento y estaba apoyando un gran lienzo sin marco en la repisa de la chimenea.

—A éste le llamo «Reputación» —explicó, echándolo un poco para atrás—. No tan cerca. Ahí.

El cuadro tenía mucho color, pero era tan detallista y con tan poca perspectiva que parecía más un dibujo que una pintura. El punto focal era un grupo de hombres y mujeres, de figuras inexpresivas como palos, que se amontonaban en la entrada de una cueva. Llevaban espléndidos regalos a un enano con capucha graciosamente vestido. Al fondo, tan enorme que la multitud no podía verla, se veía una pierna grande y amarillenta, que pertenecía evidentemente a un enorme titán desconocido.

Thursday sintió que sus ojos se le enturbiaban ante la confusa masa. Miró de reojo a Clapp, que parecía tener en la boca algo con mal sabor.

Lucian puso un segundo lienzo encima del primero.

—«Pecado» —anuncié—. Este es mi favorito, con el que me haré famoso o me hundiré.

El fondo de «Pecado» era más tranquilo: el interior de un oscuro establo. Por la puerta abierta, a la luz del sol, se se podía ver un pedestal de oro sobre el cual había una estatua rota. La estatua, un desnudo dorado, había sido traída al establo por una multitud de hombres y mujeres que la habían atado y estaban recubriéndola con el estiércol del suelo. Thursday dedujo que la escultura era de una mujer por el largo pelo rubio.

—Muy interesante —murmuró Clapp—. Me parece que, como Thursday, no entiendo mucho de pintura.

Pryor alzó el hombro.

—Como les he dicho antes, no pretendo gustar a todos. Mi obra es sólo para el selecto círculo que me comprende.

—Gracias por el anticipo —dijo Clapp, mirando su reloj de pulsera—. Ya es hora de volver a trabajar. ¿Vamos, Max?

Thursday pensó por un momento en pedir que Lucian Pryor les enseñara el resto de sus obras, sólo para molestar al policía. Pero él también tenía prisa. Más que nunca quería hablar con su cliente, Finch, sobre lo de la caja de música.

—Cuando quieras —dijo.

Lucian les despidió cortésmente. De nuevo en la plaza empedrada, el policía suspiró y miró a Thursday.

—¿Qué opinas de él?

—Ya te lo he dicho. No soy crítico de arte.

—Yo no creo que su obra sea buena. Sin embargo, ese cuadro, «Pecado», tiene algo de interés. La mujer dorada representa obviamente a Gillian.

—De acuerdo. ¿Importa mucho?

La frente de Clapp se arrugó en un gesto burlón.

—¿Estaba así cuando te topaste con ella en Del Mar, Max?

—¿Dónde está Del Mar? —preguntó Thursday fingiendo inocencia, y luego se rió—. Créeme, Clapp, si me encontrara con un bombón así, no me lo llevaría a ningún establo.

Clapp le miró desconfiado y receloso.

5

Viernes, 24 de diciembre, 10:00

De pie en la acera, a la puerta de su casa, Thursday observó cómo el sedán negro de Clapp se alejaba por Union Street, hacia el centro. Suspiró aliviado y se apresuró a entrar.

La caja de música estaba todavía sobre la mesa, justo donde la había dejado. Parecía de una inocencia casi frívola.

Tras echar un rápido vistazo por toda la casa para cerciorarse de que no había nadie, Thursday se sentó en el diván y levantó la tapa del cofrecillo. Pacientemente escuchó toda la melodía, hasta que con la última nota se oyó el chirrido y el cajón secreto salió obedientemente.

Cogió el fajo de billetes y silbó al comprobar su grosor. Thursday, con la respiración agitada, contó los verdes. Cuando terminó los volvió a meter cuidadosamente en el cajón; se recostó en el sofá y, con aire ausente, empezó a pasarse el índice por la arqueada nariz.

Había cien billetes justos de mil dólares, nuevos, crujientes. Cien mil dólares. ¿Para cambiarlos por qué?

Empujó el cajón hacia dentro, ocultando la fortuna. El artesano suizo había sido inteligente. Incluso sabiendo que había junturas Thursday no las notaba, no eran rectas como cabría esperar, sino que seguían el diseño floral de las microscópicas piezas de marquetería.

Mientras llevaba la caja a su automóvil, se sorprendió mirando nerviosamente a todas partes. Se rió de sí mismo, aunque sin muchas ganas. La última persona que había tenido la caja se había desangrado sobre ella. La dejó en la guantera, cerrada con llave,

después de desechar la idea de envolverla con un papel normal para disimularla. Era Navidad y la mayoría de la gente llevaba cosas más extrañas que una caja de música.

Un débil sol de diciembre intentaba abrirse paso entre las altas nubes grises mientras Thursday aceleraba en dirección a Punta Loma. Un viento frío azotaba las revueltas aguas del Pacífico.

Oliver Arthur Finch había construido su casa en una pequeña península. Detrás de su finca, frente a la bahía, se extendía el barrio residencial más lujoso de toda esa costa. Había querido soledad y, así, su vecino más cercano era el laboratorio naval del sonido, a más de dos kilómetros.

Su vida había sido igual, solitaria; era un hombre que había subido solo. De joven había llegado a California procedente del interior del país, sin dinero ni futuro. Con el fantástico auge de la construcción en los años ochenta, reunió dinero suficiente para abrir una pequeña mercería en San Diego. Copiando los sistemas de ventas que utilizaban Woolworth y Kresge en el Este, fue ampliando su negocio de una tienda con una sola habitación a otras con dos, una docena, varios cientos. En ese momento la cadena de establecimientos Finch, con sus fachadas rojas, se extendía por toda la costa del Pacífico.

Corrían algunos rumores que acusaban a Finch de utilizar ciertos medios no muy escrupulosos, los rumores normales cuando hay millones por medio. Thursday empezó a recordar esos rumores, volviendo una y otra vez la mirada hacia la guantera. De cualquier modo traía cuenta complacer a un cliente como Finch, un hombre poderoso en círculos importantes.

Encontró abierta la puerta de la verja de hierro forjado, que rodeaba la vasta extensión de hierba y araucarias. No había nadie para confirmar el cartel de «Camino particular. Prohibido el paso», así que atravesó la entrada y subió por una carretera serpenteante. Un filipino, subido en una cortadora de césped con motor, sobresaltó a Thursday al doblar la última curva de la carretera.

Al igual que los jardines, la casa parecía muy cuidada y lujosa, de estilo Tudor, con altos tejados a dos aguas y buhardillas.

Thursday aparcó cerca de la entrada principal, subió las ventanillas del coche y echó el seguro en las cuatro puertas. Se paró a escuchar si había algún otro ruido de coche, pero lo único que se

oía era el ruido de la segadora de césped y el bramido del océano, que venía de detrás de la casa.

En la maciza puerta principal había una corona delgada. Thursday llamó al timbre, esperó y luego golpeó dos veces con la aldaba de bronce.

Esperaba un mayordomo, pero salió a abrir una mujer pequeña y estirada, con cofia y uniforme blanco almidonado, cuyo aspecto decidido la hacía parecer más alta. Con la cara morena e impasible de un jefe indio, le informó de que D.
A. Fi
nch no estaba en condiciones de recibir visitas.

—Es muy importante.

Parecía poco acostumbrada a que la replicasen.

—El señor Finch ya ha tenido demasiadas impresiones recientemente. Soy su enfermera personal, la señorita Moore, y sus instrucciones concretas y tajantes fueron que no quería ninguna visita.

—Muy bien. Trate de decirle que me llamo Max Thursday, a ver si se recupera un poco.

Ella apretó los labios y cerró la puerta sin decir una palabra. Llevaba zapatos con suela de goma y Thursday no podía saber a qué parte de la casa había ido. Encendió un cigarrillo y se fumó la mitad antes de que la señorita Moore abriera repentinamente la puerta otra vez.

Su expresión se había agriado y ahora parecía la de una gárgola.

—El señor Finch le ruega que pase a la terraza.

—Gracias —replicó Thursday con seriedad.

Se quitó el sombrero y siguió a su silenciosa guía a través de la casa, lóbrega y enorme. Los muebles le hacían arrepentirse de no haberse puesto su mejor traje. El sitio parecía tranquilo.

—Sin criados —dijo Thursday en voz alta. Su voz se perdió por el techo abovedado del comedor por el que pasaban en ese momento.

La señorita Moore le contestó sin molestarse en volver la cabeza.

—Están de vacaciones. El señor Finch les ha dado el fin de semana libre.

Ella siguió por otro pasillo y abrió la puerta de un estudio con dos paredes llenas de libros que hacían juego y que no daban la

impresión de haber sido usados. Delante de una chimenea de granito había unos sillones de cuero, colocados con cuidadosa irregularidad. La otra pared de la habitación era toda de cristaleras, con unos cortinajes de tela que caían hasta el suelo.

La señorita Moore se paró y señaló con la cabeza hacia las cristaleras.

—El señor Finch está ahí afuera.

Thursday le dio las gracias y agarró el pomo de la puerta central, que se abrió bruscamente hacia dentro. Un viento imprevisto le golpeó al salir a la terraza de cemento rojo y cerró la puerta con un portazo detrás de él.

No le fue difícil encontrar al señor Finch. Estaba sentado, envuelto en una manta, en una tumbona en la otra punta de la amplia terraza, inclinado sobre algo que tenía en las rodillas y que observaba cuidadosamente. La hamaca de Finch era el único mueble que había allí, otro hecho que confirmaba la afición de Finch por la soledad. La terraza exterior estaba rodeada por una balaustrada de piedra de una altura aproximadamente hasta la cintura. La única entrada era a través de las cristaleras del estudio.

Cuando Thursday estaba a unos diez metros de la silla, el cráneo de aspecto suave con pelusa blanca se levantó rápidamente. Lleno de pánico, Finch se quitó el monóculo de joyero y lo escondió junto con el objeto que había estado examinando, debajo de la manta. Luego, sus acuosos ojos amarillentos se fijaron llenos de sospecha en su visitante.

—Soy Max Thursday.

—Lo que dijo la señorita Moore —dijo Finch con una débil voz aflautada.

Era un pálido esqueleto viviente. A pesar de rondar los ochenta, su piel estaba suavemente estirada, como algo cultivado en la oscuridad. Se agarró las manos sudorosas por la artritis, y estiró su cuello como un gallo mirando alrededor de la terraza.

—No le diré que se siente —dijo Finch con una risita senil—. No hay sitio para sentarse, ¿verdad? Excepto el suelo, siéntese ahí.

Thursday sonrió amablemente y retrocedió dos pasos hacia la balaustrada de piedra, con la intención de sentarse en ella, pero

cambió de idea. La balaustrada estaba justo encima de un acantilado. Debajo no había nada en unos treinta metros; a partir de ahí se veían los puntos negros de las rocas y los blancos de las olas. Se apoyó con los codos en la piedra y dijo, tanteando el ambiente:

—Fue algo impresionante lo de anoche, la muerte de la señorita Wister. Quiero expresarle…

—Algo impresionante. La Policía vino a molestarme, metiéndose por ahí a curiosear —su voz se iba acallando y sus dedos se movían continuamente, como si tuviera perlesía.

Thursday dijo con cautela:

—Anoche, justo antes de eso, la señorita Wister me dio una caja de música con mi melodía favorita. Y unas instrucciones. Pensé que debería verlo. ¿Sigo con las mismas instrucciones?

Los acuosos ojos amarillentos le miraron de arriba a abajo.

—No sé de qué habla, joven. ¿A qué se refiere?

Thursday se incorporó, frunciendo el ceño.

—Un momento. Soy el detective particular que usted contrató por medio de su secretaria. Ninguna secretaria tiene cien de los grandes para repartirlos como tazas de té. La pasta es suya, señor Finch. ¿Todavía es para Von Raschke?

Finch volvió a reírse repulsivamente.

—¿Para qué podría yo contratar a un detective? La gente pensaría que estaba tramando algo…

Finch volvió la cabeza, murmurando hacia la parte trasera de la casa. A través de las cortinas de las cristaleras se veía la blanca figura de la señorita Moore, que se ocultó un poco cuando la enfermera retrocedió al notar las miradas de los dos hombres.

—Los entrometidos de los Parker… Les he tenido que dar a todos el fin de semana libre, para que dejasen de fisgonear, siempre husmeando…

Una ráfaga de viento golpeó jovialmente el cuello de Thursday por detrás. El detective apretó los dientes ante el muro de negativas que el viejo había colocado entre ellos. Molesto y dudando de si sería seguro y hasta qué punto el hacerlo, dijo:

—Nadie puede oírle aquí. Todo lo que quiero de mi cliente es un rápido «sí» o «no». ¿Usted…?

—A todas horas me espían, me vigilan. —Finch se soltó las destrozadas manos que había tenido cruzadas hasta entonces y

apuntó con un dedo tembloroso hacia el océano—. ¿No me cree, verdad? Mire allá lejos. A todas horas.

Para ocultar su disgusto, Thursday se asomó a observar el acantilado. En las grietas y en las cuevas poco profundas se veían nidos de cormoranes y docenas de éstos volaban en círculo bajo Thursday, jugando con el viento.

Un poco detrás del lugar donde rompían las olas se erguía una roca pelada que recordaba a un cuadrilátero de boxeo. En la parte más resguardada había un rudimentario embarcadero de madera, con dos barcos de mediano tamaño, una bonita lancha de motor y un par de botes que se balanceaban en el agua relativamente tranquila. Un precario puente de cuerdas de unos diez metros unía el islote con los acantilados de Punta Loma, al norte de la casa.

—Antes estaba llena de pájaros, la isla de los cormoranes. Pero Melrose los echó, los ahuyentó con los barcos. Es todo un marino. ¿Está por allí, verdad? Sé que está.

Thursday casi cerró los ojos contra el viento para poder ver. Un hombre con pantalones blancos y una camiseta a rayas estaba tumbado en el embarcadero, protegiéndose del viento. Llevaba puesta una gorra de marinero que ocultaba a Thursday los rasgos de su cara. La luz del sol se reflejaba en una botella que tenía en las manos.

—Veo a alguien con una botella.

—Ese es. Es él —el anciano movió la cabeza de arriba a abajo—. El y su amiga, ahí fuera, espiándome. Se cree que no sé lo que hago.

Thursday buscó a la amiga, pero no veía a nadie más. Una fantasmal figura blanca apareció debajo del agua y luego salió a la superficie. Era una chica delgada con un traje de baño blanco; su cabeza tenía un aspecto algo grotesco con el apretado gorro de baño y la máscara de bucear. Se sacudió las negras aletas mientras se acercaba al lugar donde estaba Melrose. Llevaba un tridente largo. Había estado pescando en el fondo.

—¿Quién es la chica? —preguntó Thursday volviéndose hacia Finch.

—Otra espía. Siempre hay alguien —el anciano abrió la boca y soltó su risilla, moviendo los hombros y haciendo tintinear unas

llaves que llevaba colgadas—. Esta ha echado el ojo a Melrose. Melrose me vigila a mí y ella le vigila a él.

—Muy bien —dijo Thursday, sonriendo con diplomacia—. Entiendo que alguien en su situación quisiera contratarme para un asunto de confianza. Usted…

—No, no —cortó Finch, casi a gritos—. ¡No podría permitírmelo! ¡No podría permitirme el lujo de hacer eso! —Cerró la boca para seguir un segundo después con una sonrisita maliciosa —. Ya sabe lo que dicen, que un tonto y su dinero no pueden estar mucho tiempo juntos.

El tonillo senil y gimoteante era el mismo que antes, pero Thursday captó algo más, algo distinto. Algo que había oído antes, a la señora Wister, la noche anterior. Thursday miró un momento a la enfermiza figura de la tumbona. Oliver Arthur Finch tenía que ser su cliente. Un cliente peligroso, con retorcidos complejos que podrían acabar con Thursday en cualquier momento. Pensó que no tenía sentido seguir dándole vueltas al asesinato de la señora Wister: cuanto menos le dijera a Finch, mejor. Parecía que el rey de la cadena de almacenes tenía demasiado miedo al escándalo como para discutir sus asuntos privados en voz alta. Probablemente le asustaba incluso pensar en ellos.

—De acuerdo —dijo Thursday clara y lentamente—. Le diré lo que voy a hacer. Tengo mis instrucciones y las obedeceré tal y como me las dieron. ¿Le parece bien?

Finch sacudió nerviosamente las torcidas manos; su mirada amarilla recorrió la terraza.

—¡Por Dios, no me pregunte a mí, joven! Yo no hago su trabajo, ¿no? En mis tiempos, los hombres no preguntaban lo que tenían que hacer. Se limitaban a hacerlo.

La señorita Moore apareció detrás de la hamaca, con los bordes de la cofia echados hacia delante por el viento y mirando a Finch con desaprobación. Cuando éste la vio empezó a toser lastimeramente. Entre golpe y golpe de tos, gemía.

—No le debería haber dejado entrar, señorita Moore. Me confundí de nombre, no sé quién es.

Thursday se encogió de hombros para despedirse mientras la pequeña enfermera le alejaba del viejo inválido, hablando severamente de impresiones demasiado fuertes y diciendo que

debería ser más considerado. Thursday se paró delante de las puertas acristaladas, preguntándose insatisfecho si había conseguido realmente más instrucciones o si su imaginación había volado demasiado lejos.

Después de atravesar la mansión, la señorita Moore le llevó hasta la puerta principal, que se cerró con fuerza haciendo que se tambalease la corona de Navidad, el único adorno festivo que Thursday había visto en toda la casa, y que parecía más bien una corona de muerto.

Siguiente estación: Emil Van Raschke.

Thursday abrió su coche gris y miró en la guantera, que no parecía haber sido forzada. Dio un suspiro anticipado de alivio para cuando pudiera librarse de esos cien grandes.

—Hola, Thursday —dijo una voz.

Se volvió rápidamente, dispuesto a agacharse y en seguida se maldijo por dejar que la caja de música le obsesionara de tal forma.

Dos personas habían doblado una esquina de la casa. El que venía delante era Melrose Finch, con el estómago agitándose contra la camiseta. Por su paso titubeante, se veía que estaba borracho.

Justo detrás de él, corriendo para mantenerse a su altura, estaba la chica del traje de baño blanco, la que Thursday había visto haciendo pesca submarina. Ahora no llevaba arpón ni máscara de bucear. Se había cambiado las aletas por sandalias de lona y se había quitado el gorro de baño para dejar suelto su largo pelo rubio.

Tenía buen tipo. Thursday no había tenido tiempo de advertirlo la noche anterior, mientras ella le ayudaba a escapar del hotel «Palmeras del Mar».

6

Viernes, 24 de diciembre, 11:30

Melrose Finch se acercaba a Thursday con un mohín a la vez despreocupado e imperioso en la boca. El detective aguardaba con aspecto amable, pero dispuesto a echar a correr en cualquier momento. A quien quería ver era a la rubia, que venía arrastrando los pies con un albornoz azul en el bronceado brazo.

El joven Finch, un treintañero de aspecto infantil, se volvió hacia ella y la paró.

—Espérame, cariño. Es un momento. Negocios.

—De acuerdo —la chica empezó a sacudirse la melena para secarse las puntas—. Contaré hasta cien y vendré a buscarte, hayas acabado o no.

Su voz, clara y risueña, confirmó a Thursday que había dado por casualidad con la chica que buscaba. Tenía una voz de locutora de radio, una dicción y modulación perfectas que podían ser de cualquier lugar.

Melrose se acercó al alto detective y le agarró bruscamente por el brazo.

—Venga por aquí, donde podamos hablar.

Por detrás del heredero, la chica guiñó un ojo a Thursday y se sentó en la parte trasera de su coche.

La cara de Melrose Finch, enrojecida por una vida muy intensa, parecía una manzana. También tenía enrojecidos los ojos, de color miel. Se veían algunas canas en un mechón de pelo negro que se salía de la gorra de marinero. Lo que debían haber sido fuertes músculos eran ahora fláccidos montones de carne.

—Puedo hablar en cualquier sitio. —Thursday tenía que ser

cortés con el hijo de su cliente, pero no quería alejarse demasiado de la rubia. Se quitó de encima, con amabilidad, la floja mano de Melrose, la misma que había empuñado una bayoneta en España.

Melrose se sacudió la cabeza con violencia y bajó la voz.

—Me alegro de cogerle por banda. Tengo que hablar de negocios con usted —el alcohol enturbiaba su mirada, por lo ue no dejaba de parpadear.

—¿De qué clase de negocios? —contestó Thursday.

—Ya sabe usted. El cofrecillo de música —el joven le miró inquieto con ojillos de miope—. Lo tendrá todavía, ¿verdad?

—No se preocupe —gruñó el detective.

—Bien. —Melrose interpretó el gruñido como una afirmación y se apoyó para mantenerse en pie—. Quiero que me lo devuelva, verá: lo de anoche salió mal y no quiero que siga adelante.

—¿Qué le ha hecho cambiar de opinión?

—He pensado otra cosa y eso es todo, y no quiero seguir aquí charlando de esto todo el día. Devuélvame la caja de música y listo.

La ira de Melrose aumentaba por momentos. Mientras observaba serenamente su acalorado rostro, Thursday recordó la recelosa opinión que tenía Oliver Arthur Finch de su único hijo. Despreocupadamente, dijo:

—Muy bien. Haré lo que sea para facilitar el trabajo. Pero ¿qué hay de los quinientos pavos que me prometió?

—Tranquilo, tranquilo. —Melrose puso una ligera expresión de negligente alivio, sin perder el malhumor—. ¿Dónde está la caja? Tendrá hasta el último céntimo.

Thursday sonrió fríamente. Melrose Finch podía haber sido el cliente, pero no sabía que la paga era sólo de trescientos dólares. La situación era muy especial para un detective: el hombre que él sabía que era su cliente no admitía serlo y el hombre que él sabía que no lo era reclamaba los derechos de serlo. Para protegerse, a Thursday le quedaba sólo un camino, seguir adelante, obedecer las primeras instrucciones de la señora Wister.

A Melrose no le gustó la sonrisa de Thursday.

—Deme la caja —pidió—. Y pronto.

—Quiere decir, antes de que su padre averigüe lo que está haciendo, ¿no?

—Con que haciéndose el duro, ¿eh? —Levantó los hombros y su

cara de joven viejo adquirió una expresión terrible—. Le aviso. Deme esa caja o le causaré muchos problemas.

—Tenga cuidado de no caerse. Y no olvide esa ley que hay por ahí sobre la apropiación indebida de fondos.

Ya se había hartado de Melrose Finch por esa mañana. Thursday echó una ojeada por los alrededores para ver si la interesante rubia estaba todavía por allí, pero no se la veía.

Algo sonó contra su pecho, haciéndole tambalearse hacia atrás. La sorpresa no le duró mucho a Thursday, que retrocedió cuando recibió otro puñetazo de Melrose sin fuerza en la barbilla. Estaba borracho y además era el hijo de un cliente. Movía las manos con inseguridad por detrás de Thursday.

La juguetona voz de la chica les interrumpió.

—Ya he contado hasta cien. ¿Necesitáis diez más?

Los observaba por encima del techo del coche, pero Thursday no sabía desde cuándo.

—Quiero esa… —rezongaba Melrose, que de repente cerró la boca como si le hubieran cogido en algún error. Bajó los puños y volvió la vista desconsoladamente hacia atrás, donde estaba la chica. Thursday se encogió de hombros, miró a la rubia, y se colocó la corbata que se había torcido con el golpe.

—Esa no es forma de comportarse, Melrose. No hay que pegar. Anda, di al bueno del señor Thursday cuánto lo sientes y que todo ha sido un error —dijo ella reprendiendo al heredero.

Melrose clavó una dura mirada en asfalto de la carretera.

—Vamos adentro, cielo —murmuró.

Thursday quería quedarse a solas con la chica. Iba a sugerirlo, cuando ella le quitó las palabras de la boca:

—No, me vuelvo a la ciudad con Max.

—No te vayas a la ciudad todavía —protestó Melrose.

—Tengo que cambiarme —dio la vuelta al coche para darle una amable palmadita en la cara—. Volveré, cariño.

—Yo te llevaré.

—No seas tonto, estás empapado alcohol. Max y yo tenemos mucho que hablar.

—No me lo habías dicho —exclamó Melrose, repentinamente enfadado y ofendido—, no sabía que lo conocieras.

—Una vez compartimos la habitación de un hotel. ¿No sientes

ahora habérmelo hecho decir? —replicó ingeniosamente la rubia.

Como él no reaccionaba, ella le cogió por el codo, le dio la media vuelta y le empujó en dirección a la puerta.

—Anda, ve a abrir otra botellita y para cuando la termines estaré de vuelta. Créeme.

Thursday se metió en el coche y abrió la otra puerta a la chica. El joven Finch dio algunos pasos arrastrando los pies y contempló con ojos vidriosos y atontados cómo la rubia se ponía el albornoz azul y subía al coche. Mientras se alejaban, permaneció allí siguiéndoles con una mirada fija y estúpida.

Thursday no habló hasta que tomaron el bulevar Catalina, en dirección al norte.

—Buena vida —comentó—, vino, mujeres y mucho dinero. Y además nada de trabajo.

La chica había mantenido hasta ese momento una sonrisita oculta.

—No seas tan engreído. Si quiere estar borracho a todas horas, es problema suyo —replicó, poniéndose seria.

—No he dicho que no lo sea.

—Entonces deja ese tono de santurrón. Melrose luchó en España con los republicanos. Entonces fue un héroe y ahora es un borracho. Tú no sabes lo que es perder una guerra.

El ataque hizo reír a Thursday.

—Muy bien, profesora. Pido disculpas. Pero creo que has confundido mi tono de envidia con otra cosa.

Ahora estaban en un tramo recto de la carretera y la podía mirar mejor. Quería que estuviese serena y relajada para cuando él empezara a atacar. Ella parecía estar a punto, con el cuerpo suavemente reclinado en el asiento, las bronceadas piernas cruzadas y moviendo un delicado pie. Su melena estaba casi seca y empezaba a rizarse en la nuca y flequillo, bajo el cual se veían unos claros ojos azules, de un tono intermedio entre el añil y el que aparece en las cajetillas de cigarrillos americanos importados. Unos ojos peligrosos.

Ella iba mirando al frente; sus pronunciados pómulos y graciosos labios se dibujaban claramente contra las flores de los barrios

menos poblados de Punta Loma. La chica cortó el examen lateral que le estaba haciendo Thursday, abriéndose el albornoz de un movimiento.

—Que no se te pase nada —le animó—, ochenta y cinco de pecho y ochenta y ocho de cadera. Talla pequeña de medias y zapatos del treinta y cinco estrecho, y si vas a comprar un par, que sean negros, por favor. ¿Algo más?

—¿Y cómo se llama todo eso? —le preguntó él lo más rápidamente posible. Como si estuviera contestándose a sí mismo, añadió en tono indiferente—. Gillian.

La chica había empezado a contestar, pero se calló y le miró inquisitivamente con una expresión en los ojos que parecía ser de auténtica confusión.

—¿Qué es lo último que has dicho?

Lo que Thursday había pensado que sería un bombardeo triunfal resultó un triste fracaso. Nunca había visto poner tal cara de inocencia en tan poco tiempo. A lo mejor ella era la mejor actriz que había visto nunca, pero realmente parecía no haber oído nunca antes el nombre de Gillian.

—Me llamo April Ames —dijo, mirándole todavía desconcertada.

—Un nombre muy bonito. ¿Es de verdad?

—¿Qué es la verdad, amigo? —Pareció dar por contestada la pregunta con un encogimiento de hombros—. De todas formas, suena mucho mejor que Max Thursday. —April descruzó las piernas para volverlas a cruzar en la otra dirección—. Las consonantes son más suaves. Tu nombre suena a hombre duro y conste que no tengo nada en contra de los hombres duros.

—Ya me lo han dicho. ¿Cómo sabías mi nombre, amiga?

—¡Vaya pregunta más tonta! ¿Quién habrá que no conozca al gran Thursday, confidente de prohombres, amigo de la Policía y dispuesto a seguir maridos por veinte pavos al día más gastos?

—Yo ya me conozco. Ahora me toca saber algo de ti.

—¿De la pobre de mí?

—Sí, de la pobre de ti. ¿Por qué has decidido de repente venirte a la ciudad conmigo?

—Pero ¿no era eso lo que querías?

Thursday se mordió los labios.

—Quiero oírte hablar, hablar de algo interesante, así que dime algo más que el nombre de una colonia.

—Entre nosotros —miró al asiento de atrás antes de seguir en voz muy baja—, soy una misionera druida. Mi sagrada misión consiste en convertir a los ricos de este mundo y convencerles de que vendan sus casas y compren árboles.

—Mira —dijo Thursday—, nunca he sacudido a una mujer todavía, pero ahora mismo dudo de poder mantener esa marca mucho tiempo.

—Muy bien —su cara de golfillo se puso seria—. Eres demasiado astuto para mí. La verdad es que tenía menos porvenir que una cerillera en un fumadero de opio y decidí enganchar a Melrose y casarme con él por su dinero. No creo que su padre ni él duren mucho.

—Eso ya me convence más. La señora Wister tampoco duró mucho, ¿verdad?

Bajaban hacia la bahía, en dirección al paseo del Puerto y a las luces lejanas de la ciudad. April no contestó y cuando Thursday la miró de soslayo, empezó a silbar.

—¿Y bien? —dijo Thursday—. Hablaba de la señora Wister.

Ella le invitó a seguir.

El detective apretó los labios poniendo una expresión fría y cruel.

—Conque quieres jugar, ¿eh?

Por un momento, Thursday fijó la vista en el panorama que ofrecía el puerto: barcos, embarcaderos y agua inmóvil bajo un débil sol.

—Mira, nena, hay algo en una joven de piel suave que me hace pensar que no es una asesina. Desde que te vi cerca, creo que he estado engañándome un poco a mí mismo y deseando que tuvieras una estupenda razón para estar en Del Mar con Melrose. Pero tal y como están las cosas, creo que dejaré a la Policía que lo averigüe.

April abrió los ojos de un azul especial.

—¿La Policía? ¿Qué demonios tienen que ver con esto? No sé qué les ibas a contar.

Thursday no suavizó la expresión, pero contuvo sus palabras. La chica lo tenía bien cogido. Por lo que había visto, ella podría pasar un interrogatorio policial sin gran problema. Lo cual pondría a

Thursday en el agujero que el fiscal del distrito le estaba preparando.

Al entrar en la calle Broadway, Thursday le dijo:

—Está bien. Tú ganas el primer ataque por puntos.

April miraba a la alta valla verde de Lañe Field.

—¿Qué es eso?

Cuando Thursday le dijo que era el campo de béisbol, la chica le comentó:

—Ah, me gusta mucho el béisbol. Lástima que no sea la temporada. Demasiado frío y demasiada lluvia.

April arrugó un poco la nariz.

—Yo prefiero el buen tiempo; un cielo azul, sol, calor y una copa fría. No me gusta la lluvia. ¿Sabes dónde se está estupendamente en esta época? En Acapulco.

—No he estado allí nunca.

—Es maravilloso, sobre todo si estás con la persona adecuada —se detuvo antes de añadir descorazonadamente—, claro que, cuesta dinero —se rió—. Pero bueno, eso no debe preocuparte ahora mismo, ¿no?

April había dejado que el albornoz se abriera del todo. Arqueó un poco la espalda, para que cada curva de su bronceado cuerpo destacase bien en el traje de baño.

—Te vas a enfriar… —comentó Thursday, echando un vistazo a la exhibición.

Ella se encogió de hombros y se tapó las piernas. El detective se enfrentaba al tráfico de Broadway, camino del hotel Fremont. Las farolas estaban adornadas con grandes velas de cartón y brillantes guirnaldas. Pasaron el anuncio rojo y dorado de una de las tiendas de Finch. El escaparate estaba lleno de sugerencias para regalos, serrín blanco y nieve de algodón. Pero en la casa de los Finch no había más que una corona.

Thursday se acordó de la chica.

—¿Dónde vas?

—A mi hotel, el Fremont. Pero déjame donde te venga bien.

April sonrió suavemente ante el gesto de ligera sorpresa de Thursday que intentaba decirse a sí mismo que el hotel Fremont era el mayor de San Diego, que tenía más de doscientas habitaciones y que lo de Von Raschke era una mera coincidencia. Pero no se

convenció.

Le dejó ante el gran edificio blanco. April sujetó la puerta un momento:

—No me digas que me puedo ir, que ya estás satisfecho.

—No, no lo estoy. No me gusta el pescado, pero me puedo dar una panzada. Ya te veré.

La chica cerró la puerta violentamente y le sonrió con malicia por la ventanilla.

—Nunca se sabe, encanto.

Un repartidor de periódicos se quedó mirándola. La verdad es que llamaba la atención con las sandalias y el albornoz, demasiado informal, incluso para California. April le devolvió la mirada y luego miró al detective, se quitó el albornoz, le dijo adiós con la mano y, poniéndose el albornoz en el brazo, entró rápidamente en el vestíbulo del Fremont, que estaba lleno de gente.

Thursday la observó hasta que el ajustado traje de baño blanco desapareció en las profundidades del Edificio.

Arrancó el coche suavemente sin dejar de mirar el gran hotel.

7

Viernes, 24 de diciembre, 12:30

Thursday dio un par de vueltas por las calles de alrededor, dejando a April Ames tiempo suficiente para quitarse de su vista. Una multitud de compradores de regalos de última hora atestaba las aceras y los cruces. Tardó diez minutos en llegar al aparcamiento trasero del Fremont.

Los diez pisos del hotel ocupaban una manzana entera en pleno centro. El edificio parecía una ciudad, ya que, además de dos restaurantes y tres bares, tenía un montón de tiendecitas de lujo donde los clientes del hotel podían comprar desde un vestido a una orquídea, pasando por un diamante o un billete de avión para cualquier lugar del mundo.

Thursday atravesó el alfombrado pasillo para ir desde el aparcamiento hasta el vestíbulo de techo alto que parecía una lujosa estación de tren. Sillas forradas y divanes de plumas se repartían alrededor de las columnas de mármol y todos estaban ocupados, sobre todo por cansados compradores de regalos que habían entrado a descansar o a esperar a un amigo.

Un montón de empleados se agitaba detrás del mostrador en forma de ele. Thursday tamborileó con los dedos en la superficie de mármol hasta que un empleado le atendió, y entonces preguntó por el conde Emil von Raschke, y le dijeron que su habitación era la 623.

—Creo que está en la habitación, señor —dijo el empleado, cogiendo un teléfono—. ¿Quién le digo que quiere verle? —preguntó, mirando burlonamente la caja de música que el detective llevaba bajo el brazo.

Thursday le dio su nombre y esperó a que la información llegara al otro lado del teléfono. Cuando colgó, el hombre del hotel le dijo:

—Suba, señor. Los ascensores están justo enfrente.

—Gracias. —Thursday se volvió—. A propósito, ¿está registrada también en el hotel una tal señorita April Ames?

El empleado consultó el fichero.

—Habitación 710. ¿Quiere que la avise?

—No, gracias. La veré después. —Mientras cruzaba el vestíbulo, Thursday pensó que por lo menos la chica le había dado un nombre auténtico. A propósito de nombres, el del conde Emil von Raschke, parecía salido de una opereta—. Bueno, me imagino que habrá gente que de verdad se llame así —dijo en voz alta.

—¿Perdón, señor? —preguntó un ascensorista de aspecto agresivo, con un uniforme de color vino burdeos.

—Decía que… al sexto, por favor.

Cuando hubo desaparecido el ascensor, dejándole solo en la opulenta catacumba del sexto piso, Thursday se sintió un poco receloso. El pasillo estaba tranquilo y su silencio recordaba al de las iglesias. Volvió a ser consciente del peso que llevaba encima, un peso de cien mil dolores. Sujetó con más fuerza la caja de música y buscó la habitación 623.

Había levantado la mano para llamar a la puerta cuando oyó un ruido metálico al otro extremo del pasillo, que hizo que se volviese un poco. Una pequeña camarera, con un blanco uniforme almidonado, acababa de salir del montacargas, empujando un carro de ropa. Mientras la observaba, la chica abrió la puerta de un armario y se inclinó hacia dentro.

Thursday dio unos suaves golpecitos en la puerta. Por fin, ésta se abrió y apareció un hombrecillo regordete de mofletes colorados y calva brillante, que llevaba un traje de paño gris con la chaqueta cruzada. Sus ojillos de comadreja, tras haber mirado a Thursday, se dirigieron a la caja de marquetería.

—Entre, le esperaba con impaciencia.

Thursday entró sin dar la espalda a su anfitrión. La habitación era muy lujosa, pensó que debía ser una *suite*, ya que no se veía ninguna cama por allí. Los únicos muebles eran un «tú y yo», dos sillas de piel, un mueble de radio y un escritorio corriente situado junto a las dos ventanas, que daban a la calle Broadway.

El calvo cerró la puerta con llave y se frotó con satisfacción las gordezuelas manos. Señaló con la cabeza hacia la silla.

—Usted debe ser Max Thursday, sin duda.

—Efectivamente. Y usted, el conde von Raschke.

—Déjese de títulos, hombre. Su nombre de pila es Max, ¿no? Un auténtico nombre alemán. Dos productos de la misma tierra.

Raschke sonreía jovialmente, pero a Thursday no le parecía que estuviese realmente contento. Su trabajo le había hecho a Thursday muy sensible a los matices; debajo del gordo jovial, debía haber un hombre frío y duro. Sentía bajo los modales de von Raschke un nerviosismo injustificado.

—Puede que eso ayude al negocio —dijo el detective evasivamente.

Los ojillos de comadreja estaban fijos en la mano de Thursday, que acariciaba la tapa de la caja.

—Veo que ha traído la obrita de arte.

—En efecto. Suena muy bien. Una melodía realmente conmovedora.

—Lo suficiente. No entiendo nada de música. ¿La ha escuchado entera? —preguntó Raschke con indiferencia.

—No se puede opinar de una melodía hasta que no se escucha hasta el final.

—Ya. ¿Le importa que examine el trabajo? —dijo Raschke estirando la mano.

Thursday negó con la cabeza. Indagando en la mirada de Raschke, repitió lo que Oliver Arthur Finch le había dicho en la terraza.

—Ya sabe lo que dicen, que un tonto y su dinero no pueden estar mucho tiempo juntos.

El regordete hombrecillo soltó una risita.

—Bien dicho, señor Thursday. Veo que sabe hacer su trabajo.

—Lo intento.

—Estoy seguro, muchacho. Bueno, vamos al grano.

Raschke se levantó para tratar de negocios.

—Ha traído una mercancía, y yo tengo la otra. Yo no veo nada que impida ultimar el trato. ¿Y usted?

—Por eso vine.

El conde se acercaba contoneándose hacia Thursday y éste se

levantó de la silla.

—Así que si me da la caja, yo…

—De eso nada —dijo Thursday fríamente—. Pararemos a la vez, Raschke. Y dese prisa, no me gusta andar por ahí con esto. Pesa.

El hombrecito se pasó la mano por el labio superior para quitarse el sudor mientras le observaba en silencio.

—Muy bien, señor Thursday. Lamento que desconfíe de mí, pero está en su derecho. Espere aquí. Vuelvo enseguida.

Salió por la puerta del dormitorio de la *suite* y cerró con cuidado. Thursday se apartó de la silla donde se había sentido como un objetivo de tiro y se acercó en silencio a las ventanas. En ocasiones como ésta casi lamentaba haber vendido su calibre 45. Un tipo tan astuto como von Raschke intentaba algo.

Quitó el pestillo de la ventana de la derecha y subió el cristal de abajo; de la calle Broadway, seis pisos más abajo, subía el ruido del tráfico y el tintineo de las campanillas de los tranvías.

Dejó la caja en el alféizar, que sobresalía unos siete centímetros escasos del borde de la ventana y se sentó en el antepecho, con una mano junto al cofrecillo. Estaba preparado. Si el gordito volvía con una pistola, una mera contracción muscular de Thursday tiraría la caja por la ventana. No esperaba que fuera necesario llegar a hacerlo. La amenaza sería suficiente.

Permaneció allí, preguntándose qué sacaría Raschke de la otra habitación. Obviamente, tenía que ser algo que un hombre pudiera llevar. O algo que pudiese moverse por sí mismo. Se preparó para resistir cualquier sorpresa.

Esperó inmóvil y pacientemente hasta que el borde del antepecho se le empezó a clavar en las piernas y el brazo empezó a resentirse de su forzada posición. Raschke no volvía. Thursday escuchaba atentamente, pero sólo se oían los ruidos de la calle.

Escondió de nuevo la caja de música bajo el brazo y se acercó a la cerrada puerta del dormitorio. Casi pegó la oreja a la barnizada hoja de la puerta, que se abrió fácilmente en cuanto Thursday movió el picaporte.

Lo primero que pensó Thursday fue que la habitación estaba vacía. Pero luego se dio cuenta de que no. Un hombre moreno, con

un traje marrón oscuro, yacía en la cama, con las piernas dobladas y los brazos abiertos, en una postura de plácido sueño. Pero la almohada en que apoyaba la cabeza era una masa roja empapada de sangre. La canosa barba rizada del desconocido casi tapaba una cuchillada que le atravesaba la garganta.

Thursday sintió que le faltaba aire y que la boca se le resecaba. La noche anterior había sido «Palmeras del mar». Ahora era el Fremont. En los dos lo mismo; una habitación de hotel y un cadáver. Hizo los mismos movimientos de la noche anterior; pasó su pañuelo por todo lo que había tocado en el gabinete y después volvió al dormitorio y cerró la puerta detrás de él. La puerta del dormitorio que daba al pasillo ya estaba cerrada con un cerrojo automático de muelles.

Echó un vistazo a la cama, estudiando el cadáver, reconstruyendo los hechos. Por el tono de su piel y de su barba, el desconocido parecía ser mejicano; pero los mejicanos solían llevar ropas de corte americano. Las solapas del traje marrón eran estrechas y la chaqueta corta. ¿Europeo? El traje no presentaba rastros de violencia y la cama estaba abierta como para una siestecita. La víctima tenía que haber estado durmiendo para poder darle una puñalada así, en la garganta. La mano más pegada al cuerpo estaba todavía caliente. La almohada había absorbido la vida del hombre moreno hacía sólo unos minutos.

¿Qué le había pasado a Raschke? Thursday registró la habitación, abrió el ropero y miró en el baño. Las ventanas estaban cerradas por dentro.

Miró por debajo de la cama, apoyándose en el brazo que tenía libre. Se acuclilló y se cubrió los dedos con el pañuelo. Atónito, sacó un espejo convexo con un marco dorado labrado. Era un espejo circular cuyo redondo cristal saliente parecía un gran ojo blanco. En el papel de la pared, encima de la cama, había un círculo ligeramente descolorido aproximadamente del mismo tamaño. Para quitar el espejo había habido que ponerse de rodillas en la cama y cogerlo por encima del muerto. Thursday permaneció de rodillas con el ceño fruncido unos momentos, en un gesto que la burbuja de cristal reflejaba distorsionadamente. ¿Por qué matar a un hombre y esconder un espejo?

Un débil ruido le hizo ponerse en pie y agarrar con fuerza la caja

de música. Volvió a oírse el ruido, un sonido apagado de metal contra metal. Muy despacio, Thursday se acercó en silencio a la puerta del gabinete. Alguien estaba intentando abrir desde fuera con una llave maestra o una ganzúa.

Thursday dejó el cofrecito en la alfombra y se apoyó contra la pared que la puerta taparía al abrirse. El desconocido dio un suspiro de satisfacción. El cerrojo se soltó y el picaporte se movió.

Thursday levantó el puño para dar un golpe contundente mientras los paneles de la puerta se abrían hacia él. April Ames entró cautelosamente en la habitación.

8

Viernes, 24 de diciembre, 13:00

Thursday rodeó con un brazo la flexible cintura de la chica y le puso la otra mano en la boca. Tras la primera reacción de miedo, April se relajó y se apoyó en él, que cerró la puerta del dormitorio de una patada.

Cuando se encontraron frente a frente, ella pareció realmente sorprendida.

—¡Otra vez tú! Qué…

Thursday severamente señaló con la cabeza a la cama, al cadáver que ella aún no había visto.

—Mire, señorita.

April miró. Su bronceada cara palideció un poco, mostrando unas pequitas coloradas, en un gesto de pena y asco.

—Pobre Niza. El… —Tras un forcejeo apartó la cabeza de la mano de Thursday y se deshizo de la gran mano que todavía le apretaba el estómago—. Suéltame. Me portaré bien.

Thursday la soltó, y mientras esperaba se limpió la señal del mismo color que la ensangrentada almohada, que los labios de la chica le habían dejado en su mano izquierda. April se había puesto ropa de calle, un traje azul que le hacía el pelo casi amarillo, con botones forrados de piel a juego con el bolso y los zapatos. No llevaba sombrero y en una mano sostenía dos pequeñas ganzúas.

Thursday pensó que ya le había dejado bastante tiempo.

—¿Le conocías? —preguntó.

—Sí. Le conocía.

Volvió a recuperar su actitud defensiva, levantado los hombros. Se acercó a la puerta, donde el brazo de Thursday le cortó el paso.

—Tranquila. Ahora no vas a irte tan de prisa.

—Max, no seas imbécil —dijo April secamente—. Este no es sitio para que nos encuentren, ni a ti ni a mí. No podemos hacer frente a la Policía.

Thursday siguió con su mirada a la de la chica, que se dirigió a la caja de música depositada en el suelo.

—Sé dónde estoy. Pero nos vamos a ir juntos.

Ella abrió la puerta del pasillo cautelosamente y miró hacia fuera:

—Vamos —dijo a Thursday por encima del hombro.

—Guárdate antes las ganzúas.

Thursday cogió la caja de música, que le acompañaba como una maldición, y los dos salieron juntos al pasillo vacío, cerrando la puerta con cuidado detrás de ellos. April se dirigió al ascensor, pero Thursday la detuvo agarrándola del brazo.

—Es mejor que no nos vean en el ascensor.

La llevaba rápidamente en dirección al otro extremo del pasillo sujetándola a ella con un brazo a la caja con el otro.

—En estos casos no se puede bajar en ascensor. Así es más seguro —dijo el detective.

Pasaron el hueco de la escalera y la puerta del cuartito de la ropa, que seguía aún abierta. No se veía a la camarera, pero daba la sensación de que podía volver en cualquier momento. Frente a la puerta del montacargas todavía estaba el carrito de ropa sucia. Thursday profirió un par de tacos. Del hueco de la escalera venía un ruido sordo y los gruesos cables se movían. Alguien estaba utilizando el montacargas en alguno de los pisos de abajo.

April miró desconfiadamente a las puertas que había a sus espaldas.

—La escalera —ordenó Thursday—, no podemos esperar.

Se estaba poniendo nervioso en ese rincón sin salida. Se acordaba de la noche anterior. El otro asesinato había sido descubierto inmediatamente.

Bajaron corriendo las escaleras alfombradas, de dos en dos. La pisada de April era firme, a pesar de sus tacones altos. En cada descansillo paraban para echar un vistazo y después abalanzarse sobre el siguiente tramo.

En el entresuelo, April rompió el tenso silencio para sugerir que

bajaran separados al vestíbulo, con objeto de evitar sospechas.

—Ni hablar —dijo Thursday sujetándola fuertemente por el codo—. Vamos a mantener esta encantadora unión y no es porque me guste tu perfume.

El hombre alto con un cofrecillo antiguo bajo un brazo y la rubia colgada del otro no llamaron demasiado la atención mientras se abrían paso entre la gente que llenaba el vestíbulo. La mayoría estaban demasiado cansados o demasiado ocupados la víspera de Navidad.

Frente a ellos estaba la pequeña arcada que daba paso a «El Tifón», uno de los bares del Fremont, cuya entrada flanqueaban troncos de palmera toscamente cortados. Thursday empujó a April para entrar en el local de forma circular, apenas iluminado por una luz de color rosa pálido. Unas pequeñas mesas se alineaban en la sala formando una rueda cuyo centro era el mostrador del bar, dentro del cual, detrás de los desocupados camareros, había una columna que llegaba hasta el techo, en la que se veía un bajo relieve de los mares del Sur: pequeños pescadores de color marron, chicas de pechos exuberantes, canoas y palmeras. Encima del mostrador y de las mesas colgaba un entramado de hojas de palmera, simulando una rudimentaria tienda sostenida por fuertes troncos de bambú.

A la entrada había una cabina de teléfono, que desentonaba con el ambiente. Thursday puso a la chica frente al teléfono.

—Como somos ciudadanos respetuosos con la ley, llamaremos a la Policía. El sargento que esté al teléfono podría reconocer mi voz, pero es fácil que no conozca la tuya.

—Ah, no. No voy a hacerte de pantalla —protestó la chica, asombrada.

Thursday, que ya tenía la moneda puesta en la ranura y estaba marcando, le colocó el auricular al oído.

—Diles lo que hay arriba. O lo haré yo, y a lo mejor no te gusta lo que digo.

April se puso a actuar por su cuenta al hablar con la Policía. Su voz adquirió otro tono, exaltado y chillón. Thursday, asombrado, miraba fijamente a esta otra persona, a esta histérica testigo de un

asesinato en la habitación 623 del hotel Fremont. La rubia colgó bruscamente después de dar un nombre mal articulado y miró a Thursday solicitando su aprobación. Este se la dio, maravillado. Ella se dejó conducir a una de las mesas con asientos de piel situadas contra la pared. Había pocos clientes más, y ninguno cerca. Thursday eligió un sitio con vistas a los ascensores; mientras estaba en la barra pidiendo dos *whiskies* con soda, vigilaba los ascensores y a April Ames.

Ella se bebió nerviosamente de un trago casi toda su copa. El detective la estudiaba desde el otro lado de la mesita negra, observando con decepción cómo se le relajaba la expresión y tratando de descifrar lo que había detrás de esos ojos comprometedores. Dos apuñalamientos en veinticuatro horas y la rubia cerca en las dos ocasiones.

Una explosión de luz blanca detrás de la barra iluminó rápida y vívidamente el bajo relieve de los mares del Sur. April se sobresaltó violentamente, Thursday se rió. El relampagueo artificial fue seguido de ruidos atronadores que salían del altavoz situado sobre el techo de hojas de palmera. Después se oyó un ruido de lluvia cayendo en un techo de paja.

—«El Tifón» —le recordó él—. Una tormenta cada quince minutos. Se supone que así la gente se asusta y bebe más.

Ella terminó su bebida y acarició el vaso.

—No necesito que me asusten —murmuró—. Pobre Niza.

—¿Quién era?

—Alguien que conocí hace mucho tiempo. Hace mucho, y muy lejos de aquí.

April mantenía la mirada baja, observando cómo sus dedos ensuciaban el mojado cristal del vaso. De repente levantó la vista:

—Quiero hablar, Max.

—Así me gusta. No cambies de opinión.

Los ojos de la chica miraban a algo que estaba detrás de Thursday.

—Es un lío muy gordo, Max. Hasta ahora siempre me las he arreglado de una u otra forma, pero esta vez no veo la salida —por primera vez parecía estar sin defensas. Su aire de gallito había desaparecido—. Eso de arriba…

—Deduzco que nunca antes habías visto una garganta abierta.

Thursday atacaba por encima, sin arriesgarse. Cuando la boca de la chica volvió a tomar una expresión de tristeza, vertió en su vaso la mitad de su copa. Mientras vaciaba de nuevo su vaso, pareció tranquilizarse.

—Max, déjame que lo diga de prisa, por favor. Empezaré por París. Allí estaba yo cuando conocí a Melrose, que andaba por allí arreglando asuntos de su padre —apretó los labios ligeramente—. No me eches en cara lo que dije sobre el dinero. Puede que no sea una colegiala locamente enamorada de Melrose, pero le tengo mucho cariño y quiero cuidarle. Créeme.

—Sigue, sigue.

—Queríamos casarnos. Pero Melrose sabía que nunca podría conseguir la aprobación de su padre, si éste se enteraba.

—¿Se enteraba de qué?

April se mordió los labios.

—El señor Finch está obsesionado con que algún escándalo ensucie su nombre; es una especie de complejo de persecución. En Europa yo era actriz, Max. Teatro propiamente dicho, *cabarets*, antros, lo que fuera, cualquier cosa. Si el padre de Melrose supiera…

Thursday soltó una risita socarrona.

—Así que el airado progenitor desheredaría a Melrose si se casa con una perdida, una mujer del teatro, ¿es eso? Ese cuento sensiblero está un poco pasado de moda, preciosa.

—Hay más —dijo April pacientemente; parecía más confusa que ofendida—. El dinero, yo puedo pasar sin él, pero Melrose no. Cuando le seguí hasta aquí no dijimos una palabra de que nos conociéramos de antes. Supongo que el señor Finch soportaría lo del teatro.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —Thursday tuvo que inclinarse un poco para oír su voz por encima de la simulada lluvia.

—Trabajaba como actriz de vez en cuando, Max. Hace tiempo, cuando pensaba que eso era toda mi vida, posé para algunas fotos. Tú has visto mundo, debes saber a qué clase de fotos me refiero. Guantes negros y nada más.

Cesó la lluvia y Thursday se recostó otra vez en el respaldo de

piel. Así que era eso, un asunto de chantaje, mucho más caro de lo normal, pero, sin embargo, con las mismas características sucias en el fondo. Su mente empezó a adelantar detalles, llenando los huecos del rompecabezas.

—Empiezo a comprender, pero sigue.

—En París, yo había trabajado para un hombre llamado Emil von Raschke, un conde austríaco que lo había perdido todo en la primera guerra mundial. Créeme, Raschke, no deja pasar ninguna oportunidad de ganar dinero; para él, que Melrose y yo pagásemos algo por nuestra felicidad era sólo razonable.

—¿Tiene él las fotos?

La voz de April había perdido algo de su musicalidad.

—Sí, tiene las fotos. No las tenía en París, pero sabía que un fotógrafo español llamado Abraham Niza tenía los negativos. Niza había salido de España después de la guerra y se había ido a Acapulco —sonrió tristemente—. Esta mañana malinterpretaste lo que dije de Acapulco.

—Abraham Niza. Ese es el barbudo de la 623.

—Sí. Yo no tenía ni idea de que estuviese en San Diego hasta que le vi tumbado allí. Se había asociado con Raschke, porque las perspectivas le debieron parecer espléndidas. Raschke me localizó aquí hace una semana, y me ofreció los negativos. No pude comprarlos, porque no tenía dinero. Así que el próximo cliente fue Oliver Arthur Finch.

—Un momento —objetó Thursday lentamente—. Eso no tiene sentido, puesto que tú estás todavía por aquí. El viejo ya os habría echado a patadas a los dos.

—Pero Raschke no habló con el señor Finch. Sólo llegó a su secretaria, la señora Wister —la cara de April se puso tirante—. Ella me odiaba. No sé qué se pensaba. Quizá… bueno, el caso es que estaba dispuesta a comprar las fotos a Raschke para que el señor Finch impidiera el matrimonio. A lo mejor pretendía sacarlas a relucir después de la boda y cambiar el testamento, no sé. Tampoco sé cómo le sacó el dinero al señor Finch, pero le tenía dominado. Yo nunca me hubiera enterado de esto si Melrose no hubiera oído por casualidad una conversación entre la señora Wister y Raschke.

—Me resultaría un poco más claro todo si supiera qué estaba haciendo en Del Mar.

Ella se encogió de hombros, indecisa.

—Fue una casualidad. Seguí a la señora Wister hasta allí y me dieron la habitación contigua. Esperaba poder conseguir las fotos de alguna forma.

—¿Con un cuchillo, por ejemplo?

—Yo no la maté, Max —sus pequeñas manos acariciaban el vaso vacío—. Raschke no apareció, claro, porque la señora Wister había decidido hacer el trato a través de una tercera persona, tú. Intenté escuchar, pero las paredes del hotel son a prueba de ruidos; permanecí junto a la puerta, pero no oí a nadie entrar en su habitación. Lo primero que supe fue lo que pasó cuando entraste por la ventana. Debo admitir que intenté retenerte, porque tenía una idea bastante aproximada de lo que podía haber en esa caja de música. —Automáticamente, Thursday tocó la cajita que tenía fuertemente apretada contra su muslo—. Pero yo no la maté.

—¿Quién lo hizo?

—No lo sé.

—¿Quién mató a Niza?

—No lo sé.

—Una guapa rubia que llevaba un sombrero azul con un pájaro informó del asesinato al empleado de «Palmeras del mar». Es mucha coincidencia.

—Yo casi nunca llevo sombrero —dijo April indolentemente—. Estaba en mi habitación. —Retiró el vaso y extendió las palmas de las manos sobre el charco que había dejado—. Nunca he pedido que me crean o que confíen en mí, pero no sé cómo salir de esto.

Las claras líneas de su cara parecieron borrarse de repente. Apoyó la frente en el dorso de las manos.

Thursday suspiró y observó la parte superior de la fina cabeza de la chica. Le daban ganas de darse patadas a sí mismo por ablandarse, por querer tocar la brillante cabellera. En lugar de hacer eso se inclinó hacia delante y cogió el bolso que ella había puesto detrás de su codo derecho. Era de piel negra y en la cremallera tenía un colgante grande y pesado para abrirla. Algo del bolso le llamó la atención, le parecía familiar, pero no sabía el qué. April levantó la cabeza y mientras lo registraba, le observó con una

triste sonrisa en los labios. A no ser por las dos pequeñas ganzúas el contenido era el habitual en estos casos. Ningún instrumento afiliado ni cortante. Ninguna mancha de sangre.

En un pequeño billetero negro había cinco billetes de diez dólares. La suave mano de la chica sujetó la de Thursday cuando éste los volvía a poner en el billetero.

—¿Por qué no te los quedas?

—¿Es que me vas a sobornar?

Su despeinado flequillo se movió al negar con la cabeza.

—No. Se trata de una paga, o como lo Jaméis los detectives. Esto es un trabajo para ti. ¿Puedo contratarte?

Thursday lo pensó.

—Has dado con el tipo adecuado para on encargo inadecuado. No me puedo resistir a las damas en apuros, tanto si lloran por un muerto como si lloran por sus propios problemas. Pero yo tengo un cliente cuyos intereses pueden ser opuestos a los tuyos, aunque todavía no sé si lo son o no —se paró, pensando en la inocente mentira que acababa de decir—. Aparte de que podría ir contra mis principios, no sé lo que podría hacer por ti. Supongamos que cojo los cincuenta dólares. ¿Qué tendría que hacer?

—No he terminado —la mano de la chica se agarró fuertemente a la de él, temblando de nuevo con inquietud—. Max, si ha sido Raschke quien ha matado a Niza, y debe haber sido él, escapará, y creo que sé a dónde. Cuando hablamos, dejó caer que había localizado a un viejo amigo suyo en Tijuana, un hombre que por lo visto tiene un local nocturno allí. Si Raschke está de camino…

—Muy bien. Sea o no el asesino, supongamos que cruza la frontera. ¿Y entonces qué?

—Podrías encontrarlo y comprar las fotos. Tienes el dinero, pero me las compras a mí. ¿No te das cuenta? La señora Wister está muerta y estoy segura de que el señor Finch no sabe dónde está el dinero —la chica se acercaba más y más, suplicante—. ¿No te das cuenta, Max? Es la oportunidad que necesito.

Thursday no lo veía así, pero no dejaba que su cara le traicionase. April se equivocaba, Oliver Arthur Finch sabía algo y esperaba sacar provecho de su dinero. Los cien grandes pertenecían a alguien y él no podía despilfarrarlos por una atractiva rubia que se había puesto a sí misma entre la espada y la pared.

—Muy bien —dijo Thursday—. Quizá podamos arreglarlo y solucionar los dos nuestros problemas. ¿Dónde va a estar Raschke en Tijuana? —Si él pudiera encontrar al conde austriaco podría completar el encargo de la señora Wister y esperar las otras instrucciones que ella le había prometido. Al mismo tiempo podía tener sujeta a la rubia. Si April esperaba las fotos, no era muy probable que desapareciera dejándole sin un testigo que todavía podía necesitar.

La respiración de April era agitada y sus hombros parecían más relajados. Sonrió por primera vez durante todo ese rato.

—Max, esta mañana no pensé ni por un momento que me apetecería besarte alguna vez. Pero si no fuera por los camareros…

—Otra vez será —se metió los cincuenta dólares en el bolsillo para que todo pareciera auténtico—. ¿A dónde tengo que ir?

—Café de «Los siete ángeles». Está en la calle principal. El amigo de Raschke es el señor Bicoca, que es el dueño. Max… —Thursday la cortó bruscamente, sintiéndose incómodo. Miró el reloj.

—Es casi la una y media —dijo—. Con un poco de suerte estaré de vuelta a eso de las cuatro.

Cogió la caja de música con cuidado y se levantó de la mesa.

—Buena suerte. Estaré esperando en mi habitación —le dijo April suavemente—. Es la 710.

Después de toda esa charla sobre Melrose, Thursday se preguntó qué clase de promesa brillaba en esos ojos.

Los falsos relámpagos iluminaron la barra. Se oyeron los truenos y las gotas de lluvia comenzaron otra vez a caer simuladamente sobre el techo de palmeras. Thursday apenas oyó la tormenta; miró al otro lado del vestíbulo. El teniente Austin Clapp y un hombre de pelo blanco con uniforme se abrían paso entre el gentío, camino a los ascensores.

—¿Qué pasa? —susurró April apresuradamente.

—Los polis acaban de llegar y me parece que es urgente que me vaya. Hasta luego.

9

Viernes, 24 de diciembre, 14:30

En Tijuana parecía haber menos ambiente navideño que en San Diego. La ciudad fronteriza, treinta kilómetros al sur de San Diego, se adornaba estos días sólo con alguna corona o algún árbol navideño rompiendo aquí y allá la chillona monotonía de bares, locales nocturnos y tiendas de recuerdos.

Las calles estaban casi desiertas cuando Thursday entró con el Oldsmobile en el centro de la ciudad. La mayoría de las tiendas estaban cerradas mientras sus propietarios se dedicaban a descansar a la hora de la siesta, esperando somnolientos la llegada de turistas ávidos de las diversiones que la Nochebuena traería consigo.

Encontró el café «Los siete ángeles» sin problemas. Su rótulo luminoso de bombillas se destacaba llamativo en la Avenida Revolución, donde una gran flecha señalaba hacia la entrada principal.

Thursday consideró la posibilidad de dejar la caja de música bajo llave en el coche, pero la desechó. Era arriesgado llevar encima el cofre lleno de dinero, sobre todo yendo sin armas, pero no le gustaba nada la idea de perderlo de vista, especialmente en un país extranjero donde las simpatías oficiales no estaban precisamente con los americanos.

El café «Los siete ángeles» estaba cerrado a cal y canto. Thursday golpeó con los nudillos en las puertas forradas de piel y esperó, pero no se oía nada dentro. Permaneció allí y contempló el pequeño nacimiento que había en el escaparate donde se mostraban fotografías del espectáculo. El decorador no se había molestado en tapar el cartel luminoso que había detrás del nacimiento y que

decía: *Todas las noches un buen espectáculo.*

Pasados unos momentos, Thursday dio la vuelta a la esquina, siguiendo el muro beige del edificio. El tramo asfaltado se acababa a media manzana de la calle principal y con él los reclamos para los turistas. Las casas de auténtico adobe y paredes desvencijadas empezaban aquí.

Una estrecha carretera de tierra pasaba detrás del café «Los siete ángeles». La sucia acera apenas se distinguía de la calzada. Thursday encontró lo que buscaba: una entrada de servicio. Cuando se acercaba, la puerta se abrió y un muchacho de unos quince años, que estaba barriendo, echó una nube de polvo hacia la calle.

—*Buenos días*[1] —dijo Thursday, esforzándose por recordar su rudimentario español.

El chico dejó de barrer para fijar sus ojos como botones negros en la cara del detective y respondió como un eco:

—*Días, señor.*

—*El señor Bicoca, ¿dónde está?*

—*Aquí. ¿Qué quiere?*

—*Quiero hablar* —Thursday buscó en su bolsillo y lanzó una moneda de veinticinco centavos al chico, que la cogió al vuelo, con habilidad.

Sonriendo abiertamente, el chico hizo un gesto con el mango de la escoba:

—*Vámonos.*

Se metió en el edificio, con Thursday pegado a sus talones. El detective apretaba el brazo contra la caja de música mientras pasaron por un sucio cuarto lleno de cajas de cerveza a una cocina con unos fogones antiguos y, tras unas puertas oscilantes, al comedor.

Era una habitación amplia, sin ventanas, de techo bajo y aspecto antiguo. En las paredes de yeso azul había unos tubos retorcidos de neón azul que constituían la única iluminación del lugar. El espejo que estaba detrás de la larga barra era también azul. Al otro extremo de la habitación se veía una plataforma vacía y un pequeño espacio con el suelo de madera barnizada para bailar.

Las mesas tenían las sillas puestas encima boca abajo.

El chico quitó una silla de la mesa más cercana y la colocó en el suelo.

—Siéntese, señor; por favor. Un momento.

—*Gracias* —murmuró Thursday mientras el joven atravesaba rápidamente el salón para desaparecer tras unas cortinas que había entre la plataforma y los servicios. Más silencio. Los ruidos de la calle no llegaban al interior. Thursday se sentó, se levantó de nuevo y se puso detrás de la silla, intranquilo por la espera.

Por fin se descorrió la cortina y entró un hombre en la amplia habitación. El hombre era alto, corpulento y con demasiada grasa en el estómago, que desbordaba el pantalón de su traje marrón. A pesar de su altura atravesó ligera y casi delicadamente el encerado suelo de madera. Tendió al detective una mano blanda y pequeña.

—¿Señor Bicoca? —Thursday le estrechó ía mano brevemente.

—Podemos hablar en inglés, si lo prefiere —dijo el gordo tras asentir con la cabeza. Hablaba el inglés con mucho acento. Tenía la cara redonda y morena y los ojos negros muy vivos. Llevaba el pelo de color azabache peinado hacia atrás y la línea del bigote parecía depilada.

—Muy bien —sonrió Thursday, estudiándolo—. Se me estaba acabando mi español.

Bicoca le devolvió la sonrisa.

—Para mí es una necesidad. Mis clientes son casi todos americanos. Usted debe ser viajante, señor… —Se paró cortésmente.

—Thursday. No, señor Bicoca, soy detective.

Bicoca levantó las cejas con un gesto de asombro.

—Un detective. Esto es insólito —dio una vuelta con la mirada por la habitación—. Espero que no venga por nada que haya hecho yo.

—No es por usted, es por un cliente suyo. Usted podría ayudarme.

—Sí, claro —accedió lentamente el mejicano—. Siempre estoy dispuesto a colaborar con la Policía.

Thursday no pensaba llevarle la contraria. Si Biosca le tomaba por un policía, eso podía facilitar las cosas.

—Este cliente no es uno de los americanos que usted ha mencionado. Es austríaco, se llama Emil von Raschke.

Bicoca negó con la cabeza, como si lo lamentase.

—Lo siento, señor Thursday. Ese nombre no me resulta familiar.

—¿Está seguro?

—Completamente. Compréndame, conozco a pocos de mis clientes por el nombre; de vista, tal vez conozca a más. Vienen y van. —Bicoca ilustraba sus palabras con sus pequeñas manos—. Hay mucho movimiento de gente.

—Me han dicho que Raschke era amigo suyo.

—No —replicó Bicoca con total seguridad—, no es así.

Thursday miró la fofa cara morena de aire inocente. La ofensiva indirecta no había surtido efecto. Bicoca no iba a admitir que conocía al conde austríaco.

—Muy bien. Vamos a dejarnos de historias. Quiero ver a Raschke.

—Pero ya le he dicho…

—Déjeme acabar. Quiero ver a Raschke por un asunto de negocios. No me importa por qué se esconde, aunque tengo una ligera idea. No soy un policía, Bicoca.

Bicoca, lleno de confusión, mantenía el ceño fruncido.

—No comprendo.

—A lo mejor entiende esto. April Ames me envía, por una cuestión de dinero.

Thursday paró bruscamente. El mejicano sonreía con un aspecto más tranquilo.

—¡La señorita Ames! —gritó, encantado—. Dispénseme, señor. No me había dado cuenta, espere un momento, por favor.

Se fue apresuradamente hacia las cortinas. Thursday se sentó, sacó un cigarrillo y se puso a mirar hacia la cortina. Sólo había dado dos caladas cuando Bicoca volvió, con un sobre en la mano. Hizo señas al detective de que siguiera sentado y quitó otra silla de la mesa. Cuando se sentó, sacó unas gafas de concha de su chaleco y las limpió a conciencia con un trocito de gamuza rosa que sacó del mismo bolsillo.

—Es una tontería, una señorita tan distinguida, pero estaba preocupado. Lo admito. Su venida me alivia muchísimo —seguía sonriendo Bicoca.

Guardó la gamucita, se caló las lentes y abrió el sobre.

Thursday puso la caja de música en la mesa y se inclinó hacia

delante, confuso.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Thursday.

El sobre contenía varias tiras de papel con algo escrito a mano, pero no se veía ningún negativo. Bicoca cogió la primera tira y se aclaró la garganta.

—Este es el dinero de la cena, veintisiete dólares y setenta y cinco centavos —pasó el papel a Thursday y cogió otro—. Bebidas, diecisiete dólares justos. Además aquí hay una rotura…

Thursday no estaba escuchando. Miraba fijamente al pagaré que tenía en la mano con fecha de 18 de diciembre y con la enérgica firma de April Ames. Levantó bruscamente la mano y Bicoca se paró.

—Vamos a oír toda la historia desde el principio.

El moreno se sobresaltó de nuevo.

—Estas son las facturas que la señorita Ames y su acompañante no pudieron pagar el sábado pasado por la noche. El caballero se sintió indispuesto y tiró su dinero desafortunadamente por el… —señaló con la mano la puerta del servicio de hombres—. ¿Qué podía hacer yo? —suspiró Bicoca—. La señorita Ames estuvo tan persuasiva y parecía tan desconsolada… Las mujeres bonitas me dan miedo, me ablandan el cerebro.

Thursday asintió y empezó a ponerse de mal humor. No cabía la menor duda sobre la obvia sinceridad que denotaba la cara del otro. La luz azul se reflejaba en las joyas de la tapa del cofrecillo y parecía hacer guiños burlones.

—Quizá me equivoque, pero creo que la señorita Ames mencionó algo acerca de unas fotos.

—¡Las tengo! —asintió Bicoca con la cabeza, muy contento.

Quedaban en el sobre dos rectángulos de cartón doblado. Thursday abrió uno y se quedó mirando a la foto que tenía pegada dentro. Era la típica foto de recuerdo de un local nocturno: con unas sombras al fondo, donde no llegaba la luz del *flash* y en primer plano April Ames, riéndose maliciosamente de él fuera de la foto. Junto a ella se veía la cara de borracho de Melrose Finch, con los ojos vidriosos.

Bicoca seguía hablando:

—Las fotos son cuatro —repasó la suma que había en un papel—. Cuarenta y siete dólares y setenta y cinco centavos.

Thursday sacó en silencio los cincuenta dólares de April, los dejó en la mesa y esperó a que el mejicano le diera el cambio. Todavía en silencio, se levantó, guardó las vueltas, el pagaré y las fotos y se metió la caja de música bajo el brazo.

Bicoca se levantó también y le dio la mano.

—Mil gracias, señor Thursday, por tomarse la molestia. Dele recuerdos de mi parte a la señorita Ames cuando la vea.

—Lo haré, no se preocupe —prometió Thursday con seriedad—. No se moleste en acompañarme. Encontraré la salida.

Salió airadamente por las puertas oscilantes y atravesó la cocina apretando los labios para no decir nada. Sólo pensaba en hasta qué punto le habían engañado. En todo momento había sido consciente de que April era una actriz, por su voz y por su representación telefónica con la Policía. Cuando se acordó de la cara suplicante que había puesto en el bar, tuvo que apretar los dientes. Lo que más le dolía, la ironía final, era que él había pensado inocentemente que iba a utilizar a April Ames para arreglar su propio asunto.

Thursday todavía estaba hirviendo interiormente cuando salió por la puerta de servicio a la calle estrecha. La brillante luz del sol, después de la azul oscuridad del bar, le cegó y le hizo detenerse en la sucia acera, parpadeando.

Oyó un coche casi sin prestar atención. Estaba parado media manzana más allá cuando él salió. De repente se puso detrás de él, con el motor en marcha como si fuera un monstruo de metal apuntándole a la espalda.

El instinto animal le electrificó los nervios. Sin pensarlo, dio un salto, doblando su cuerpo hacia la puerta por la que acababa de salir. El tobillo le falló y se cayó pesadamente al suelo, rodando y sintiendo una ráfaga de aire cuando el coche pasó a toda velocidad junto a él.

Estaba a salvo antes de darse cuenta plenamente de que la muerte le había dado un aviso. Se sentó en el suelo de madera del cuarto de atrás del local y respiró profundamente diez veces antes de levantarse. Vio cómo le temblaba la mano al sacudirse el polvo del traje. La valiosa caja estaba todavía contra su pecho como un balón. No la había soltado.

Cuando inspeccionó la calle, ésta parecía tan vacía y somnolienta como siempre.

Thursday se encaminó lentamente hada su coche. Sentía su proximidad en el estómago y sus ojos estaban a la vez tranquilos y preocupados. No había sido un accidente. El coche le había esperado en el callejón como un gato ante el agüero y después había intentado aplastarlo.

Y el coche tenía inteligencia, una rubia y mentirosa inteligencia. El cuento de April había sido más que una broma y un truco para ganar tiempo. April le había mandado a una trampa.

Thursday se estremeció. Tenía el frío presentimiento de que estaba marcado.

10

Viernes, 24 de diciembre, 16:00

Max Thursday paró en el camino para telefonear al hotel Fremont. April no estaba y no había dejado recado de cuándo regresaría. Una vez que hubo comprobado lo que se temía, colgó sin preguntar por Raschke. El condecillo estaría todavía corriendo o en el sótano de la comisaría bajo los focos.

Entró en San Diego por el paseo del Puerto, deteniéndose en la Punta del Hombre muerto, donde estaba la comisaría. Era un edificio marrón, con tejado rojo y un gran patio interior. Sobre la puerta principal se veía un campanario de mampostería y, en extraño contraste, un letrero luminoso con la palabra POLICÍA.

Dejó el Oldsmobile en el aparcamiento lleno de coches que había frente a la fachada principal y entró en el edificio para ver a Austin Clapp, después de dejar la caja de música en el coche, bajo llave. La oficina del jefe de detectives estaba en el ala derecha nada más pasar la entrada. Thursday se sentía incapaz de hacer preguntas directas, así que esperaba que Clapp tuviera el día locuaz. Su visita tenía que parecer un gesto de cortesía y a la vez le debía servir para obtener toda la información que tuviera la Policía sobre el asesinato de A. Niza. Claro que este nombre, pensó Thursday, podía ser parte de la mortífera mentira de April.

Clapp levantó la vista sorprendido cuando vio a Thursday abrir la puerta. El gordo policía estaba de pie detrás de la mesa, ocupado en envolver un gran paquete. Por el suelo había papel de plata arrugado y cintas rojas.

—Hola, Max. ¿Qué te trae por aquí?

—Nada en especial. Estoy dando una vuelta, me siento de buen

humor, ya ves, ¿y tú?

—También, gracias a Dios. Parece que me van a dejar pasar una Navidad tranquila con mi familia, para variar. —Clapp miraba su paquete a medio hacer—. ¿Sabes envolver regalos?

—No, gracias.

—Yo tampoco. Este es para mi hija Sheila. Le gustan más los regalos si piensa que se los he envuelto yo mismo.

Clapp se puso de nuevo a luchar con el papel y las cintas. Thursday se dejó caer en el poyete de la ventana y se quedó mirando fijamente a la limpia tierra del patio. ¿Cómo hacer que Clapp empezara a hablar?

—A propósito —aventuró indirectamente—, aprovechando que estás de buen humor, ¿te puedo pedir un favor?

—Venga —murmuró Clapp.

—Busca en el fichero a una chica llamada April Ames. Puede que sea un nombre falso, pero podías encontrarlo en el índice de referencias cruzadas.

—Muy bien —accedió Clapp sin mucho entusiasmo—. ¿Qué clase de interés tienes en esto?

—Ahora mismo, estrictamente personal. Puedes buscar en «extorsión» bajo el epígrafe de «*modus operandi*». Es una rubia de ojos azules, altura como de uno sesenta y de unos veinticinco años.

Clapp se paró a la mitad de una lazada y sus ojos grises se animaron.

—¿Conque rubia, eh? ¿No estarás engañado a tu viejo amigo, Max?

—¿Por qué? Soy sincero.

—No estoy muy seguro. Pero yo también estoy interesado en una rubia, ya sabes. Hablo de Gillian Pryor.

—¿Has averiguado algo más por ahí?

—¿Y tú?

—No te sulfures, Clapp —se rió Thursday con ganas—. Te garantizo que esto es estrictamente personal. Tengo un cliente a quien la tal Ames está intentando cazar y le pica la curiosidad de saber más que lo que ella le dice. Pensé que podías ahorrarme unos cuantos paseos inútiles.

Clapp gruñó. Cogió una hoja de afeitar vieja que tenía en el cajón del escritorio y cortó la cinta. Luego se sentó en su silla

giratoria y descolgó el teléfono. Tras repetir la información sobre April Ames al empleado del archivo, Clapp colgó, se recostó en la silla y se estiró perezosamente.

—Tardarán unos minutos —dijo bostezando.

—Puedo esperar. —Thursday sacó una cajetilla—. ¿Fumas?

Clapp negó con la cabeza.

—Ahora que has dicho lo de los paseos inútiles, Crane y yo fuimos al hotel Fremont esta tarde. Una chica dio parte de un asesinato en la 623, creo que era.

—¿Y? —La cerilla de Thursday no prendió.

—Pues uno de tus paseos inútiles. Crane y yo registramos todas las habitaciones de la sexta planta para cerciorarnos y nada.

—Probablemente un borracho —dijo Thursday lentamente, tratando de digerir la noticia. Durante un momento estuvo a punto de abandonar su pose y negar airadamente, decir que el barbudo muerto no había sido una falsa alarma, y que la sangrante herida de la garganta no había sido un truco efectista; luego se acordó del fiscal del distrito y mantuvo la boca cerrada. Pero ¿qué habían hecho con el cadáver?

—Eso supongo. Mira, Max, francamente ni siquiera me he enfadado. Quiero pasar la Nochebuena en casa con mi mujer y mi hija, no en esta ratonera. He hablado con el tipo que ocupaba la 623 —Clapp frunció los labios—. No le ha hecho mucha gracia. Es un extranjero llamado Raschke, pero no fue él quien llamó por teléfono. Te he dicho ya que fue una mujer, ¿no?

—Sí, ya me lo has dicho.

Las cosas se arreglaban un poco a medida que Thursday las analizaba. Raschke debía haber vuelto a la *suite* justo después de que April y él empezaran a bajar, y el austríaco mofletudo se las había arreglado para deshacerse del muerto y de la almohada antes de que llegara la Policía.

Clapp parecía estar muy comunicativo.

—Me parece una persona muy curiosa ese Raschke, o mejor, von Raschke. Es un conde austríaco o algo así y se dedica a exportar por su cuenta. Esta es su primera visita a San Diego y está aquí para cerrar un negocio con Gordon Larabee. ¿Conoces a Larabee?

—No personalmente. Es un importador, ¿no? Tiene una tienda muy lujosa en la calle C.

—Ese es. Allí hay mucho dinero en objetos de arte.

—¿No tenéis ficha de Raschke?

—No, y no veo ninguna razón para indagar.

Thursday avanzó un poco.

—¿No es posible que sea un ex nazi?

—Siempre cabe esa posibilidad. Un austríaco que no es lo que se dice un muerto de hambre… ya es suficiente para sospechar que sea un nazi. Pero me parece que no es ni nazi ni antinazi, sino uno de esos tipos que salen a flote en cualquier circunstancia.

—¿Es un conde de verdad?

—Puede que sí y puede que no —replicó Clapp, encogiéndose de hombros—. ¿Qué importa?

Thursday no dijo nada pero pensó en la caja de música repleta de dinero y en los dos asesinatos. El teléfono sonó y Clapp se lo acercó al oído. Escuchó un momento, dio las gracias con un gruñido y colgó.

—Nada sobre tu chica. ¿Contento?

—No sé —dijo Thursday sinceramente—. Justamente estoy buscando algo que me dé alguna pista.

La puerta de la oficina de Clapp se abrió y un hombre alto y ancho de espaldas los saludó con la cabeza. Era de mediana edad y complexión fuerte, con la cara picada de viruelas. Su apariencia era desgarbada, su ropa ancha y tenía el pelo erizado y cortado a capas desiguales.

—Perdone, teniente. Sólo quería saber si había algo más.

Clapp movió una mano y dijo alegremente:

—Nada. Supongo que todo fue bien con el jefe, ¿no?

El otro dejó ver un diente de oro al sonreír.

—Muy bien. Bueno, feliz Navidad —la cara rojiza los saludó otra vez y desapareció por la puerta.

Clapp esperó a que la puerta se cerrara del todo.

—Para estar más seguros le hemos traído aquí para revisar sus papeles, que parecían estar en perfecto orden.

La confusión sacudió a Thursday.

—¿De quién estás hablando?

—Del tipo que acaba de asomarse por la puerta. El tipo de quien

te hablé, von Raschke. —Clapp miró fijamente al detective—. ¿Te pasa algo, Max?

Thursday tiró el cigarrillo a la papelera.

—Se me ha ido el humo por otra parte —dijo. El carrusel seguía dando vueltas, más y más de prisa—. ¿Ese era von Raschke?

—Según su pasaporte y un montón de documentos, sí.

Thursday sólo se enteraba a medias de lo que Clapp estaba diciendo; un hervidero de preguntas le martilleaba en el cerebro. El hombre con quien había hablado en la 623 del hotel Fremont no era Von Raschke en absoluto. ¿Quién era entonces el impostor regordete? ¿Quién había matado a Abraham Niza y dónde estaba ahora el cadáver? ¿Quién y qué era April Ames? La imagen de su apasionada cara angelical se desvaneció cuando recordó la pregunta fatal: ¿quién quería matar a Thursday?

Clapp también estaba haciéndose preguntas.

—… Por qué tantos europeos están llegando a la ciudad. Raschke, Lucian y Gillian Pryor, si es que ella ha llegado. Además, Melrose Finch, que acaba de volver de Francia. ¿Qué les atrae tanto aquí, Max?

Thursday movió la cabeza en silencio, sin haberse enterado, y todavía pensativo.

—No sé si relacionarlos a todos —musitó Clapp, agarrándose el prominente labio inferior—. Una mujer dio parte de la muerte de la señora Wister y una mujer dio la falsa alarma esta tarde. Y Gillian es una mujer —agarró el teléfono—. Póngame con la puerta principal.

—¿Qué está pasando?

—Hace tiempo que juego por intuición. —Clapp habló por el teléfono—. Brian, ¿has visto a un tipo grandote con el pelo gris cortado casi al cero que acaba de salir? Anda como un granjero. Sí. Bueno, se llama Von Raschke y me gustaría que uno de los chicos le siguiera. Informes cada dos horas. Bien —colgó el auricular con fuerza e hizo un guiño a Thursday—. Puede ser muy interesante saber dónde va nuestro amigo austríaco y a quién ve.

—Sí —asintió Thursday pesadamente—. Buena idea. Pégate a él.

11

Viernes, 24 de diciembre, 17:00

Una niebla casi crepuscular lo inundaba todo y la solitaria mansión de Punta Loma parecía escondida entre las sombras mientras Thursday subía por la serpenteante carretera.

Volvía a la finca de los Finch. No se le ocurrió otro sitio donde ir. Clapp había convertido a Raschke en una trampa que Thursday no quería poner en marcha. Después de veinticuatro horas sin pasar nada, el interés de la Policía normalmente amainaba. Rezaba para que al austríaco no se le ocurriese ponerse en contacto nuevamente con él. Y April Ames no estaba en el Fremont. Quizá había vuelto con Melrose.

El gris atardecer que caía sobre el extraño bosque de araucarias hizo a Thursday decidirse sobre la antigua caja suiza. Casi con cansancio, se colocó el cofrecillo debajo del brazo izquierdo en la posición ya demasiado usual y salió del Oldsmobile.

La gran casa éstilo Tudor estaba desierta, sin una luz. El eco contestó los golpes que dio con la aldaba junto a la corona de la puerta principal.

Un hombrecillo con un mono de trabajo salió de los árboles y empezó a caminar con dificultad por el camino que llevaba a la puerta. Thursday le hizo una seña y el hombre, el jardinero filipino que había visto antes, esperó.

—No me contestan —dijo Thursday a voces—. ¿Hay alguien en la casa?

La cara oscura y brillante del hombre se arrugó.

—No creo —dijo el jardinero. Bajó la voz a medida que Thursday se acercaba—. El viejo Finch está planchando la oreja y el

servicio tiene el fin de semana libre.

—¿Y está, cómo se llama… la señorita Moore?

El filipino hizo una mueca.

—La cara de hacha se ha ido a la ciudad hace una media hora. No volverá hasta tarde —notó la expresión de triste disgusto de Thursday—, si de verdad tiene que ver a alguien, está el joven Finch.

—De acuerdo. Me sirve.

—No está sobrio —dijo el filipino con aire de duda—. De todas formas, está en el embarcadero —señaló con la pequeña mano hacia el Norte, hacia donde estaba el puente de cuerdas—, bueno, mi familia me espera. Feliz Navidad.

Del Pacífico venía un fuerte viento, que revolvía las oscuras aguas levantando una infinidad de puntos blancos. El sol había desaparecido de pronto, hundiéndose tras banco de niebla que se extendía por el horizonte como una densa espuma sucia. Al doblar la esquina de la mansión, Thursday sintió un escalofrío y se abrochó su chaqueta.

Formando un arco panzudo el puente de cuerdas colgaba desde el escarpado acantilado hasta el desnudo pico de la Roca del Cormorán, a unos cincuenta metros. La pasarela, hecha de fuertes travesaños unidos, estaba suspendida de dos gruesas maromas que servían también de pasamanos. Entre los travesaños y las maromas había una red de fuertes cuerdas como protección. El viento silbaba y movía el oscilante puente.

Thursday andaba con precaución por el tambaleante sendero, con la mano que le quedaba libre siempre agarrada a la maroma. Tras él, grandes cormoranes negros alzaban el vuelo y chillaban a su paso. Frente a él, podía ver a Melrose Finch de rodillas con sus blancos pantalones. Estaba soltando la bolina de una motora con el casco pintado de verde. Thursday alargó el paso, procurando no mirar al agua que había debajo.

Sintió un gran alivio al pisar por fin el macizo pico de la Roca del Cormorán. Habían excavado unos escalones en la roca para bajar a los embarcaderos. Mientras bajaba por el lado de sotavento de la Roca. Thursday oía el ruido del motor del yatecito por encimo del desagradable ruido del viento y el oleaje.

El elegante barco, liso y brillante, media unos nueve metros de

eslora y tenía la proa de color amarillo fuerte, barnizada. La carlinga, que iba desde dentro de la cabina hasta un acolchado banco circular situado en la popa, era de caoba pulida. El nombre, «Venus IV», estaba pintado en letras doradas.

Melrose no había visto a Thursday en el puente y no le divisó hasta que estuvo casi al final del embarcadero. Sus ojos de color miel, inyectados en sangre, se fijaron primero en el borde plateado de la caja y luego pasaron a la cara de Thursday que pretendía ser amable. Tras una larga mirada inquisitiva, Melrose se volvió para empezar a soltar las amarras de la popa.

—Quiero hablar con usted —gritó Thursday por encima del viento.

Malhumorado, Melrose tiró la cuerda a bordo, saltó por la brillante barandilla de cobre y se encaminó al timón. Thursday dudó un momento antes de saltar a las tablas de cubierta desde el muelle.

El otro sabía que estaba allí, pero no le hacía caso. Giró el timón y, rápida y enérgicamente, dio la vuelta a la «Venus IV» de tal forma que estuvo a punto de estrellarse contra la roca. Rodearon el islote, surcando suavemente la encrespada superficie del agua. Thursday se caló el sombrero hasta casi las cejas y bajó la cabeza agradecido. Borracho o sobrio, el joven Finch sabía manejar un barco.

Se acercó con cautela a la acristalada cabina sin techo y bajó un asiento desde donde podía observar la expresión de Melrose, medio despreciativo, medio sensual, como si estuviera señalando con arrogancia a las gotitas de agua que se estrellaban contra el parabrisas.

—Está bravo el mar —dijo Thursday abriendo el diálogo.

—Lo siento por usted. —Melrose le miró directa y agresivamente a él, no a la caja de música, a la que el joven no hacía caso—. ¿Qué quiere, Thursday?

—¿Por qué se pone así? ¿Qué tiene en contra de mí?

—¿Dónde está April?

—Eso es lo que iba a preguntar yo. Dijo que volvía aquí.

Melrose no contestó. La motora se tambaleó un poco.

—A propósito, ¿dónde conoció a la señorita Ames?

—¿Y eso qué le importa a usted? —La cara de Melrose estaba cubierta de una mezcla de gotas de agua y licor—. Meta sus narizotas en otra parte.

—Trabajo para su padre, defiendo sus intereses.

—Apártese de April, ¿comprende? —le advirtió con un dedo, poniéndoselo en la nariz—. Apártese de ella o le romperé el cuello —la hélice gruñó al quedarse sin agua por un momento, y silenciando lo que Melrose estaba diciendo al timón—… una chica preciosa y me pienso casar con ella.

—Claro —no tenía sentido discutir con el heredero de Finch. Thursday asintió gravemente con la cabeza—. No quería subir, pero bueno, ya que estamos aquí juntos, es mejor que hablemos de algo. ¿Cómo está Gillian Pryor?

—¡La buena de Gillian! ¡Aquélla maravillosa noche en Madrid! —se rió Melrose.

—Eso me han dicho. ¿Qué tal está?

—A lo mejor no se lo he dicho. Thursday; no me gusta. No me gusta su aspecto, no me gusta cómo habla. Pensándolo bien, creo que no me gusta nada de usted.

—Estamos en un país libre —advirtió Thursday.

Melrose se encorvó sobre el timón, mirando maliciosa y absortamente al oscuro horizonte que subía y bajaba.

—Esa estupidez sobre Gillian Pryor. No la había visto en mi vida hasta hace dos días.

Melrose hablaba en parte para su pasajero, pero sobre todo para su propia mente confusa. Thursday se incorporó en su asiento. Esto no concordaba con la historia del hermano comprensivo, Ludan. Y era el primer testimonio concreto de que Gillian había llegado realmente a San Diego.

—Entonces, ¿qué es esa historia de aquella noche en España, en la que usted perdió el control?

El joven Finch puso una sonrisa hipócrita de borracho.

—Mi viejo y Lucian Pryor la montaron entre los dos. Tienen sus razones para hacer pensar a la Policía que me comporto como un chico travieso.

—¿Razones como cuáles?

—Usted es detective. Averígüelas —se rió regocijadamente

Melrose con disimulo, moviendo el estómago detrás de la fina camiseta de rayas. Sujetando el timón con una mano, se inclinó a coger una botella pequeña de *whisky* de una cesta que tenía a sus pies. La abrió con los dientes y escupió el tapón en la cubierta—. Mi viejo es un águila muy lista. Más lista de lo que parece, y más lista de lo que parece usted, Thursday. ¿Sabe dónde está ahora mismo?

—Me han dicho que durmiendo.

Melrose soltó una risotada y bebió un trago.

—No duerme. Está en casa, sí, pero no está durmiendo. Se deshizo de la enfermera, se deshizo de mí, para tener una entrevista con el señor Larabee. Y a usted le dejan fuera pasando frío, detective.

Las pullas no importaban pero sí la información. Un personaje nuevo, Gordon Larabee. Clapp había mencionado que Raschke tenía que tratar de unos negocios con él. Para Thursday era un extraño, pero resultaba un nombre muy conocido en la ciudad en el mundillo del arte y las antigüedades.

—Mi querido y paranoico padre no sabía que estaba escuchando por el supletorio. —Melrose siguió cotorreando. Empinó la botella y se secó los labios con el antebrazo—. Este es su trabajo, Thursday. No debería haber jugado conmigo esta mañana, no.

Casualmente miró a la caja de música y se volvió rápidamente a agarrar el timón. Alguna idea ocupaba su pensamiento. Ahora había un fuerte oleaje y la «Venus IV» subía y bajaba continuamente. Thursday volvió la cabeza para mirar hacia Punta Loma y las tierras de los Finch. Estaba oscureciendo pero se veía claramente la blanca parte trasera de la casa sobre el acantilado.

—Debería encender las luces —sugirió Thursday.

—No tengo —dijo Melrose—. Corté los cables esta mañana sin darme cuenta. No se preocupe. El océano es grande —dio otro trago —. ¿Se ha mareado alguna vez? —preguntó esperanzado.

—No.

—Que pena. Debo muchas cosas a muña gente. Me entristece pensar que nunca voy a llegar a devolvérselo —la voz de Melrose se hacía más y más pastosa—. Usted, por ejemplo, Thursday, intenta llevarse a mi chica. Debería romperle el cuello. Si no estuviera tan

borracho lo mataría —miró ceñudamente al alto detective con un aire de descuidada amenaza—. ¿Cree que estoy borracho?

—No, sólo está muy enfadado, Melrose. ¿Enfadado con Gillian?

—No estoy borracho, estoy perfectamente. Me debería ver algunas veces en que estoy de verdad como una cuba —empezó otra vez a murmurar al timón—. Debo a mucha gente. Gillian. ¿Qué pensaría usted de una mujerzuela que te apuñala porque le has puesto una mano en la pierna? ¿Qué clase de mujer es ésa?

—Quizá no fuera su tipo —sugirió Thursday, conciliador. El truco estaba en hacerle seguir hablando. Una palabra equivocada y Melrose, con la astuta coquetería de los borrachos, se callaría como un muerto.

El joven Finch dio una especie de ronquido.

—También me hizo esperar. Ella me llamó para quedar, ella, Thursday. En el Patio Club la esperé una hora —se inclinó tristemente sobre el timón, con la mirada fija—. Valió la pena, sin embargo —dijo suavemente—. ¡Qué chica! Ese pelo rubio, una de esas voces que te pone la carne de gallina; en fin, que me hizo desear que esa historia de Madrid hubiera sido cierta.

—Me parece recordar que el Patio Club es muy oscuro.

—¿Qué quiere decir? —dijo malhumoradamente. Melrose vió en redondo la motora, dirigiéndose otra vez hacia la pálida mansión que se destacaba en la oscura península. Con una mano y lleno de *whisky* hasta los ojos, todavía podía hacer hábilmente que la «Venus IV» rompiera las olas.

Lenta y claramente, Thursday dijo:

—Me hace gracia que todo el mundo diga que Gillian ha llegado a San Diego y nadie la haya visto todavía, nadie excepto usted. Y cuando la vio estaban prácticamente a oscuras. Quizá imaginó que la había visto.

—¿Sí? —Melrose lanzó el puño bajo la nariz de Thursday y el detective retiró la cabeza instintivamente. Pero no había sido un golpe—. Conque no fue real, ¿eh? ¿Qué le parece esto? —Le enseñó una fina cicatriz roja y azul hecha con una navaja—. Esto es todo lo que he sacado de Gillian hasta ahora. Me parece bastante real.

—¿Le dio una puñalada? ¿Por qué?

—Por nada, por nada. No estaba tan oscuro como para no ver lo excitada que estaba, Thursday, y yo estaba tan borracho que no

podía hablar, y bueno, debería haberse visto usted en esa situación. Entonces sacó una pequeña daga y me cortó en la mano. ¿No le hubiera dejado esto helado a usted? —Dio otro trago a la botella.

—Pensé que era fiel a April.

—Dígale una palabra sobre Gillian, una sola, y le romperé el cuello —dijo Melrose, enseñando los dientes.

Thursday sonrió forzadamente.

—Mi pobre cuello va a acabar destrozado como nos tratemos mucho. ¿Qué quería Gillian?

—Le dije que no queríamos nada y que la señora Wister iba a encontrarse con usted en Del Mar —apretó los labios—. Usted se cree muy listo, Thursday, pero no se lo voy a decir. Averígüelo si puede. Es un negocio del viejo águila y no quiero meterme en él.

—No le culpo por desaprobarlo —sugirió Thursday suavemente. Melrose, que mantenía la boca cerrada, inclinó la lancha en dirección al lejano borrón de la Roca—. ¿Es porque tiene demasiadas rubias en la cabeza?

—No diga nada.

—Sólo pensaba en voz alta. —Thursday prosiguió—, pero cuando dos rubias explosivas aparecen a la vez en el mismo asunto y nunca se las ve juntas, uno no puede dejar de preguntarse si no estará riendo doble. ¿No le parece? —observó cómo Melrose agarraba el timón con la mano de la cicatriz—. Claro que, si usted conoce a Gillian, estará seguro de que no es April, pero usted estaba borracho y había poca luz, ¿no?

—Cállese —gruñó Melrose entre dientes—. Se lo advierto, cállese.

La Venus IV dio una sacudida y empezó a vibrar, obligando al joven Finch a concentrar su atención en el parabrisas. Thursday dejó el tema por el momento. Repentinamente, sus ojos se fijaron en una luz amarilla que se veía en la mansión del acantilado. Entrecerró los ojos para poder ver mejor, pero el barco estaba todavía demasiado lejos para que pudiera apreciar más detalles.

Muy oportunamente oyó el roce de una funda de gemelos, que estaba colgada en la pared de la cabina, junto a su asiento. Melrose estaba muy ocupado en el viento y el oleaje. Thursday abrió la

funda, sacó los prismáticos y se puso de pie; dio un paso y apoyó la cadera en la barandilla de estribor. Sujetó la caja de música con el pie izquierdo; necesitaba las dos manos para ajustar las lentes. La única que veía era el embravecido mar. Dio vueltas a la rueda de ajuste con furiosa inquietud.

Como por arte de magia, la terraza exterior y las iluminadas cristaleras que daban al estudio de Finch aparecieron de cerca ante sus ojos. La luz amarilla brillaba detrás de las cortinas, que estaban echadas; la puerta central se abrió y la escena se iluminó más, pero el barco se balanceó y perdió el enfoque.

Un ruido hizo volverse a Thursday, que bajó los gemelos. Melrose se acercaba tambaleante, esgrimiendo la botella de *whisky*, cuyas últimas gotas le caían por el bronceado brazo desnudo. Murmuró:

—… Ese dinero, cogerlo, ya estoy harto de usted.

Sus babosas palabras se difuminaron y se convirtieron en blasfemias. Intentó asestar un inseguro golpe a Thursday en la cabeza.

Era demasiado fácil. Thursday dio una patada a la caja de música, que se deslizó por la inclinada cubierta y esquivó el golpe de Melrose, quien siguió al cofre con la vista, mientras Thursday avanzaba y le daba con los prismáticos en la mano. Melrose soltó un grito y la botella salió despedida hacia el mar. La motora se movía mucho y las piernas le tambalearon a Melrose antes de caer, casi sin ruido, en la barnizada cubierta, quedando tendido con la cabeza moviéndose de un lado a otro. Sus facciones se relajaron dando a su rostro un aspecto de infantil inocencia y se quedó dormido.

Thursday recogió rápidamente la caja de música y saltó por encima de Melrose para ponerse al frente del timón. La «Venus IV» se movía hacia delante y hacia atrás mientras la espuma de las olas se estrellaba contra el casco. Con el cofre de marquetería de nuevo bajo el pie, Thursday enderezó la embarcación, dirigiéndola hacia la Roca del Cormorán. Se apretó los prismáticos contra los ojos y comprobó que el golpe no los había desenfocado. La espalda frágil y la pelusa blanca de la cabeza eran las de Arthur Finch, que estaba de perfil, de pie, en la oscura terraza a pocos pasos de la puerta abierta. El viejo se volvió a inspeccionar el estudio con aire de sospecha y luego, aparentemente satisfecho, volvió cojeando a la

zona oscura de la terraza, fuera de la vista de Thursday.

El detective luchaba con la «Venus IV» mientras mantenía los prismáticos fijos en las iluminadas cristaleras. Esperaba que Finch reapareciese de un momento a otro en su oscilante campo de visión y volviera a entrar en la casa. Apretó la mano que sujetaba los binoculares. Un segundo hombre estaba en la puerta. Su cara era sólo una sombra redonda, pero Thursday no necesitó ver sus rasgos para reconocerlo.

La cabeza lisa y sin pelo, el cuerpo regordete revestido de paño gris eran suficiente. Era el hombre de ojos de comadreja de la habitación 623 del hotel Fremont, el que había dicho llamarse Von Raschke. Debajo del brazo derecho llevaba un objeto largo, que parecía un telescopio o un grueso bastón.

El falso Raschke permaneció de pie en la puerta durante unos momentos, inspeccionando con curiosidad la terraza. Tanteó con la mano que tenía libre junto al marco de la puerta y la terraza se llenó bruscamente de luz.

Thursday frunció el ceño y alzó las cejas quedándose pensativo. Excepto el calvo, no había nadie más en la terraza. Oliver Arthur Finch había desaparecido.

12

Viernes, 24 de diciembre, 17:30

Thursday dejó rápidamente los prismáticos en la repisa del tablero de mandos y concentró sus esfuerzos en el camino de vuelta a la Roca del Cormorán, que parecía estar todavía a varios kilómetros. Echó un rápido vistazo a Melrose y deseó, disgustado, saber un poco más sobre el manejo de un barco, ya que sus conocimientos sobre esto no pasaban de ser los elementales propios de cualquier persona que ha vivido cerca del mar.

El Venus IV, sin embargo, avanzaba inexorablemente, dando tirones, vibrando y enfrentándose velozmente a las olas, hacia la Roca. El mar estaba peor cerca de la costa y el agua golpeaba en el cristal protector que Thursday tenía ante la crispada cara.

Los minutos pasaban, marcados por el monótono ruido del motor. Thursday tamborileaba nerviosamente con los dedos sobre el timón. La terraza de los Finch y las puertas del estudio permanecían todavía iluminadas, pero para cuando Thursday llegara, todos podían haberse marchado ya: Oliver Arthur Finch y el falso Raschke. El gordito que se había hecho pasar por el conde debía ser Gordon Larabee. ¿Qué se traía entre manos con el viejo?

El Venus IV hizo una cabriola hacia delante y de repente la roca y el acantilado parecieron mucho más cercanos. Thursday sujetó el timón con una mano y se puso de nuevo los prismáticos. Larabee estaba todavía solo en la terraza. La luz de los focos le daba desde arriba. Ahora estaba inclinado sobre la barandilla, encendiendo un puro. La llama de la cerilla iluminó sus facciones gordezuelas. Parecía que estaba mirando fijamente justo a los prismáticos.

Thursday se puso nervioso, pero en seguida se dio cuenta de que

los ojillos del hombre sólo parecían estar mirándole. Larabee no vería el barco a no ser que inspeccionase las oscuras aguas que tenía debajo, ya que la motora no llevaba luces y el viento probablemente atenuaría el ruido del motor.

Una gran ola se estrelló contra el parabrisas, llenándolo todo de agua salada y cegando momentáneamente a Thursday. Cuando el agua se retiró y él pareció calmarse, soltó el timón y agarró los prismáticos con las dos manos. Una mujer había salido del estudio a la terraza y se dirigía hacia Larabee, que estaba de espaldas a ella. Thursday no podía distinguir claramente sus facciones, pero definitivamente era rubia. Y, aunque no podía verla bien, reconocía la extraña forma de algo que llevaba en la cabeza: el sombrero del pájaro.

Otra ola salpicó el cristal y Thursday blasfemó violentamente. Cuando localizó de nuevo a la mujer, ésta estaba justo detrás de Larabee, que no se había dado cuenta de su presencia y seguía mirando plácidamente hacia los gemelos. La rubia levantó el brazo y algo brilló en su mano.

Thursday abrió la boca para gritar, para advertir al distraído Larabee. Era inútil. El viento, el oleaje, la distancia, su falta de luces, todo se combinaba para hacerle testigo impotente de un asesinato.

Sin poder hacer nada, observó cómo la brillante cuchilla caía hacia abajo y como la cabeza de Larabee daba una sacudida hacia atrás. Por unos instantes no hubo ningún movimiento; después el hombre de traje gris se estiró tambaleándose y cayó detrás de la barandilla.

La rubia permaneció un momento mirando a su víctima. El muro de piedra que sostenía la barandilla ocultaba parcialmente la visión a Thursday, como si fuese la empalizada da una valla. Ahora sólo veía una parte del bulto negro, el cuerpo de Larabee. La asesina se inclinó sobre el cadáver haciendo unos extraños movimientos. Cuando reapareció, la mujer caminaba de prisa hacia el estudio, llevando en la mano izquierda el objeto en forma de tubo que le había quitado a Gordon Larabee. Atravesó la puerta de las cristaleras y desapareció.

Los gemelos pesaban mucho y Thursday los dejó caer en la cubierta, poniendo cuidado en permanecer de pie, con la cara

todavía vuelta hacia la lejana terraza, como si estuviera soñando despierto o, más bien, teniendo una pesadilla. Tres asesinatos y él presente en los tres. En todos, el asesino había actuado cerca de él. Esta noche se le había obligado a presenciar la escena de la muerte completa, del principio al fin. La casualidad, la suerte, todo lo humano e inhumano se había vuelto contra él desde que se había hecho con la maldita caja, que estaba ahora a sus pies, un poco húmeda.

El Venus IV cabeceó peligrosamente para advertirle. La embarcación estaba a merced de las olas, como si fuese un juguete del océano. Thursday agarró el timón, intentando duramente recuperar el rumbo. Permanecía con la vista fija en la Roca, pero casi sin verla. Sólo tenía un extraño motivo de satisfacción: había visto a Gillian Pryor.

La Roca del Cormorán estaba ya encima de él. Maniobró torpemente con el barco para dirigirlo a sotavento. La nave dio un fuerte golpe en el embarcadero con el costado y Thursday paró el motor. Su primera intención fue saltar por la barandilla de la nave y correr hacia la casa, pero se obligó a sí mismo a amarrar la nave por delante y por detrás. Cogió la caja de música y dejó a Melrose Finch roncando en la cubierta del Venus IV. Atravesó corriendo el embarcadero, subió los toscos escalones de tres en tres y pasó rápidamente el bamboleante puente de cuerdas. Le pareció que el viento se reía de él.

Cuando Thursday dio la vuelta a la esquina de la mansión, la señorita Moore estaba subiendo los escalones del porche. Su blanco uniforme se destacaba en la oscuridad como un fantasma y su cara pareció muy alarmada.

—¡Dios mío! —exclamó—. Me ha asustado usted. ¿Qué demonios está haciendo por aquí?

—Lo siento. Tengo que entrar rápidamente en la casa. Quiero hablar con Finch —dijo con la respiración muy agitada después de la carrera.

La enfermera llevaba una capa azul marino sobre los hombros. Se la cruzó con gesto autoritario.

—Eso es imposible. Ahora no se puede molestar al señor Finch.

—No creo que le vaya a molestar. Ya se ha levantado.

La señorita Moore se cruzó de brazos, con una expresión de persona razonable y sabihonda.

—El señor Finch está durmiendo, señor Thursday. Creo que no comprende que yo soy la responsable de…

Á Thursday no le apetecía discutir, así que puso una sonrisa fingida.

—O abre usted la puerta o la abriré yo —se limitó a decir.

Debió salirle una expresión amenazante, porque la señorita Moore dio un paso atrás y la altivez de su mirada pareció desvanecerse por un momento. Miró a la caja de música como si fuera una bomba.

—Bueno, si usted cree que es tan importante…, pero no me hago responsable. De todas formas, la puerta no está cerrada —añadió maliciosamente.

Thursday pasó junto a ella y abrió la puerta principal. A zancadas, atravesó las sombrías habitaciones abovedadas hasta llegar a la parte de atrás. El estudio estaba a oscuras y la terraza también. Alguien había apagado las luces. ¿Habría sido Gillian? Bajó de un salto los tres escalones que había a la puerta del estudio y encendió la luz.

La habitación estaba vacía y tranquila, como la había visto antes, y la puerta de la cristalera estaba todavía abierta. Thursday salió por ella a la terraza y buscó a tientas la luz de fuera, igual que había hecho Gordon Larabee.

Sintió la brisa del mar en la cara cuando se detuvo en la puerta buscando con la mirada el lugar en el que Larabee había estado. Aunque se quedó con la vista fija, tuvo la sensación de no sorprenderse demasiado. El cuerpo de Larabee no estaba allí. Su única reacción en el momento fue examinar más despacio mientras cruzaba la terraza para acercarse a la balaustrada, por la que se inclinó para mirar hacia abajo, hacia lo que parecía un mar de tinta. No se veía nada, excepto la débil claridad de la espuma de las olas al estrellarse contra el acantilado. Con la oscuridad, ni siquiera se veía la Roca del Cormorán. Unos pájaros anidaban pacíficamente debajo de la terraza, fuera del alcance de las luces.

Dudó un momento. Tal vez la escena que había presenciado desde la Venus IV había sido un sueño. De repente, sus ojos

escrutadores dieron con una mancha de polvo gris en el suelo, cerca de la pared. Thursday se acuclilló y tocó el polvillo con el índice. Ceniza de puro. Larabee estaba fumando cuando Gillian Pryor apareció detrás de él.

Thursday buscó por el suelo la colilla del puro, pero no estaba en la terraza. Ni la colilla, ni la sangre, ni el cadáver, sólo un poco de ceniza.

Alzó la vista y se encontró con la escrutadora mirada de la señorita Moore, que estaba en la puerta del estudio. Thursday se levantó lentamente, como derrotado. Si había una respuesta para este acertijo, no estaba en la terraza. Se encaminó hacia el interior de la casa.

La señorita Moore tenía un agrio aspecto de triunfadora.

—Acabo de estar arriba, señor Thursday, y ¿sabe lo que he encontrado? Al señor Finch durmiendo, tal como le dejé. Ha tomado las píldoras para dormir, y lo que es yo, no pienso despertarle.

—Muy bien —dijo Thursday débilmente—. Le veré más tarde.

—Eso ya lo veremos —repuso ella, con un resoplido—. No me explico a qué viene tanto jaleo.

Thursday no se molestó en decirle adiós. Se deslizó en el asiento del conductor de su sedán y encendió un cigarrillo para relajarse antes de ponerlo en marcha.

Cuando salía de la mansión de los Finch, encontró un taxi aparcado justo al otro lado de la verja. El chófer estaba repanchingado detrás del volante, leyendo perezosamente una revista. Levantó la vista con un gruñido cuando el coche de Thursday se paró junto a él.

—¿Qué, esperando a alguien? —respondió el detective.

E! Taxista asintió con la cabeza.

—Traje a un tipo aquí hace un rato y dijo que esperara.

—Uno bajo, calvo y regordete.

—Sí, ése.

—Me ha dicho que le diga que no espere.

El taxista suspiró indignado.

—¿Qué dice, que no le espere? ¿Y qué pasa con lo que ha marcado el taxímetro el rato que he estado aquí tocándome las narices?

—Me parece que hoy no ha tenido mucha suerte.

—¿Quiere usted decir que se ha ido?

—Exactamente. Eso mismo.

—Bueno, le seguiré. Debe haberse ido en un coche que acaba de salir —el taxista se echó la gorra hacia atrás y se rascó la cabeza.

—¿Qué coche? —preguntó Thursday bruscamente—. ¿Ha visto al que conducía?

—Ni siquiera he visto el coche, sólo lo he oído pasar. Estaba leyendo algo muy interesante y…, desde luego, hay gente que no tiene vergüenza.

—Ninguna —suspiró Thursday. Pisó el acelerador y emprendió camino hacia las luces de San Diego. Con una mano escribió la matrícula del taxi en el tablero de mandos. Podía ser un testigo valioso—. Según y cuándo —dijo en voz alta.

13

Viernes, 24 de diciembre, 18:30

En la lujosa entrada del hotel Fremont un Santa Claus con un traje de algodón cantaba monótonamente y hacía sonar una campanilla sin mucho entusiasmo. Tenía la barba un poco despegada y se la caía por un lado.

Junto a él pasaban los compradores de última hora, como un río de gente iluminado por las luces de los escaparates, los faros de los coches y las farolas con adornos navideños. La tarde estaba fresca y sin viento. El Santa Claus, que temblaba un poco, cantaba un estribillo en voz alta y hacía sonar la campanilla. Le llamó la atención un hombre delgado de cara fina y con los huesos de la mandíbula muy señalados, que entraba con prisas al hotel. El Santa Claus le estaba mirando cuando el detective reparó en su curioso aspecto y se le acercó.

Max Thursday sonrió con humor y sacó una moneda del bolsillo, echándola en una hucha sostenida por un trípode. El regordete Santa Claus era un aviso. Sería mejor que quitara la cara de mal humor, se relajase y se olvidase un poco de la caja de música, guardada bajo llave en el Oldsmobile que acababa de dejar en el aparcamiento del Fremont. Intentó hacer todo esto mientras reanudaba su marcha por el vestíbulo, camino del despacho de los empleados de recepción. Thursday sonrió al primero que encontró y le dijo:

—Señorita Ames, la 710, creo. De parte de Thursday.

Nunca un ascensor parecía haber subido tan despacio. La séptima planta, igual que la sexta, tenía una apariencia tranquila y solemne. La 710 estaba casi al final del pasillo, cerca del

montacargas. Thursday llamó nuevamente con los nudillos y abrió la puerta.

Detrás del humo azul de un cigarrillo, el teniente Austin Clapp dijo con severidad:

—Ya era hora de que aparecieses por la fiesta, Max.

El corpulento policía estaba de pie, con los pies separados, en el centro de la habitación. A su espalda, los de las huellas dactilares estaban revisando el escritorio de época que había debajo de las ventanas. Un guardia vestido de caqui salió despacio del dormitorio, enrollando una cinta métrica. Thursday terminó de entrar lentamente y cerró la puerta. Examinó uno por uno a todo el equipo y dijo:

—¿Qué pasa aquí? No entiendo nada.

—Esta vez nada de evasivas, Max —la voz de Clapp era firme—. Las preguntas son fáciles y quiero respuestas rápidas. Primera, ¿qué haces tú aquí?

—¿Tú qué crees? Quiero ver a la chica que se aloja aquí. Su nombre, April Ames —dio una vuelta con la mirada a la habitación, fijándose en los muebles y en la siniestra puerta del dormitorio—. ¿Dónde está ella? El empleado…

—Los empleados tienen instrucciones para hacer subir a las visitas como tú. Nadie vive aquí ya… ¡Como si no lo supieras!

—No —dijo Thursday pensativamente—, no lo sabía, pero no me extraña mucho. Se estaba acercando el límite.

Clapp lanzó un pequeño gruñido.

—Deja ya de poner esa cara de inocencia, Max. ¿Dónde está la chica?

—¿Que dónde? Por todo el lío que hay aquí, yo diría que la tienes fiambre en el dormitorio. ¿Cómo ha sido? ¿Otra vez con el cortaplumas?

—Claro, con el cuchillo —asintió Clapp agriamente—. Estás en la habitación correcta, pero te equivocas de cadáver. April Ames ha dejado el hotel este mediodía. ¿Dónde está?

Thursday se sintió mejor de repente, con una extraña sensación de alivio. La rubia era una mentirosa muy astuta: le había engañado bien. Sin embargo, era mejor que su dorada energía no se hubiese terminado.

—Mira, Clapp. Si yo lo supiera, ¿crees que habría entrado aquí?

—Puede ser. Te lo advierto: si la escondes, no me llores cuando haya lío.

—Te lo prometo. Y ahora, ¿me llevo las bofetadas ya o me dices primero las acusaciones?

Clapp asintió con un golpe de cabeza, seco como un hachazo.

—Una mujer llamó a mediodía y dio parte de un asesinato en la 623, abajo. Crane y yo no pudimos encontrar nada.

—Ya. Me lo has dicho en tu despacho.

—Así que para asegurarte mandé seguir al tipo de la 623, von Raschke. Cuando salió de la comisaría, volvió aquí y dejó el hotel en cuestión de minutos. —Clapp soltó una fuerte blasfemia—. ¡Y el imbécil que le seguía no ha sabido nada más de él!

—¿Y bien? —exclamó Thursday en lugar de sonreír.

—Hace una media hora me volvieron a llamar por teléfono. Esta vez un hombre, con la voz camuflada. Ven, echa un vistazo.

El jefe de Homicidios se dirigió a la puerta del dormitorio. Thursday notó que la habitación 623 y la 710 eran idénticas sólo que al revés. Clapp le dejó pasar primero.

Un hombrecillo moreno cuyo aspecto recordaba a un pájaro estaba inclinado sobre la cama, examinando el cadáver. Era Stein, el forense de la Policía. Sonrió ligeramente; tenía las manos ocupadas.

—¿Qué hay, Thursday? ¿Qué haces por aquí?

—Una pregunta muy poco original —murmuró Thursday, mirando al cadáver que yacía sobre la colcha. Lo identificó rápidamente por la tez morena, el traje de corte poco usual y la poblada barba canosa. La última vez Thursday le había visto en la misma postura en la habitación 623, donde April dijo que se llamaba Abraham Niza. La sangre de la garganta estaba seca y como con escamas y la almohada estaba completamente teñida.

—Así que por fin lo habéis encontrado.

—Entonces ya le habías visto antes —dijo rápidamente Clapp.

—Deja de soltar indirectas, anda. Está bastante claro. Dos llamadas de teléfono, dos clientes que se van…, eso puede significar que hay dos cadáveres, pero no creo, y apuesto a que tú tampoco.

Stein se incorporó, se miró las manos con un poco de asco, y dijo a Clapp:

—Ya he visto todo lo que quería, teniente. Está muerto desde el mediodía. Mándalo al depósito si quieres tener un diez otra vez.

—Dentro de media hora —repuso Clapp.

—Cuando quieras, como si lo mandas pasado mañana. Es Nochebuena por si no lo sabías. —Stein sacó su maletín. Le oyeron silbar un buen rato después de que saliera.

—Nochebuena —repitió exasperado Clapp, chocando los puños con fuerza.

Mientras volvían al otro cuarto Thursday miró a su espalda y vio su figura extrañamente reflejada en el circular espejo convexo que había entre las dos *suites*: el espejo de la de, Raschke estaba debajo de la cama.

Los de las huellas se habían ido. Clapp le estaba diciendo al guardia «… que se lo lleve la ambulancia». El hombre de caqui se guardó la cinta métrica en el bolsillo y se marchó. Clapp volvió al centro de la habitación y se acarició la barbilla mientras miraba a las paredes.

—¿Sabes quién era? —preguntó bruscamente Thursday.

—Abraham Niza —otra sorpresa: April le había dado el nombre auténtico—. Bastante más que un nombre. En el hotel dicen que era un hombre conocido e influyente en los círculos artísticos, una autoridad en la materia. Era español, de Madrid, y vino con el conde Von Raschke, con el que compartía la *suite* de abajo.

—¿Arte? ¿De qué tipo?

—Arte, supongo que cuadros, no van a ser postales.

—Hasta ahí llego —dijo, sonriendo, Thursday ante la irritación del policía.

—Dios sabe qué estaría haciendo en San Diego. Tardaremos en conseguir información de Madrid. El Pryor ése podría saber algo. Está claro que yo… —Dejó de musitar para lanzar una mirada glacial a Thursday—. Ahora que estamos solos, y dado que eres el primero de la cola, ¿qué hay detrás de todo esto, Max?

—Ya te lo he dicho. Venía aquí para ver a la señorita Ames.

—Ya. Eso puede hacerte parecer un cómplice, si es que encontramos a tu señorita Ames y si es que podemos acusarla de esto.

—Estás demasiado nervioso —dijo Thursday tranquilamente—. Visitar a una mujer en un hotel no es un delito, que yo sepa. Espero

que recordarás que la última vez que, voluntariamente, fui a tu oficina te pedí informes sobre ella.

—Muy hábil. —Clapp se rió ligeramente—. Lo dices de una forma que me haces sentir un cómplice a mí —su voz se endureció un poco—; Max, ¿hasta dónde piensas llegar para proteger a un cliente?

—Me voy. Quiero conservar mi licencia.

Thursday dudó, haciendo una pausa pañi parecer más sincero. Había preparado roda la historia en cuanto vio el cadáver =1 el dormitorio. Una historia que era je suficientemente mentira como para quitarse a Clapp de encima, y lo suficientemente verdad como para tranquilizarlo. No se podía abusar demasiado de la amistad, y menos con un jefe de la brigada de detectives.

—Es una vieja historia. Oliver Arthur Finch me llamó cuando se enteró de que si hijo Melrose iba en serio con esta Ames. Estaba preocupado por quién y cómo era ella, ya sabes cómo es.

—Sí. Sigue.

—Anoche la seguí al hotel de Del Mar, pero es muy astuta y la perdí. Un poco después de las ocho en punto —añadió con aire indiferente. Clapp podía asociar a la rubia con el asesinato de la señora Wister de una forma u otra. Al fin y al cabo, Thursday no debía ningún favor a la chica. Sobre todo después de lo de Tijuana.

—Quizá seguía a la señora Wister —dijo Clapp, recogiendo la insinuación.

—No sé nada todavía. —Thursday se encogió de hombros—. Por eso te pedí informes esta mañana —dudó, pero añadir otro detalle no estaría de más—. ¡Ah! En tu oficina, mencionaste a Gordon Larabee. La Ames ha pasado mucho tiempo en su tienda de la calle C, ayer por la tarde y esta mañana, pero no la he visto comprar nada.

—Ya. —Clapp se quitó el sombrero, le enderezó el ala y se lo puso otra vez. Ahora su voz revelaba más satisfacción—. Raschke tiene negocios con Larabee, el marchante. Y la chica desaparecida también. Nos dan parte de un asesinato en el cuarto de Raschke y el cadáver aparece aquí. Parece que las cosas concuerdan, aunque mal.

—¿Y qué hay de Larabee? —preguntó Thursday, cuidadosamente—. ¿Le has visto?

—Te informaré de un asunto oficial, Max. Gordon Larabee es uno de los mayores marchantes de arte del Sur de California. Pero precisamente por su importancia y por el hecho de estar tan cerca de la frontera ha despertado el interés de los de Hacienda. Hay ciertos rumores.

—¿Venta de objetos robados?

—No exactamente. Los de Hacienda dicen que Larabee es muy cuidadoso y que se preocupa mucho por su reputación. Sin embargo, siguen corriendo rumores sobre piezas muy caras, algo muy gordo. Un jarrón de mil años de antigüedad, un infolio de Shakespeare… llegan hasta aquí y luego desaparecen. Es curioso que el nombre de Larabee salga a relucir.

«Y desaparecen.» Thursday pensó en lo que había visto con los prismáticos, la mujer del sombrero de pájaro, la rápida cuchillada… y después la terraza de Finch vacía.

—Podríamos intentar detenerlo —sugirió ligeramente el detective.

—Vamos a dejarlo, a ver qué hace. Está muy vinculado a esta ciudad y no creo que se escabulla. Tengo un hombre en su tienda y otro en su casa. Le vamos a controlar cada minuto.

—No te confíes demasiado.

—No se trata de un asesinato por un robo de menor cuantía, Max, es algo mucho más serio. Y cuanto mayor es la apuesta, mayor es el riesgo. Si consigues unas ganancias tan sustanciosas, digamos alrededor de cien de los grandes, te conviertes en el blanco principal de la codicia de toda la ciudad. Cuando te metes en ese vecindario estás condenado por los porcentajes y por el prójimo. Debe ser una y solitaria.

La puerta de la habitación se abrió de repente y entró un policía de pelo blanco con un traje de calle negro y sin sombrero. Jim Crane.

—Hola, Thursday. He descubierto algo, Austin —añadió, dirigiéndose a Clapp.

El jefe de la brigada de homicidios ladeó la cabeza.

—Ya. Tienes buen aspecto. ¿Dejas la Policía?

Tras él, Crane arrastraba un carrito de tela blanco con cuatro

ruedas que le llegaba hasta la cadera, lleno de ropa sucia. Lo metió en la habitación, cerró la puerta y se pasó la mano por la frente.

—Encontré este carrito en el sótano, aunque antes no estaba allí. Un botones, tengo su nombre en la libreta, lo descubrió abandonado en la sexta planta, junto al montacargas, hace una hora.

Clapp frunció el ceño; miró al carrito y luego a su ayudante.

—¿Y bien? Pertenece al hotel, ¿no?

—No del todo —contestó Crane lacónicamente, empezando a sacar toallas sucias y sábanas arrugadas. Thursday se acercó—. Esto no lo es. Esto lo encontró el botones cuando cargaba los sacos de la lavandería. No lo tocó. ¿Se han ido los de las huellas?

—Los llamaré para que vuelvan.

Los tres hombres se quedaron mirando fijamente hacia el interior del carrito medio vacío. Entre las ropas que quedaban había un marco grande, cuyos lisos bordes estaban pintadas de color plateado. Medía unos nueve metros de ancho y casi un metro de largo. No tenía lienzo.

—¿Te dice algo? —preguntó Crane.

Su jefe gruñó evasivamente. Señaló hacia la parte del tablero que tenía señales de haber sido arrancado.

—Puede que lo hayan quitado de prisa. Por otro lado, el cadáver podría…

—No hay mancha de sangre.

—En la sexta planta —musitó Clapp—. Ahí es donde estaba Raschke.

—No —repuso Crane—. He revisado la 623 otra vez y no hay sitio para colgar un cuadro tan grande.

Thursday guardó silencio mientras los dos policías hablaban del marco. El comentario de Crane significaba que el espejo que había encontrado debajo de la cama de Raschke había sido colgado de nuevo en la pared, encima de la cabecera de la cama. Cuando April y él se habían escapado de la 623, habían visto un carro de ropa sucia junto al montacargas del sexto piso, donde lo había dejado la camarera. Debía de ser el mismo carro.

—Creo que me voy a ir, ¿qué te parece? —dijo Thursday.

Clapp se pasó la lengua por los dientes, pensativo.

—Vete. No tengo nada para retenerte.

—¿No te has callado algo en esa frase, algo así como un

«todavía»?

—Depende. Ya te lo diré.

14

Viernes, 24 de diciembre: 19,15

—Servicio de mensajes telefónicos ¿dígame?

—Aquí Max Thursday. ¿He tenido alguna llamada hoy?

—Un momento seños Thursday. Voy a mirar. Le llamó un hombre a su oficina a eso de las cinco de la tarde, no dejó su nombre y no ha vuelto a llamar. Y ha habido cuatro llamadas para usted desde las seis, todas de la misma persona, una mujer. Tampoco ha dejado su nombre, pero parecía muy nerviosa y le he dado el teléfono de su casa. ¿He hecho bien, señor?

—Sí, muy bien. Gracias. —Thursday colgó. Salió precipitadamente de la cocina amarilla y blanca de su apartamento, preguntándose qué mujer habría sido. ¿Gillian o April? ¿O es que acaso podía elegir?

—Bueno, vamos a sentarnos y a ver qué pasa —dijo en voz alta al vacío salón. En la mesa había un revoltijo de tarjetas de Navidad, papel de regalo, cintas y etiquetas, y debajo los restos de un *sandwich* en un plato.

Thursday cogió el último regalo que le quedaba por envolver y buscó la etiqueta del precio. Se sorprendió a sí mismo escuchando. Las puertas estaban cerradas, las persianas echadas y la luz estaba colocada de tal forma que no diese directamente en la persiana. Sin embargo, todos los ruidos de la calle le recordaban el rugido del automóvil de hacía cinco horas. Desde entonces el batiburrillo había ido tomando forma, aunque espectral. Por los personajes de la historia, no era difícil imaginar lo que se pretendía comprar con los cien mil dólares. Larabee era tratante de arte; Niza, experto en arte; Raschke se decía exportador, y además, estaba el marco vacío que

Crane había encontrado en el carro de ropa sucia de la planta de Raschke. Todo llevaba a pensar que el objeto en cuestión se trataba de un cuadro. Una obra de arte muy disputada. Oliver Arthur Finch había contratado a Thursday para hacer de intermediario en la compra de un cuadro robado que evidentemente Raschke había traído de Europa de contrabando.

Eso delimitaba los bandos más claramente. Oliver Arthur Finch, la señora Wister y Melrose estaban en el lado de los compradores. El primero tenía miedo de admitirlo, la segunda estaba muerta y el tercero parecía desaprobarlo. «En ese bando estoy yo», observó Thursday con ironía.

En el bando de los vendedores estaban Raschke y Niza, que trabajaban con Larabee, el tratante local. Dos estaban muertos y el otro escondido.

Thursday se echó para atrás y frunció el ceño ante el horripilante recuento, que no incluía a April Ames. La evidencia negaba que estuviera aliada con Raschke, ya que el viejo Finch, con su miedo a la publicidad, que le había hecho contratar a Thursday, no permitiría que un agente de Raschke entrase en su casa. Y además April había tenido que utilizar una ganzúa para entrar en la *suite* de Raschke. No, ella no estaba en el equipo del corpulento austríaco. Ni tampoco Gillian Pryor. Sus pocas actuaciones conocidas parecían tener un motivo: romper los tratos para la transacción. Pero si ella misma estuviera interesada en la pintura, habría sido una estupidez matar a la señora Wister y dar publicidad a todo el asunto ilegal. Por otro lado, si lo que pretendía Gillian era vengarse de Melrose, el asesinato de la anciana no llevaba a ninguna parte. Melrose había dicho que la historia de Lucian Pryor era falsa. ¿Estaba Pryor engañado respecto a los planes de su hermana, o estaba echando una cortina de humo sobre sus propias intenciones?

Thursday sacó de su cartera de piel la pipa de palo de rosa que había comprado para Austin Clapp, su amigo, al menos hasta ahora, y la acarició, mirándola fijamente sin verla. Todas sus hipótesis se vendrían abajo si resultaba que dos jóvenes rubias, parecidas y con pocos escrúpulos, pudieran tener idénticos motivos en este caso concreto. El límite entre April y Gillian como personas distintas era Melrose Finch, el único que había visto a las dos. Pero a Gillian la

había visto brevemente, en un local oscuro y después de haber estado esperándola una hora, una hora que empleó en nublar su conciencia con buenos tragos.

¿Y dónde estaba el cuadro? Thursday sonrió a medias. El supuesto cuadro que él había hecho aparecer con sus elucubraciones. El marco plateado había sido escondido en un carro de ropa sucia en la sexta planta, junto al montacargas. A pesar de que era la hora del almuerzo cuando Thursday visitó la *suite* de Raschke por primera vez, había una camarera en el pasillo. Una camarera y un carro de ropa. Esa podría ser una forma de sacar del Fremont un objeto voluminoso, como un cuadro enmarcado, sin llamar la atención. Pero el carro había sido abandonado y el marco arrancado. Thursday dio unos ligeros golpes con la pipa sobre el cristal de la mesa y aceleró el ritmo a medida que empezaba a forjar una explicación provisional.

El Conde Emil Von Raschke había guardado el cuadro en su dormitorio y, en un gesto de osadía, lo había colgado en el lugar del espejo del hotel. Thursday había encontrado éste debajo de la cama porque allí era donde Raschke lo había escondido. Dado que el cuadro valía cien de los grandes el conde y su aliado, Abraham Niza, lo habían colgado en un sitio donde pudieran vigilarlo las veinticuatro horas del día: su dormitorio.

Quizá Raschke había salido a comer antes de que Thursday llegara, dejando a Niza de guardia. Gordon Larabee había llegado poco después y, como era su agente de San Diego y estaba por encima de toda sospecha, Niza dejó la guardia y se echó una siesta.

La llegada de Thursday con la valiosa caja de música había sido demasiada tentación para la avaricia de Larabee, que decidió hacerse pasar por el conde austríaco, vender el cuadro a Thursday y marcharse antes de que el auténtico Raschke volviera de comer. Era demasiado tarde ahora para saber si había pretendido hacer a Niza partícipe del negocio.

Mientras Larabee se tiraba el farol ante Thursday en la sala, Gillian o April, o por lo menos una mujer disfrazada de camarera del hotel, penetró en el dormitorio con una llave maestra o una ganzúa.

Niza estaba dormido sobre la cama y había que subirse a ella para descolgar el cuadro de la pared, así que ella, con gran sangre fría, había hecho lo que parecía más lógico: cortar la garganta del español.

Thursday frunció el ceño con gestos de dolor tratando de imaginarse a April realizando estos movimientos.

Segundos después, Larabee había entrado con su paso de pato en la habitación, y se encontró con que Niza estaba muerto o agonizando y la pintura había desaparecido. Pensando que un objeto tan engorroso como el cuadro enmarcado no podía sacarse rápidamente del hotel, salió corriendo al pasillo. Junto al montacargas capturó a la falsa camarera, que escapó dejando el carro de ropa con el cuadro.

A Larabee le habían interrumpido en la mitad del timo. Cuando todavía estaba pensando en ello, se encontró con el botín del robo de otra persona. Un robo que parecía haber sido hecho en beneficio suyo. Sin embargo, Larabee no podía salir por la puerta del Fremont, vestido con su impecable traje gris, empujando un carro de ropa sucia, y tampoco podía volver a la *suite* donde Thursday podría descubrir en cualquier momento el cadáver de Niza. Así que quitó la tela del marco, la enrolló como si fuera un tubo, y se esfumó del hotel.

—Un momento —se musitó Thursday a sí mismo. Gordon Larabee sabía que Thursday llevaba el dinero para comprar el cuadro, y sin embargo había pasado por encima de él para tratar directamente con Oliver Arthur Finch. ¿Lo había hecho así? Un hombre sin identificar había llamado a la oficina de Thursday sobre la una en punto. Como había engañado a Raschke, no tenía tiempo que perder, y desesperado, se había visto forzado a llamar a Finch al no poder localizar al agente de éste.

Mientras tanto, la rubia, llamémosla Gillian, había vuelto sobre sus pasos. Quizá volvió junto al carro de la ropa sucia, encontró el marco y adivinó lo que haría hecho Larabee. O quizá volvió rápidamente a la *suite* de Raschke con la pretensión de robar el cuadro por segunda vez. Eso encajaba con los movimientos de April y también con su trampa de Tijuana. Todo había estado encaminado a alejar a Thursday y dejarle a ella el campo libre para seguir a Larabee.

Thursday sacudió la cabeza. Los ojos de April se mantenían frente a sus ideas. Cualquiera que fuese la respuesta, la rubia había dado con Larabee en la terraza de Finch y había usado su cuchillo por tercera vez, escapando después con el lienzo enrollado que a Thursday le había parecido, a través de los prismáticos, un grueso bastón. Con la pintura en su poder, Gillian intentó localizar a Thursday y vendérsela.

Thursday se encontró mordiendo la pipa con aire ausente. La dejó rápidamente y recapituló. Hasta ahora, su reconstrucción de los hechos parecía correcta. Quedaba sin resolver lo del escondite de los cadáveres. Ahora bien, como Abraham Niza había sido asesinado en…

El agudo ruido del teléfono le sobresaltó. Esperaba la llamada, pero cuando sonó, el timbre le hizo saltar.

Se puso en la cocina en tres zancadas. Sintió cómo se le aceleraba el pulso en las muñecas y se pegó el auricular al oído.

—Thursday, ¿dígame?

—Soy Gillian Pryor —la voz de la mujer sonaba suavemente distante, articulando las palabras delicadamente.

—Esperaba que me llamase.

—Creo que podemos hacer el negocio. Tengo el objeto que tiene que comprar.

—¿Quiere decir la pintura? —preguntó Thursday, llenándose de una cierta satisfacción al oír un dulce «sí»—. ¿Dónde podemos encontrarnos? ¿Viene aquí?

En alguna parte, lejos, se oyó la suave risa de la mujer.

—Mejor, no. ¿Cuánto tarda en llegar al cementerio de Greenwood?

—Quince minutos, si salgo ahora mismo.

—Bueno, le daré veinte. Deje el coche junto a la entrada y ande hasta el primer cruce. Si viene solo, me reuniré allí con usted. No tarde. No puedo perder tiempo esperándole.

—Muy bien. Estaré allí —prometió Thursday, pero la mujer había colgado ya. Thursday colgó lentamente el auricular preguntándose si sería una imaginación suya el que la voz le sonara tan familiar.

Fue al ropero del dormitorio y sacó el abrigo, desechando el deseo de poder meter una automática en el bolsillo. No la

necesitaba. Con un poco de suerte, no sólo conseguiría el lienzo, sino que también acorralaría a Gillian, haciendo el trabajo para Finch y, a la vez, un favor a Clapp.

Thursday sacó la caja de debajo del diván donde la había colocado. A pesar de su más reciente historia, todavía era un objeto bonito. Con la otra mano, cogió el plato con los restos de su cena y volvió a la cocina. Echó las cortezas del *sandwich* en el triturador de basura y pasó el plato por el grito. En el cajón de los cubiertos encontró una bolsa de papel marrón, en la que metió el valioso cofre, que parecía así todavía más corriente, como si fuera el almuerzo de alguien. Apagó las luces del apartamento y se encaminó al coche, tarareando.

La farola que había en el cruce de las calles Union y Ivy daba a las casas de la esquina un mortecino tono amarillento. El sedán estaba abierto. Thursday entró, colocó la bolsa con la caja en la guantera y cerró ésta.

Al dar la llave de contacto, oyó un ruido sordo detrás de él. Cuando volvió la cabeza algo sólido le golpeó en la parte posterior del cráneo. En un instante, el familiar cruce se disolvió en una masa oscura. Y todo se cubrió de negro.

15

Viernes, 24 de diciembre, 19:45

Un coro cantaba dulcemente un villancico. Las voces sonaban mal y le arrullaban desagradablemente mientras se movía de atrás hacia delante. Empezó a ser consciente de lo incómodo que estaba, con la cabeza vuelta contra algo elástico que olía a rancio. Intentó ponerse derecho y sintió en la base del cráneo un fuego que se extendía por la espina dorsal.

Thursday gimió y abrió los ojos, ante los que desfilaron luces y sombras, como si estuviera pasando un tren. Tenía la nariz y una mejilla apretadas contra una extraña superficie con olor a rancio. Tardó algunos segundos en poder fijar la vista y darse cuenta de que estaba tumbado en el asiento trasero de un coche que se movía. De su propio coche, de cuya radio salía la voz del coro.

Una voz que sonó por encima del villancico le hirió el oído.

—Fortunato se ha despertado. No tiene muy buen aspecto.

—Una pena —murmuró una segunda voz.

Thursday hizo fuerza con los codos, intentando sentarse. Cuando el fuego que sentía en la cabeza desapareció, miró para ver de dónde venían las voces. La primera, una voz aguda de sabelotodo, era de un hombrecillo joven que estaba en el asiento de delante vuelto hacia atrás. Su cara era fina y mostraba una expresión cruel y desaprensivamente divertida. Tenía el sombrero echado hacia atrás sobre una mata de pelo como de estopa y casi blanco. Bajo su abrigo cruzado se veía un triángulo de un jersey de cuello alto. Debajo de su barbilla y encima del respaldo del asiento, sostenía indolentemente el cañón de un revólver, que parecía del calibre 38 y apuntaba al estómago de Thursday.

—Eso está bien. No hagas ninguna tontería —dijo a Thursday, después de haberle seguido la mirada.

—Muy bien —gruñó Thursday, que respiró profundamente para aclararse la ronquera—. ¿Qué ocurre aquí?

El hombre del revólver le cortó con una risita.

—¿Oyes eso, Dan? Fortunato quiere saber lo que ocurre —su sonrisa desapareció de repente—. Pues que te hemos cogido, eso. Nos vamos a divertir un rato esta noche.

—¿Por dónde es, Whitey? —preguntó Dan, el que iba al volante.

Thursday sólo podía ver su perfil. Era más alto que Whitey, cargado de espaldas, de barbilla hundida y cara carnosa. Llevaba un abrigo desgastado por el cuello, una camisa abotonada hasta arriba, e iba sin sombrero.

—Sigue hacia arriba y sal por el valle hasta que lleguemos al sitio que vimos el otro día, ya sabes; es tranquilo y agradable.

Las ventanillas del coche estaban subidas, pero a pesar de eso, el detective sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. La idea de que éste era su último paseo la penetró muy adentro, agudizando su dolor de cabeza y su estado de confusión. Y en su propio coche, lo cual no estaba bien, porque se suponía que en la muerte todo era extraño.

La radio cambiaba de canciones y Whitey llevaba el compás con el cañón del revólver.

Thursday examinó la cara vulgar y cruel. La desesperación le borró el dolor de cabeza. Siempre había una salida. ¿Qué podía convencer a esos hombres? El dinero…, el miedo…

—Habéis tenido un día muy ocupado, ¿eh? ¿Cómo es que fuisteis tan amables en Tijuana? —dijo, tanteando el terreno.

—Déjate de chistes malos —advirtió Whitey secamente—. No tienes nada que agradecernos. Te hubiera rematado si hubiera llevado al lado a alguien que supiera conducir.

—Olvídame —murmuró Dan sin volver la cabeza—. ¿Acaso no encontré su pista en nada de tiempo, diez minutos después de que nos dieran las órdenes? —dijo, mientras salía de la autopista hacia la carretera que llevaba a Camino del Río, la carretera del valle.

—Cierra la boca —comentó Whitey desgarradamente—. Eso fue la suerte del idiota, verle salir del aparcamiento del hotel. No pudiste alcanzarle en todo el camino hasta Tijuana. Conduces de

pena. Si no fuera por ti, yo estaría pasando la Nochebuena como una persona, en cualquier bar.

Thursday contuvo la respiración esperando que empezaran a discutir. Esa podía ser una salida. Pero no sucedió así. Dan parecía totalmente acobardado por el hombrecillo charlatán y su única respuesta fue pisar el acelerador a fondo por la carretera de Mission Valley.

Mission Valley, un valle regado intermitentemente por el río San Diego, dividía la meseta en la que estaba situada la ciudad. Su suelo era arenoso, tenía unos tres kilómetros de anchura y se extendía en línea recta del norte al este de la bahía para dividirse en Montaña Negra y desintegrarse en cañones más pequeños. El desarrollo tardío y el poco control de las inundaciones habían dejado la mayor parte del valle reducida a praderas de hierbas, matorrales y bosquecillos de robles y eucaliptus. A ambos lados de la carretera se veían las luces de las zonas residenciales.

Whitey no podía mantener la boca cerrada. Parpadeó mirando al 38 y dijo:

—Menudo se pondría Larabee si supiera que hemos metido la pata hoy.

Thursday, que había estado arrastrando su mano hacia delante por encima de la rodilla, hacia la manivela, paró.

—¿Trabajáis para Gordon Larabee?

—Whitey le contestó con una sonrisa de oreja a oreja. —¿Qué tiene él contra mí?

—Fortunato no usa mucho la cabeza, ¿verdad, Dan?

—Un momento, os habéis equivoca de tipo —interrumpió Thursday—. Yo no le he hecho nada a Larabee.

Whitey se sacudió la melena casi albina.

—Mira, Dan y yo no nos marcamos esas patochadas. Larabee nos dijo «coged a un detective privado llamado Thursday y quitadlo de en medio». Hemos hecho muchos trabajos para Larabee como para cometer errores, porque no le gustan los errores, Fortunato.

—Díselo —ordenó Dan de repente.

Se dirigían hacia un complicado nudo de tráfico, donde la carretera del valle se cruzaba con la autopista de Cabrilla, que

estaba atestada por los compradores que vivían en la zona de Linda Vista, al norte de la meseta.

Whitey levantó unos centímetros el revólver mientras pasaban por la zona más concurrida. Luego lo volvió a colocar donde estaba antes.

—A Larabee no le gusta la gente que sabe que se dedica al contrabando de pinturas, estatuas y cosas valiosas. Tiene mucha gracia. Te has metido en un doble aprieto. Por un lado, eres el único que puede relacionar a Larabee con ese tipo al que cortaron la garganta, y por otro, eres el único que sabe que Larabee engañó a ese cabeza cuadrada, como se llame.

—Raschke —le ayudó Thursday.

—Verás, Fortunato, eres demasiado listo. Tan listo, que eres el único que sabe que Larabee estuvo en el Fremont. —Whitey dio un codazo al callado Dan—. ¿A ti te pareció que Larabee tenía miedo de ese Raschke? A mí me pareció que sí.

—Quizá.

—Entonces, ese Raschke debe ser un tipo muy duro —dijo Thursday.

—Me parece que Fortunato tiene el día violento —comentó Whitey, mirándolo de arriba a abajo.

—¿Sí? —preguntó Dan despreciativamente.

Thursday tenía la mente hecha un lío. Larabee había recuperado el lienzo del carro de ropa sucia y había intentado ponerse en contacto con él a la una en punto, ya que tenía que darse prisa antes de que se descubriese su engaño. Al no conseguirlo, ordenó la muerte de Thursday y procuró hacer el trato directamente con Finch, de forma que el austríaco no pudiera enterarse.

Estaba claro que Larabee no había confiado lo suficiente en sus sabuesos como para darles ninguna información sobre la caja de música, ya que ellos no habían manifestado ningún interés por la bolsa de papel que Thursday había encerrado en la guantera.

De repente dio un chasquido con los dedos que hizo a Whitey poner un mal gesto. Con todo el lío, Thursday había olvidado lo más importante. ¡Gordon Larabee estaba muerto! Gillian le había apuñalado en la terraza de Finch hacía dos horas y media.

—Escuchad. —Thursday casi chillaba—. ¡Todo se ha terminado! ¡Larabee está muerto! ¡Vi cómo le asesinaban hace dos horas!

Whitey se rió disimuladamente.

—Escucha eso, Dan. Se está quedando con nosotros.

—No es ninguna broma —dijo Thursday—. ¡Larabee está muerto! Eso lo cambia todo. No hay razón por la que acabar conmigo para encubrir a un muerto.

—Cierra la boca.

—Escuchad, dejad que os cuente… —Thursday cometió el error de incorporarse y el cañón de la pistola salió disparado y le dio en la mandíbula.

Volvió a recostarse en el asiento, moviendo la cabeza. Whitey le miraba, tranquilo y sin ninguna expresión en la cara.

—Te he dicho que cierres la boca.

El coro seguía cantando pacíficamente.

El coche de Thursday traqueteó. Dan había dejado la carretera de Camino del Río para entrar en otra más estrecha que iba al norte, con muchos baches y sin tráfico.

Ya casi habían llegado. Thursday tenía paralizado el lado de la cara donde le habían golpeado con el metal.

—Puedo pagaros más que Larabee —dijo con voz pastosa.

—De acuerdo —replicó Whitey—. Si tuvieras algo lo cogeríamos, pero nunca he conocido un detective privado que tuviera ni para un café.

—Justo después de la curva —dijo Dan tranquilamente.

En una colina a lo lejos se veía la ventana de un rancho iluminado con una luz amarilla, el último resto de civilización. Sólo unas vallas de alambre de espinos impedían que los brotes de artemisa pasaran a la carretera.

—De todas formas, muchísimas gracias —sonrió Whitey guasonamente—. Guárdate tu millón de dólares. Nada es bastante para engañar a Larabee. El sí que es duro.

—Larabee está muerto ahora. No puede tocaros.

—¿Ya empiezas con esa canción? —La voz de Whitey se endureció. Dan disminuyó la velocidad y Whitey abandonó la idea de golpear a Thursday, hacia quien había levantado amenazadoramente el calibre 38. Se metieron bruscamente por un hueco de la valla, en un camino de vacas con dos surcos muy profundos.

Dan apagó las luces del coche y esperaron en silencio. Un coche

pasó por la carretera, detrás de ellos, sin parar.

Dan le murmuró a Whitey:

—… Dejar este coche en su casa y sacar el nuestro de ese aparcamiento. —El otro movía la cabeza. Durante unos momentos no se oyó más que el canto de los grillos; luego Dan dio de nuevo las luces y siguieron por el sendero.

Frente a ellos gigantesca en medio de la noche, se veía, dominante, la grotesca figura de una desmenuzadora de grava, junto a la cual se alzaban montones de arena gris. El coche se paró en lugar tranquilo bajo los sombríos cargadores.

Dan salió y fue a abrir la puerta trasera a Thursday. Había sacado su propio revólver y cubrió al detective mientras Whitey avanzaba unos pasos.

—Por aquí —dijo el pequeño moviendo la cabeza.

Dan volvió al asiento de delante y apagó la radio en el momento en que el locutor estaba dando la información metereológica.

La gravilla crujía bajo sus pisadas mientras los tres hombres, con Thursday a la cabeza, bordeaban los montones de arena y roca desmenuzada. Ante ellos apareció el perfecto círculo tranquilo de un oscuro estanque… Thursday intentaba pensar en el presente pero su mente volaba hacia el futuro más inmediato. Un disparo o dos, que apenas perturbarían la paz del cañón, y después su cuerpo al caer arrugaría la faz del agua. Los estanques de grava eran profundos. La última vez que Thursday había nadado en uno de ellos había sido en la escuela secundaria. Una extraña tranquilidad le mantenía los brazos pegados al cuerpo, la tranquilidad de la desesperación. Solamente podía mirar. Se suponía que la Nochebuena era una noche de alegría. No se podía morir en Nochebuena.

Se paró al borde del estanque, con los pies justo delante del agua.

El silencio lo cubría todo. Casi respetuosamente, Whitey murmuró:

—Comprende, no es que tengamos malos sentimientos, Fortunato. Es una cuestión de trabajo.

—Acaba con él —exclamó Dan, que parecía nervioso.

—Sigue mirando al agua —ordenó Whitey.

Thursday volvió la cabeza de nuevo. Estaban a unos cinco pasos detrás de él. Tenía todos los músculos agarrotados. Todavía había una última oportunidad, que fallaran el tiro de milagro. Algo le decía que este milagro iba a producirse. Fallarían el disparo, quizá sólo le rozase la bala, y él se sumergiría en la charca, fingiendo estar muerto. Mientras esperaba, las uñas se le clavaban en las palmas de las manos. Nunca se había sentido tan vivo.

—¿No has oído un ruido en el coche, Dan? —titubeó Whitey.

—No.

—Pues yo sí. Ve a ver qué es.

—¿Por qué tengo que ir yo?

—Porque lo digo yo —gruñó Whitey—. Por eso. Esperaré hasta que vuelvas.

Dan refunfuñó y sus pasos se perdieron en la arena. De nuevo el silencio. Se oyó lejos el mugido de una vaca. Thursday miraba fijamente al frío círculo de agua, calculando donde estaría el hombrecillo de pelo de estopa. Cinco pasos atrás. Podía cogerle desprevenido.

—No hagas tonterías. Soy muy rápido —murmuró entre dientes Whitey, leyendo sus pensamientos.

Cinco pasos atrás; una vuelta rápida, un golpe desde abajo…, ya era demasiado tarde. Se oían las pisadas de Dan, que volvía.

Whitey pareció aliviado.

—Has tardado. Vamos. Terminemos este asunto y vayamos a echar un trago.

Thursday sentía la mirada de Whitey clavada en su espalda y no Se atrevió a volver la cabeza.

—¿Pasa algo, Dan?

Las pisadas crujieron otra vez, más cerca: Whitey elevó la voz, asustado.

—Dan, ¿había…?

Un ruido sordo se mezcló con el sonido de algo que cayó en la grava. Thursday se volvió rápidamente como movido por un resorte, dispuesto a escapar.

Pero no vio a nadie, excepto a April Ames. Incluso en la oscuridad pudo ver el destello de su blanca sonrisa.

16

Viernes, 24 de diciembre, 20:15

—Apuesto a que de niño nunca creíste en Santa Claus —dijo ella.

Por un momento, Thursday fue incapaz de decir nada. April era la más hermosa visión que había tenido en su vida. La noche estaba poco iluminada, sólo lo suficiente para dejar ver el brillo de su pelo y su sonrisa picarona. Llevaba el mismo traje azul que la última vez que la había visto y jugaba con una pequeña porra de piel que llevaba en una mano enguantada. La encorvada figura de Whitey estaba tendida junto a sus delicados pies.

—Bueno. ¡Di algo, dame las gracias. Max! —rió April.

Se incorporó y respiró profundamente como si no acabara de creerse lo que había ocurrido.

—Claro que te lo agradezco y mucha. ¿Cómo es que estás aquí?

Mientras él se acercaba, ella se lo explicó.

—Llegué a tu casa justo cuando te cargaban en el asiento de atrás. Me pareció una fiesta muy interesante y me pegué para pasarlo bien un rato.

Thursday se fijó en la flexible porra que April tenía en la mano, explicándose por fin qué era lo que le había parecido tan familiar de su bolso. La porra era el colgante de la cremallera, que se podía quitar. Ella siguió su mirada y rió de nuevo:

—Me entreno con los Boy Scouts, así que ya puedes estar preparado.

—No me puedo quejar —dijo Thursday, inclinándose para recoger el calibre 38 de Whitey que lanzó después al estanque. En la sien del hombre con pelo de estopa una herida sangraba

lentamente—. Me prometí a mí mismo dejarte sin dientes de una patada, después de mi entrevista con Bicoca. Pero ahora lo veo de otra forma. ¿Dónde está el otro, el grande?

April señaló descuidadamente a su espalda con la porra.

—Detrás de ese montón de arena. Tengo el coche en la carretera. Vamos.

—¿Qué prisa tienes?

—¿Por qué crees que fui a tu casa, Max? Mientras estabas en Tijuana, me encontré a Emil, el conde von Raschke. ¿No querías verlo?

—¿Sabes dónde está? —preguntó Thursday sorprendido, ya que había puesto a April y al austríaco en bandos contrarios.

—Ahora sí. Hemos unido nuestras fuerzas otra vez.

El detective tocó a Whitey con el pie.

—Átale. Usa sus tirantes, yo me encargo de Dan.

Se precipitó hacia la desmenuzadora de grava, dejando el «¿por qué?» de ella en el aire, sin respuesta.

Dan no era más que una masa oscura. Thursday se arrodilló y le cogió las llaves de su coche. No llevaba tirantes, pero Thursday hizo una artística atadura con el cinturón de Dan y los cordones de sus zapatos. Estaba enterrando su revólver en un montón de grava cuando April se acercó casi corriendo.

—Ya está. ¿Por qué hemos hecho esto?

—Pasaremos de camino y daremos parte a la Poli. Deben estar reclamados por algo —dijo, mirándola a través de las sombras. Vio que ahora, además del arma, sujetaba unos billetes en su mano enguantada.

April se inclinó sobre el cuerpo inconsciente de Dan.

—Hay que asegurarse de que nunca compensa el delito —explicó mientras contaba los billetes—. Veinticinco dólares. Desde luego, no pagan mucho por tu cabeza, Max.

La chica se subió al coche de Thursday y éste salió del sendero a la carretera donde ella tenía aparcado su coche, un coupé negro brillante. April abrió la puerta para salir, pero permaneció dentro.

—¿Por qué no me has dado un beso, Max? —susurró.

El lo deseaba con todas sus fuerzas, un poco porque tras la última media hora necesitaba sentir cerca algo vivo y humano, pero sobre todo porque la fragancia de la cara de April y la ligera

curvatura de su cuerpo eran una tentación irresistible. Pero bruscamente, dijo:

—¿El beso de la muerte?

—Por favor, ¿no puedes olvidarte de lo que eres ni por un momento?

Ella echó hacia atrás la cabeza y se besaron apasionadamente durante unos momentos. Las sospechas de Thursday se disolvieron por un instante en la abierta pasión de su boca. April se retiró la primera.

—¡Caramba! —exclamó con suave voz entrecortada—. Ha estado muy bien, Max —deslizándose fuera del coche, la rubia cerró la puerta y le miró con picardía por la ventanilla—. No digas nada, que lo estropearías. Sígueme.

Mientras ella arrancaba su coche, él se pasó la mano por la boca y abrió la guantera. Metió la mano y comprobó que la caja estaba allí, en la bolsa de papel. Cerró otra vez el compartimento y puso el coche en marcha, riéndose de sí mismo.

Al principio, solo en su sedán volvió a sentir el agudo dolor en la base del cerebro y en la mandíbula donde Whitey le había golpeado. Pero lo olvidó con el nerviosismo de no perder a April Ames, que ya había salido a la carretera principal y corría por Mission Valley hacia la bahía a toda velocidad, sin que aparentemente le importara perder a Thursday. Este maldecía en cada bache y pisaba el acelerador hasta incrustarlo casi debajo del suelo, a pesar de lo cual no pudo acercarse al coche de April hasta que el desconocimiento de la zona hizo a la chica disminuir la velocidad en el complicado cruce con la autopista de Cabrillo. Thursday tocó el claxon y ella le saludó con la mano.

De allí a las inmediaciones del casco viejo de la ciudad ella condujo a una velocidad moderada. Pararon en una gasolinera para llamar a la Policía, y April guiñó pícaramente un ojo al detective mientras con fingido acento mejicano contaba una mentira al auricular. Ella, la señora Bicoca, había sido atracada en las minas de grava y había conservado su integridad física gracias a que había podido dominar y atar a dos desaprensivos, y que qué clase de país era éste cuando…

Thursday escuchaba atentamente comparando su imitación con la voz de Gillian que había oído por teléfono hacía una hora. Suspiró y se dio por vencido: no podía estar seguro.

—Sólo faltan unas manzanas —dijo ella en respuesta a la pregunta del detective. Dobló a la izquierda para entrar en la avenida de San Diego, con el sedán gris de Thursday pisándole los talones. April disminuyó la velocidad al pasar por unos edificios bajos y paró frente a un pequeño parque que ocupaba una manzana entera. El parque era de estilo mexicano, rodeado de una valla de adobe de unos sesenta centímetros de altura y estaba lleno de palmeras y pimenteros.

—¿Y ahora qué tenemos que hacer? —preguntó Thursday al salir de su coche.

La chica ya estaba caminando por el amplio bulevar con su melena rubia moviéndose sobre los hombros. Thursday se puso la caja de música bajo el brazo y la siguió. En una placa de metal colgada en la valla de adobe se leía, desentonando con el ambiente: Plaza de Washington.

El interior del parque estaba cubierto de césped y cruzado por senderos de cemento, en los que había bancos de metal y de madera cuidadosamente colocados. Un macizo cañón de bronce dominaba el centro de la plaza desde un pedestal de hormigón. Dos pimenteros estaban adornados con luces de Navidad, pero el lugar estaba solitario; por lo visto, los residentes del casco viejo de la ciudad preferían sitios más animados para celebrar la Nochebuena.

Un hombre estaba sentado en un banco, cerca del cañón; el reflejo de las luces perfilaba su inclinada cabeza de aspecto cuadrado. Parecía estar meditando. Mientras Thursday seguía a April a través de la cuidada hierba, reconoció al hombre alto de anchas espaldas que había visto antes en el despacho de Clapp, el conde Emil von Raschke.

Raschke alzó su cara roja y llena de granos, con una expresión entre guasona y enfurecida al acercarse April y luego se puso de pie. Era corpulento y tenía todo él un aire desgarbado que lo mal ajustado de su vestimenta no ayudaba a disipar. Llevaba un traje arrugado de lana gris a cuadros, con un chaleco apretado como si fuera una faja. Cuando el austríaco sonrió, dos dientes de oro brillaron a la luz de las farolas. Tendió las enormes manos hacia la

rubia.

—¡April, *meine Prinzessin*! Empezaba ya a preocuparme.

—Tuve que entretenerme un poco, *mein Messerwetzer* —explicó ella brevemente, mientras Raschke besaba sus negros guantes—. Emil, te presento a Max Thursday.

Raschke juntó los talones marcialmente e inclinó su erizada cabeza gris.

—A sus órdenes, señor Thursday. *Guten Abend!*

—Tenemos poco tiempo —le sugirió April—. No lo malgaste haciendo el numerito del prusiano esta noche.

—Le vi antes en la oficina de Clapp —dijo Thursday.

El conde retiró de April su disgustada mirada y rió.

—¡Ah, sí! Así es. ¡El teniente Clapp! —Volvió a reírse, con una risa tan fuerte que por un momento pareció que iba a tirar el cañón —. Un tipo simpático pero muy, no sé, muy torpe. El hombre al que le encargó seguirme, ¡bah!, no podría seguir ni a una oveja.

Thursday tomó nota para pasarle luego la constructiva observación a Clapp. Casi sin darle importancia, Thursday anunció:

—Para beneficio de todos, quiero mencionar que llevo una pistola, porque he tenido un día lleno de bromas pesadas. Y ahora, vayamos al grano.

Los otros dos parecieron tragarse la mentira.

—Eso, vamos al grano —exclamó Raschke, que hizo una señal con ambas manos sonriendo afablemente al detective—. Por favor, tome asiento —se instalaron en el duro regazo de un banco de metal, con el austríaco en medio. Raschke temblaba de frío y se frotaba las pesadas manos—. No es el sitio ideal para encontrarse, pero a veces no se puede elegir en nuestro negocio.

—Que consiste en… —le interrumpió Thursday.

—Fundamentalmente, en lo mismo que el suyo, señor, Thursday. La persecución de ciertos objetivos, algunos de los cuales no están bien vistos por las autoridades.

—Entonces, se equivoca conmigo.

—¡No me diga! Lamento oír eso. Confiaba en que podríamos llegar a un acuerdo, usted y yo. —Raschke fingió sorprenderse.

—El y nosotros —le recordó April—. He vuelto Emil. No lo olvides.

—*¡Sehr wohl!* —exclamó Raschke volviéndose a Thursday. Su

gesto de disgusto desapareció cuando vio el paquete envuelto en papel marrón que Thursday tenía en el regazo—. Quizá podíamos formar una especie de sociedad…

—No me interesa —repuso Thursday sin ganas—. Ya no tiene nada que ofrecer. Me encargaron que le comprara un cuadro —sonrió al ver cómo la chica y Raschke se incorporaban ligeramente en el banco—. Sí, eso lo sé, aunque ustedes no hayan mencionado todavía dicho cuadro.

El conde perdió un poco de su jovialidad. Se rascó la cabeza y su cara adquirió una expresión de firmeza y crueldad.

—Ahí está el quid de la cuestión. Me han robado la obra de arte y quiero tenerla otra vez en mi poder. April, *das Liebchen,* pensó que quizá usted, trabajando con nosotros, podría…

—Me está ofreciendo un décimo de la lotería. Me gusta el juego, pero no me atrae la posibilidad de verme complicado en un asesinato o dos. Ahora mismo, usted está perseguido por la ley, Raschke. ¿Por qué me iba a mezclar yo en una cosa así?

—Un detalle técnico —lamentó Raschke abriendo sus grandes manos—. Debe saber que soy inocente de cualquier intervención en dos desafortunadas muertes. Me molesta la vigilancia de la Policía, especialmente en estos momentos. No sabe lo incómodo que me resulta.

—Lo que sí sé es que al español le dieron una puñalada en la garganta en su dormitorio.

—Le juro por mi honor… —protestó Raschke solemnemente. April soltó una risita al oírlo y él mismo no pudo por menos que sonreírse, y empezó a dar explicaciones—. Vuelvo de almorzar este mediodía todo inocente y feliz como un pájaro. Y, ¿qué es lo que encuentran mis ojos? Que mi pobre amigo, Abraham Niza había sido, ¡ay!, brutalmente asesinado. El cuadro que había vigilado tan cuidadosamente había desaparecido. Como puede suponer, me quedé estupefacto.

—No tan estupefacto como para no poder ir al montacargas y subir su cadáver a mi *suite* —señaló la rubia con dulzura felina.

—¿Qué otra cosa podía hacer, April? Sabía que esa misteriosa Pryor había actuado ya una vez. En el caso de la señora Wister, había dado parte inmediatamente a la Policía ella misma. Mi reacción fue debida a la necesidad. —Raschke miraba serio y

suplicante al detective—. Por supuesto, no podía saber que April le había dicho a usted…

—No te preocupes, Emil —dijo April—, puedes contarnos todo lo que desees.

—¡Muy bien! —exclamó Raschke, levantando los ojos de la caja de música—. April y yo habíamos sido antes socios pero sólo estábamos de acuerdo en no ponernos nunca de acuerdo. Naturalmente…

—Esa es una versión —interrumpió April.

—Naturalmente, no pensé que la pequeña April hubiera matado a Niza, pero le repito que no podía hacer otra cosa. Hubiera sido muy embarazoso para mí tener ese pobre cadáver mutilado en mi *suite*. Así que, antes de dar parte a las autoridades, hice lo poco que pude.

—Que incluía el cambio de almohadas para que no quedara ninguna huella en tu precioso dormitorio —añadió April, que parecía complacerse en provocar al hombre fuerte, como un torero haciendo piruetas alrededor de un toro—. Enseguida supe a quién tenía que agradecer el regalo, Emil. Todo tenía la huella de tu fino sentido del humor. Si hubiera tenido suficiente fuerza, hubiera subido de nuevo a Niza a tu habitación…, pero en vez de eso, tuve que marcharme del hotel.

Thursday paró con un gesto los suaves reproches.

—Resumiendo, que ahora la Poli les persigue a los dos, ninguno tiene nada que venderme, y ambos quieren que siga la pista de un cuadro que no nos pertenece a ninguno. ¿Por qué voy a empezar a hacer favores?

Raschke echó los hombros hacia atrás.

—¿Le interesa una remuneración financiera bastante sustanciosa por su trabajo?

—Claro. Yo también sé hacer negocios. A eso voy, pero hasta ahora aquí, todo el mundo habla de dinero y nadie apoquina. Y ustedes, ¿van a hablar o a soltar pasta? —Thursday se metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó una moneda de veinticinco centavos que le tiró a April—. Aquí tienes el cambio del café de «Los siete ángeles». Me quedo las fotos de recuerdo y dos pavos para la gasolina.

Los faros de un coche que pasaba por allí iluminaron

momentáneamente el parque solitario y frío. De nuevo a oscuras, Raschke, murmuró:

—Señor Thursday, ¿qué le diría usted a un fajo de diez mil dólares?

—Pues encantado de verlo.

April lanzó un entrecortado grito de asombro al oír la suma de dinero. El austríaco no le hizo caso y enseñó feliz los dientes de oro.

—Entonces, podemos hacer un negocio juntos.

—Sólo si es legal —puntualizó Thursday—. Y ese «si» se está haciendo tan grande que casi me asusta.

—No es tan grande. El dinero puede hacer superar ligeros desacuerdos. En realidad, la pintura en cuestión me pertenece a mí. Yo soy su propietario legal, especialmente desde que el infortunado Niza… —Notó la cara que ponía Thursday—. ¡No me cree, señor Thursday! *¡Sehr wohl!* En fin, tendré que convencerle.

—Muy bien —accedió Thursday—. Soy todo oídos.

17

Viernes, 24 de diciembre, 20:45

Raschke sacó un puro del bolsillo de su chaleco, le cortó la punta con un pequeño cortaplumas y se lo pasó por los labios para humedecer las hojas.

—¿Tiene una cerilla? —preguntó.

April sonrió y se mordió el labio inferior con los blancos dientes, pero no dijo nada mientras Thursday le daba fuego al otro. Raschke aspiró furiosamente un momento; luego suspiró e intentó acomodarse en el duro banco de metal. Thursday le observaba en silencio, esperando.

—¿Sabe algo de pintura? —le interrogó Raschke bruscamente.

—No mucho.

—No importa. Al menos habrá oído hablar del gran Velázquez, sin duda.

Thursday asintió con la cabeza.

—Español como Niza —contestó, Velázquez, ¿quién más le había hablado de él recientemente? Lucian Pryor había mencionado su nombre por la mañana.

Raschke movía su cigarro vigorosamente.

—Muy buena observación, señor Thursday. Esta aventura empezó en España hace diez años, durante la guerra civil.

April se movía inquieta.

—No hay razón para que me quede aquí a escuchar otra vez toda la triste historia. Ya sé cómo acaba —dijo poniéndose de pie y estirándose—. Me he dejado los cigarrillos en el coche.

Thursday la detuvo y la hizo sentarse de nuevo en el banco.

—Tú, quietecita ahí. El tabaco es malo para el crecimiento.

Ella se encogió de hombros y se pasó las manos por las piernas con amargo sarcasmo.

—¿Qué decías, Emil? —dijo ella.

—Poco después de la rendición de los republicanos, un tratante de vinos, no nos importa ahora su nombre, acudió a mi infortunado amigo, Abraham Niza. Como quizá sepa, el profesor Niza tenía un cargo importante en el Museo del Prado de Madrid, era crítico y director del departamento de adquisiciones. El tratante de vinos había descubierto una pieza única, una maravilla. —Raschke hizo una pausa efectista—. La casa vecina a la suya había sido destruida por un bombardeo y la familia había sido asesinada. El tratante había rescatado de la ruinas una pintura al óleo que había estado emparedada en la vieja casa, posiblemente olvidada. Una bomba destruyó el muro que la ocultaba, pero dejó intacto el cuadro.

April dejó de retocarse la pintura de los labios para comentar:

—Si te esforzaras menos en hacer un relato espectacular, Emil, podríamos salir de aquí sanos y salvos.

—*¿Du, meine Jungfrau?* —preguntó molesto Raschke, que se negaba a ir más de prisa—. El tratante de vinos sólo sabía que se trataba de un viejo y polvoriento retrato al óleo en el que el Prado podía estar interesado. Sin embargo, Niza sabía más. Enseguida lo reconoció como el «Bobo de Coria», pintado por Diego Rodríguez de Silva y Velázquez.

—El «Bobo»…, así que eso es de lo que estamos hablando —murmuró el detective.

—Velázquez, por supuesto, es para España lo que Rembrandt para Holanda —añadió Raschke—. Para Niza fue un hallazgo importantísimo. ¡Un nuevo e insospechado Velázquez! Aunque el descubrimiento también era algo inquietante porque el museo del Prado tenía ya ese cuadro, el número 1099. Las dos pinturas eran iguales, pero el examen de Niza reveló ciertas diferencias. Así, por ejemplo, los colores del segundo «Bobo» eran ligeramente más suaves y el efecto óptimo de profundidad mayor. Hubiera sido…

—A lo que va a parar es a que el que había estado en el Prado todos esos años era una copia —explicó April—, un Velázquez falso.

—Dicho pronto y mal —objetó el conde—, esta es la conclusión a la que llegó Niza. Velázquez tenía un yerno, Juan Bautista del Mazo Martínez, también pintor de renombre, que copiaba

frecuentemente el estilo del maestro. Los dos pintores utilizaban a menudo los mismos modelos, bufones, monstruos, la corte y la familia real de Felipe IV. Los dos pintaron a la vez un retrato de este bufón. En los trescientos últimos años, ya que el «Bobo» fue pintado entre 1651 y 1660, ocurrió un accidente histórico. Las pinturas fueron cambiadas, pasando el auténtico Velázquez a manos de una familia particular, y un miembro de alguna de sus generaciones decidió ocultarlo para evitar que les fuera confiscado.

—Eso es mucho suponer —protestó Thursday.

—*¡Unsinn!* —Raschke enfatizó su jovial exclamación con el brillante extremo de su puro—. Esa es la opinión de uno de los mejores especialistas en arte español. Cosas así son frecuentes, señor Thursday. Piense en el dibujo del enano, *Don Antonio el inglés*, de la Pinacoteca de Berlín, que…

—¡Por favor! —se quejó April irónicamente.

—¿En qué lugar de la historia aparece usted? —preguntó Thursday.

—Abraham Niza —el austriaco suspiró imperceptiblemente— era uno de esos tipos raros, un idealista que vivía sólo para el arte. Su espíritu debe estar satisfecho de su heroica muerte en defensa de una obra de arte.

—Amén —murmuró la rubia—. A lo que íbamos…

—¡Ah!, esta April, ¿qué se puede hacer con ella? —Era una pregunta retórica, pero la mirada de Raschke se tiñó momentáneamente de concupiscencia—. Bueno, el caso es que Niza no simpatizaba con los falangistas y le horrorizaba la idea de poner el Velázquez recién descubierto en sus manos. —Raschke se miró las suyas al decir esto—. Para no extendernos mucho, Niza ocultó el cuadro otros diez años y nunca dijo que el «Bobo» del Prado era realmente un Del Mazo. Hace unos meses su inquietud aumentó y decidió sacar de España el «Bobo» auténtico. Afortunadamente para él, yo aparecí en el momento crucial, como el ángel guardián.

—O el lobo ante el rebaño —añadió April—. El pobre Niza nunca supo lo que le había caído encima. En cuanto Emil lo llevó a Inglaterra ya no tuvo ninguna opción.

—A juzgar por tus palabras —protestó Raschke molesto—, nadie sospecharía que tienes algo que ver con este asunto, mi encantadora April. Tú deseabas tanto como yo conseguir el «Bobo».

—Muy cierto —ella sonrió afectuosamente a Thursday a través del humo del puro—. Mi pasión por el arte incluye los grabados de los billetes.

—Gracias a las actividades que ha llevado a cabo en las dos últimas décadas. —Raschke se aclaró la voz—, tengo algunos contactos muy importantes en el mundo de los negocios, que me ayudaron a localizar a algunas personas dispuestas a adquirir el nuevo Velázquez, y a ofrecer un alto precio por ese privilegio —suspiró hondamente—. ¡Pobre Abraham! Me temo que cuando se enteró de nuestros planes, no le gustaron. Pero ¿qué otra cosa podía hacer él? Le hice ver que incluso una colección particular era preferible al régimen falangista.

—¿Omitiremos aquí tu técnica para «hacer ver»? —preguntó April, que impuso silencio al conde levantando una mano—. Estoy segura de que yo puedo decirlo más rápidamente. Emil y yo nos asociamos en Londres después de la guerra para hacer un pequeño negocio. Estuvimos buscando compradores un par de meses y la mayor oferta para el «Bobo» vino de nuestro mutuo amigo, Oliver Arthur Finch.

Thursday rompió su silencio.

—¿Desde cuándo tiene Finch intereses culturales?

—Joven —puntualizó Raschke—, aunque no es del dominio público, parece que el señor Finch posee una de las más importantes colecciones de arte secretas de todo el mundo.

—Ya conoces a Oliver Arthur —dijo April—. Una piltrafa, un hueso, un manojo de manías. Le corroe el miedo de que alguien descubra su colección particular y cómo la ha conseguido. Creo que la mayoría de sus piezas proceden del contrabando, o son robadas. Bueno, el caso es que recibimos su oferta, no importa ahora cómo.

—A través de Gordon Larabee —señaló Thursday.

Raschke aplaudió gozoso y el silencioso parque hizo eco al ruido de sus aplausos.

—Señor Thursday, le admiro y preveo una asociación larga y agradable entre los dos, de verdad. Larabee y yo hemos hecho muy buenos negocios en su maravilloso Oeste. Larabee es perfecto para mí, un hombre valiente e intachable, y que además está cerca de un puerto y de una frontera. ¡Qué bien hace en cuidar tan celosamente su limpia reputación!

Por todo comentario Thursday cerró un poco los ojos. Era evidente que ni Raschke, ni aparentemente April, sabían nada del fallido engaño de Larabee ni de su posterior muerte y desaparición. Por otro lado, la alegre rubia no había mostrado ningún interés por los motivos de los dos pistoleros de Mission Valley, lo cual podía significar que… Se guardó la información y dijo:

—¿Cómo trajeron el cuadro a San Diego?

—Fue un problema, sí —dijo April—, por la aduana y por ser un objeto tan grande. Afortunadamente, yo conocía a un pintor inglés que estaba sin blanca, un hombre débil de carácter llamado Lucian Pryor —ella miraba las luces del árbol y Raschke estudiaba el humo de su puro, así que ninguno de ellos vio la cara de sorpresa que puso Thursday—. Es un pintor detestable, malísimo, pero para lo que le necesitábamos era suficientemente bueno. Lucian pintó una copia de uno de sus horribles cuadros encima del Velázquez. Ya sabe que los cuadros antiguos suelen tener una gruesa capa de barniz. Cuando queramos podemos borrar «Pecado» con trementina y lo único que le pasará al «Bobo» es que quedará un poco más limpio.

—Cuando quieran. El único problema es que han perdido su mina de oro.

—Y que lo digas, Max. Nuestros problemas empezaron en Londres. Yo, muy decentita, vivía en un sitio muy repipi, la residencia Marlborough para señoritas. Una noche, al llegar, vi que habían registrado completamente mi habitación y esa misma noche alguien fue al piso de Emil en Chelsea y lo puso patas arriba. Pero no consiguieron el Velázquez —los ojos azules miraron a Raschke desafiante—. ¿Le digo por qué, amigo conde?

Raschke miró hacia un lado y se encogió de hombros con afectación.

—Usos comerciales, señor Thursday; Niza y yo habíamos reservado pasajes en el «Queen Elizabeth». Afortunadamente, el cuadro ya estaba embarcado.

—En otras palabras, Emil me dejó tirada y se llevó el Velázquez.

—Das una imagen muy desfavorable de mí, *meine kleine Hexe* —sonrió benévolamente y sin negar nada—. Naturalmente, señor Thursday, anduve buscando al posible ladrón. Había muy pocos en Londres que conociéramos la existencia del «Bobo». El señor Lucian

Pryor era el único que quedaba fuera, el único que no iba a sacar nada de todo esto. Sin embargo, la habitación de April había sido registrada y ningún hombre puede entrar a las habitaciones de la residencia Marlborough para señoritas. Era probable que Pryor hubiera dado con alguien sin escrúpulos y le hubiera soplado el secreto estúpidamente, lo cual es muy propio de él. Así que le acusé a él —la sonrisa de Raschke desapareció mientras recordaba el incidente—. Al principio se mostró reticente, pero le persuadí, entró en razón, ¡es tan débil!, y me habló de su hermana Gillian Pryor.

—Ya me han hablado de ella —dijo Thursday.

—¿Ah, sí? ¿Cómo es eso? —preguntó Raschke, incorporándose en el banco.

—Ahora le toca hablar a usted.

—¡Ah! —El austríaco miró la inexpresiva cara del detective—. Sí. Parece ser que la señorita Gillian Pryor es una aventurera a quien, en otras circunstancias, admiraría pero en esta situación, ella es un obstáculo. Menos mal que, para tranquilad de mi conciencia, el «Queen Elizabeth» zarpó a la mañana siguiente de que yo conociera su existencia.

—Y yo me quedé colgada —dijo April.

—Cosas de la guerra —asintió Raschke en tono zumbón—. Quizá parezca indiscreta la pregunta, pero ¿no pensabas tú en hacerme algo parecido?

—¿Cómo es que Niza iba también en el barco? Si era tan ingenuo como usted dice, le podía haber engañado fácilmente —observó Thursday.

—Emil necesitaba a Niza —añadió April rápidamente—. Niza era la prueba de que el Velázquez es auténtico. Te puede parecer extraño, Max, pero conocen a Emil lo bastante como para necesitar esa prueba, incluso un socio como Larabee. Así que fue a mí a quien engañaron. Cuando me di cuenta, cogí el vuelo siguiente y me adelanté a mis antiguos socios en llegar a San Diego. No me fue difícil entrar en contacto con Melrose Finch y deberías haber visto la cara de Emil cuando por fin llegó.

—Fue una sorpresa —admitió Raschke dando vueltas a su puro —. Te imaginaba en Londres, a miles de kilómetros. Pero fue una sorpresa mayor enterarme de que Gillian Pryor también nos había seguido hasta aquí —dirigió una dura mirada a April—. Imagino…

nunca la he visto.

—No me mires a mí —replicó la chica—. No sabía nada de ella hasta que hablé contigo esta tarde.

—Claro. —Raschke infló de aire sus carrillos mientras apagaba la colilla del puro con el aire—. Y esto es todo, señor Thursday. Usted sabe las complicaciones que he tenido en su ciudad, la cual confieso que, por el momento, no me gusta nada. El señor Finch no me deja acercarme a su finca por miedo a los curiosos. Ni siquiera Gordon Larabee debe visitarlo, excepto en un caso de emergencia. Lo cual me parece que explica su extraña relación con todo este asunto. ¡Sí! April y yo hemos unido otra vez nuestras fuerzas por completo, como puede ver.

Se produjo un corto silencio, roto sólo por el ruido de los coches que pasaban por la autopista del Pacífico.

—Muy bien, ya he oído todo. ¿Y qué? —dijo Thursday.

—*Verzeihen Sie*. ¡No le entiendo! —Raschke parecía confuso.

—Me iba a demostrar que usted es el legítimo dueño del cuadro, de forma que yo pudiera trabajar para usted y conservar mi licencia. Todavía estoy esperando oír esa parte.

—¡Pero es evidente! —gritó Raschke—. Salta a los ojos la respuesta. El gran arte es universal, pertenece sólo a aquellos que no le escatiman tiempo ni energías. Y ¿qué persona que viva ahora ha dedicado más tiempo y energías al «Bobo» que yo?

—Con cuidado —advirtió April suavemente.

—*Sehr wohl*. La señorita Ames comparte la propiedad conmigo. ¿Quién tiene mejores pruebas de propiedad? No Gillian Pryor, por cierto. Ni el gobierno español, que ni siquiera se ha enterado todavía de la existencia de este Velázquez. ¿Entonces quién?

Thursday soltó una risita y levantó el paquete que tenía en su regazo.

—Recibí instrucciones de comprar el cuadro. Pero no me especificaron a quién. Yo no soy experto en derecho internacional y lo único que quiero es conservar mi licencia de detective en California. Yo estoy muy metido en este asunto y me pregunto cuánto más me tendría que meter para ayudarle a sacar provecho de una obra de arte universal.

—Señor Thursday —dijo el austríaco dando un respingo—, ¿cómo puede usted haberme malinterpretado así? No me dedico a

la compra y venta de objetos de arte, no soy un *Hausierer*, un vendedor ambulante. Cambio unas obras de arte por otras, para que puedan proporcionar placer a mucha gente. En este caso, quiero cambiar el «Bobo de Coria» por la caja de música que tiene en sus manos.

—Que casualmente está llena de dinero —añadió April sacudiéndose la dorada melena—. Emil, ¡por el amor de Dios! ¿Crees que Max no sabe lo que hay dentro del juguete?

Thursday soltó una ruidosa carcajada al ver la cara de inocencia ofendida que ponía el otro.

—Muy bien, pero si vamos a hacer un negocio juntos, es mejor dejar la ética a un lado.

—¿Nos va a ayudar? —Raschke sonreía alegremente—. ¿Debo entender que…?

—Usted es un cliente. Eso sí, debo advertirle que antes de empezar a hacer mi trabajo, tengo por costumbre recibir un adelanto.

—¡Ah, claro! —Raschke rebuscó lentamente en el interior de su chaqueta a cuadros—. Creo que antes mencioné la cantidad de diez mil dólares.

—Sí, pero ahórrese explicaciones. Enséñeme cien pavos y cerraremos el trato por ahora.

Raschke sonrió encantado y se apresuró a sacar un gran billetero desgastado, de cuyo interior sacó cinco billetes de veinte dólares, que Thursday se guardó rápidamente.

—En casos como éste, no hago recibos.

—Lo comprendo —repuso Raschke, que mientras guardaba el billetero miró codiciosamente a la bolsa que contenía la caja de música—. Ya que todos estamos al corriente de su contenido, ¿sería posible examinarlo? De lejos, naturalmente —añadió, al ver que Thursday fruncía el ceño.

—Olvídate del dinero por una vez, Emil. No se va a escapar —dijo April.

—Sólo es curiosidad.

—Esta no es la ocasión adecuada. Tenemos que hacer cosas, ver a gente… —April se levantó y miró nerviosamente su reloj de pulsera.

Thursday sacó la caja de música de la bolsa de papel. Cuando

levantó la tapa, ésta brilló por el reflejo de las luces de colores de los pimenteros. Las tintineantes notas empezaron a sonar lentamente.

—Entiéndanlo bien, los dos —dijo tranquilamente—, sólo mirar. Nada de tocar ni de movimientos rápidos. No lo voy a decir dos veces.

Raschke asintió con la cabeza, mirando con preocupación a la chaqueta de Thursday, donde podría haber una pistola escondida. Luego se quedó absorto con el mecanismo que se veía a través del fondo de cristal del cofrecillo. April permanecía de pie, nerviosa.

Thursday no escuchaba la musiquilla, ocupado en recomponer mentalmente el rompecabezas, sonriéndose en su interior. Ahora tenía que rescatar el cuadro de las manos de Gillian, devolvérselo a Raschke y luego comprárselo a éste. El encargo parecía rentable, si es que podía llevarlo a cabo, lo cual no sería tan fácil. Tres personas habían muerto ya en el intento y los dos amigables filibusteros que tenía delante podrían guardarse alguna carta bajo la manga. Admitían ser unos ladrones, ¿serían también unos asesinos? En cualquier caso, este nuevo arreglo le permitiría tenerlos a la vista y posiblemente atraer a Gillian para apaciguar a Clapp.

La última nota de «Anacreonte en el cielo» sonó, seguida del ruido chirriante, el «click» y después el cajoncito oculto salió suavemente. Raschke lanzó una exclamación de sorpresa y Thursday miró rápidamente hacia abajo.

El cajoncito estaba fuera, pero vacío. El fajo de crujientes billetes verdes había desaparecido.

18

Viernes, 24 de diciembre, 21:15

Max Thursday dejó cuidadosamente el cofre suizo en el sendero de cemento y miró a April, que a su vez observaba fijamente al cajoncito vacío con la boca abierta por la sorpresa. La rubia se tapó la boca nerviosamente con una mano.

—¡Por qué! ¡Max! ¡Está vacío!

Raschke movía las mandíbulas con la cara congestionada.

—Bonito comienzo. ¿Es usted un buen cerrajero, Raschke? —preguntó Thursday.

El austríaco negó apresuradamente con la cabeza.

—*¡Nein!* —Levantó las toscas manos—. Mis dedos no son muy hábiles, pero April se da mucha maña. La he visto muchas veces…

—Claro, lo había olvidado —murmuró Thursday—. La vi hacer lo mismo en la puerta de su dormitorio.

—¡Max! —Sus ojos azules tenían una expresión suave y herida—. Te he salvado la vida.

Thursday, primero, vació su bolso de piel; el dinero no estaba allí. Después de mirar la inocente cara de ella, el detective dirigió la vista hacia Raschke.

—Agárrela un minuto —dijo Thursday.

Atravesando dignamente el césped, Thursday salió de la plaza de Washington. No había viento y se oía débilmente el sonido de unas canciones que venían de la iglesia situada un bloque más allá. Más villancicos.

El coche de April estaba cerrado, pero una de las ventanillas laterales cedió bajo los dedos de Thursday lo bastante como para permitir que su mano pudiera pasar y abrir la puerta. Empezó a

registrar palmo a palmo el interior del cupé. No tardó mucho en localizar los cien mil dólares, que estaban debajo del asiento del conductor, sujetos con una grasienta llave inglesa.

Thursday volvió sonriente a la pacífica plaza. April tarareaba algo y empezó a reírse maliciosamente cuando vio el fajo de billetes en su mano.

—Ha sido rápido —dijo la rubia.

—Estaba seguro de que era un hombre de recursos, señor Thursday —exclamó Raschke satisfecho—. Casi te escapas con el dinero, *Liebchen*. Por eso tanta prisa —dijo a April, casi con admiración.

—A ver qué iba a hacer —replicó la chica encogiéndose de hombros.

Thursday volvió a meter el cajón hacia dentro, cerró la caja de música y la envolvió de nuevo en la bolsa de papel.

—Quizá mi sentido del humor me ha abandonado esta noche, pero no puedo dejar de pensar todo lo que he estado a punto de pagar por un beso.

—¡Oh, Max! Deja ya de hacerte el duro. —April arrugó la nariz—, sabes decir algo más que groserías.

—Algo en ti me hace pensar en una grosería que sé decir muy bien —la miraba muy serio—. Sobre todo cuando recuerdo que te dedicaste a robar en mi coche en la mina de grava antes de tomarte la molestia de salvarme la vida. No me extraña que no sintieras curiosidad por los chicos de Larabee; estabas pensando en el dinero.

—De nuevo no puedo seguirle, señor Thursday. —Raschke tenía el ceño fruncido—. ¿Han atentado contra su vida? Y si es así…

—Hay muchas cosas que ustedes ignoran —dijo Thursday, que rápidamente hizo un resumen de cómo Larabee había robado el «Bobo», había puesto dos pistoleros a seguir a Thursday y luego había sido apuñalado por Gillian en la terraza de Finch.

Cuando terminó, se sentaron en silencio en la oscuridad.

—Será difícil sustituir a Gordon Larabee —suspiró el conde—. Aunque hubiera sido necesario hacerlo, en cualquier caso. ¡Un hombre tan venal! Me preguntó qué le ha podido ocurrir a su cadáver.

—A mí me interesa más poner a Gillian contra la pared. Ella tiene el cuadro ahora. Iba a encontrarme con ella cuando me

interrumpieron bruscamente.
—En ese caso, la Pryor es nuestro… —Raschke hizo ademán de levantarse.
—Tranquilo. No sé dónde buscar. Es ella la que tiene que dar el primer paso.
—Así que Gillian ha hecho acto de presencia por aquí —musitó Raschke, poniéndose cómodo otra vez. Su mirada era escrutadora cuando la dirigió a April.
—En tres ocasiones —puntualizó Thursday—. La señora Wister la vio. Yo la vi. Y Melrose Finch la vio.
—¡No me lo había dicho! —saltó April.
—A mí sí. Tuvieron un breve encuentro en un bar la semana pasada.
—Creí que le tenía sorbido el seso, pero es más astuto de lo que parece —dijo la chica, irritada.
—Es una idea. ¿Cómo es de astuto?
—No lo bastante como para estar asociado con Gillian, si es eso lo que quieres decir. No le gusta que su padre se dedique a amontonar obras de arte, eso es todo, ya que quiere heredar fondos negociables. Ahora le pasan un tanto al mes.
Raschke jugaba con sus gruesos dedos.
—¿No se le ha ocurrido pensar que nuestros conocimientos sobre Gillian Pryor son muy nebulosos?
—Sí, lo he pensado.
—¿También ha pensado que tal vez no exista tal persona? Quizá me engañaron en Londres. —Raschke extendió el brazo por el respaldo del banco para dar un ligero tirón de pelo a April—. Sólo pensaba en voz alta, claro.
—Emil, no seas ridículo —la rubia se rió inclinándose hacia adelante.
Los dos hombres estaban muy serios.
—Bueno, Clapp se puso al habla con Scotland Yard y esa persona existió realmente hasta la guerra, tras la cual desapareció. ¿Cuándo conoció a April?
—¡Un momento! —protestó ella.
—La conocí después de la guerra. —Raschke pareció asentir lentamente con la cabeza—. Ella nos puso en contacto con Lucian Pryor en Londres. ¿Pueden estar trabajando juntos? Quizá el señor

Pryor haya resucitado la identidad de la tal Gillian para protegerla, quizá es «su» hermana, por lo que a este asunto respecta.

—Una broma es una broma —dijo April—. Pero vincularme con esa piltrafa es ir demasiado lejos.

—No olvidemos —continuó Thursday implacable—, que las dos mujeres incluso se parecen físicamente. Tienen la misma altura, las dos son rubias y con flequillo, las dos son esbeltas y las dos van detrás de lo mismo. Podría ser una coincidencia.

—Es la argumentación más engañosa que he oído, incluso a un hombre. De todas formas, ¿quién ha dicho que nos parecemos?

—Lucian Pryor. Está haciendo un retrato de su hermana para la Policía.

La reacción fue inmediata. Raschke se agarró las rodillas con un ahogado grito de de asombro, mientras que April se limitó a abrir desmesuradamente los ojos, con la boca abierta, palideciendo. Ella fue la primera en reaccionar.

—¿Lucian Pryor? ¿Quieres decir que está aquí, en San Diego?

—Desde hace aproximadamente dos semanas —respondió Thursday con calma—. Según mis cálculos, llegó un poco después que tú, April. Claro que también esto podría ser sólo una coincidencia.

—Por favor, Max, deja de incordiar. ¿Qué está haciendo él aquí?

—Vino para advertir a Melrose Finch de que Gillian quiere asesinarlo, según versión de la Policía, o para advertir a Oliver Arthur Finch de que Gillian está detrás del «Bobo», según mi versión. Pueden elegir, para eso pagan.

—¿Por qué querría Gillian matar a Melrose? —gritó April—. Nunca le había visto antes, ¿no?

—Por eso yo me quedo con mi versión.

Raschke dio una patada en el suelo y exclamó casi a voces.

—¡Esto cambia las cosas! ¡Lucian Pryor aquí! *¡Eine Warnung, ja!* No sería la primera vez que Pryor fuera embaucado por su hermana.

—Eso es lo que creo yo —dijo Thursday—. Lucien puede estar trabajando con su hermana en este asunto y, sin embargo, dejarla al margen en caso de que haya problemas. Tampoco sería la primera

vez que pasa esto.

—¿Dónde podemos encontrar a Lucian Pryor? —preguntó amenazadoramente el corpulento austríaco.

—Ha alquilado un estudio en el Pueblo Español de Arte —respondió el detective.

April y Raschke se pusieron de pie inmediatamente y Thursday los siguió.

—Un comentario más. Cuando estuve en su estudio esta mañana vi un cuadro suyo llamado «Pecado», con un montón de gente alrededor de una estatua de oro. ¿Es ése el que pintó encima del «Bobo»?

—El mismo —confirmó Raschke, pensativo.

—El lugar más adecuado para esconder un cuadro es entre otros cuadros. Si yo fuera Gillian y quisiera deshacerme temporalmente del Velázquez, lo cambiaría por el «Pecado» que tiene Lucian.

Salieron a la calle. Thursday balanceaba la bolsa con la caja de música en una mano y la otra la apretaba April, que le susurró:

—Siento lo de la mina de grava, Max. Siento haber sido tan mala, haberme portado así contigo…

—Un encuentro afortunado —exclamó Raschke al otro lado de Thursday—. Raras veces encuentro en estos tiempos a alguien que me inspiré respeto. Vamos a hacer una visita al artista.

—Estupendo —dijo Thursday—, pero para no dejarnos llevar por la mutua admiración, pánganse delante de mí y no hagan ninguna tontería.

April rió disimuladamente y se colocó obedientemente delante de él. La siguió Raschke tardando un poco más en reírse.

—*Sehr wohl*. Ya nos conocemos y deberíamos acabar ya con las sospechas y las mentiras.

—Claro —dijo Thursday—, pero no me fío.

19

Viernes, 24 de diciembre, 21:45

En la plaza empedrada del Pueblo español de Arte estaban celebrando una fiesta. En el centro de la plaza había un abeto adornado con luces de colores y adornos de papel, que daba al ambiente un aspecto todavía más exótico; sin embargo, los asistentes tenían un aspecto tan vulgar como cajeros de banco.

Thursday esperó junto al alto muro cubierto de hiedra hasta que Raschke y April salieron del cupé de ella. El conde le miró con suspicacia.

—¿Y la caja de música?

—En mi coche, bajo llave.

—¿Estará segura allí?

—Sí, mientras ninguno de ustedes se escape.

Pasaron a través del bullicio, que todavía se mantenía en un tono bajo, hacia el húmedo callejón que llevaba al estudio de Pryor, sin perder de vista a la chica ni un momento.

Lucian abrió desmesuradamente los ojos al ver a los tres, e intentó cerrar de nuevo la puerta, pero Raschke lo impidió con una patada. April pasó delante de él y Thursday cerró la marcha, dejando el ruido de la plaza al otro lado de la puerta. La habitación tipo celda estaba débilmente iluminada por una bombilla que colgaba del techo dentro de una polvorienta pantalla verde.

Durante un momento lleno de tensión, todos se miraron en silencio. El artista todavía llevaba la bata de hule. Tenía los ojos hinchados y las mejillas rojas de haber llorado. Respiraba con dificultad, y adoptó ante los intrusos una actitud como de animalito domado.

—Así que —empezó Raschke— otra vez tenemos negocios en común.

Lucian levantó las manos temblorosas y manchadas de pintura en actitud defensiva.

—No le he hecho nada a usted —chilló—, nada. He intentado hacer razonar a mi hermana…

Raschke sonrió desagradablemente. Cogió a Lucian por un hombro con su gruesa mano y le apretó.

—*Sehr wohl*. Ya lo veremos.

—Déjelo —ordenó tranquilamente Thursday desde la puerta.

Raschke lo miró con el ceño fruncido y luego soltó a su víctima, que se llevó la mano al hombro poniendo una expresión suplicante.

—Hablará sin necesidad de recurrir a eso.

—Claro —dijo Raschke, no muy convencido.

April estaba de pie frente a la estufa eléctrica que había en la chimenea de ladrillo.

—Sí, Emil. Es mejor tener un poco de delicadeza, y más en estas fechas. No merece la pena, pero Max tiene razón.

Thursday observó la cara ligeramente ovalada de Pryor, quien, con la sorpresa de ver a Raschke, parecía no haber reconocido a April Ames. Lucian se echó hacia atrás el pelo rojo y poco brillante. A Thursday le parecía más triste que sorprendido.

—April —dijo con voz apagada—, no sabía que estuvieras aquí. Esperaba al conde Raschke, pero tú…

—No importa. ¿Dónde está tu hermana?

Lucian dio un paso vacilante hacia el detective.

—No comprendo, señor Thursday. Pensé que trabajaba con el teniente Clapp. ¿No puede impedir…?

—Trabajo solo. Es mejor que les diga dónde está Gillian.

—O piense en las consecuencias —añadió Raschke—, que no son muy halagüeñas, *mein Schmetterling*.

—No, por favor —suplicó Lucian sintiendo que un escalofrío le recorría la espalda y separándose del austríaco hacia la ventana.

—Quizá tu método sea el mejor después de todo, Emil —dijo April suavemente.

Lucian dijo «no» de nuevo y ella repitió:

—¿Dónde está tu hermana? Sólo la queremos a ella.

El artista se paró ante el caballete, protegiéndolo con su cuerpo,

mientras miraba a los tres muy asustado.

—No puedo traicionarla, no sé dónde está. Estuvo aquí esta tarde pero no puedo decirles dónde está ahora. Sólo la he visto dos veces, esta tarde y en Londres, desde que… volvió.

—Muy bien —dijo Thursday—. Nadie va a hacerle daño, Pryor. ¿Qué quería ella esta tarde? ¿Por qué ha estado usted llorando?

Lucian dudó un momento y luego se apartó del caballete. El lienzo blanco había desaparecido y en su lugar había un hueco vacío de bordes deshilachados cruzado por un colgajo de tela. El retrato inacabado de Gillian Pryor había sido brutalmente rajado. Unos trozos de lienzo pintado de amarillo, los restos de la melena sin cuerpo, colgaban por las patas del caballete.

Thursday echó un vistazo por toda la habitación y después se dirigió a la sombría pared de enfrente, donde por la mañana había visto un montón de cuadros.

Lucian miró al mismo lugar y dijo sin ganas:

—Sí. Estaba llorando cuando han llegado.

Thursday se paró junto a los lienzos, destrozados como si hubieran sido atacados por perros hambrientos. Todas las pinturas estaban rajadas y no eran más que un montón de trapos de colores y palos pelados.

April contuvo un grito de asombro, y Raschke gruñó como si le hubieran golpeado. Los tres permanecieron de pie momentáneamente horrorizados, mirando fijamente los resultados del vandálico acto.

—Todo. En menos de cinco minutos —murmuró detrás de ellos Lucian, al borde de las lágrimas.

—¿Gillian?

—Vino aquí esta tarde. No sé cómo me encontró, cómo sabía que yo estaba en América. Al principio parecía estar muy feliz por algo, casi triunfante, yo diría, hasta que casualmente descubrió el retrato que estaba haciendo de ella —el labio inferior de Lucian tembló al decir esto—. Siempre le han dado estos ataques de rabia, ya sabe.

—Ahora no nos importa su carácter —dijo Raschke con fuerza —. Siempre lamento la tragedia de la destrucción. Me duele aquí —

el austríaco golpeó su pecho.

—Un pequeño golpe para el mundo —comentó April perdiendo su seriedad—. Quizá el señor Pryor pueda cambiarse de nombre y empezar una carrera mejor.

Thursday se arrodilló en el suelo de ladrillo y empezó a examinar las pinturas destrozadas. Cuando encontró «Pecado», la sacó para que Raschke la examinara.

—¿No sería éste el Velázquez, verdad?

Paralizado por el miedo, Raschke examinó los jirones de colores y después movió la cabeza con violento alivio.

—Este lienzo no tiene ni diez años. Pero su idea es lógica.

—Así que cualquier «Pecado» que encontremos de ahora en adelante es el que buscamos, el auténtico.

—A menos que hayan quitado la pintura de encima. Sería probable que Gillian lo hiciera, para probar que el «Bobo» es auténtico. Sin embargo, es mejor que procedamos con cuidado.

El y el detective examinaron todos los cuadros, uno a uno, mientras April se paseaba por el amplio estudio, fisgando por los desordenados rincones, metiendo la mano por la chimenea, inspeccionando las persianas y escudriñando el sofá. Lucian los observaba inmóvil y en silencio junto al caballete.

Finalmente, los tres se volvieron al artista con las manos vacías. Thursday señaló hacia el desvencijado sofá.

—Siéntese —ordenó a Lucian, que obedeció, mirando nerviosamente una a una las serias caras—. Para empezar, ¿dónde podría estar Gillian?

Pryor pareció recuperarse un poco de su abatimiento.

—¿No se da cuenta? A pesar de todo lo que me ha hecho, no podría traicionarla. Es mi hermana. La única familia que me queda…

—Y también la asesina de tres personas.

—¿Tres? ¡No es cierto, no puede serlo!

—Ya se enteró de lo de la señora Wister esta mañana. Definitivamente, fue obra de Gillian. Desde entonces, también se ha cargado a Gordon Larabee y a un profesor español llamado Niza. —Thursday sonrió fríamente—. Su hermanita ha tenido un día muy ocupado.

—¿Tres? —susurró Pryor, con miedo de creerlo. Palideció

repentinamente como si estuviera enfermo—. Yo no conocía a la señora Wister ni al otro, pero lo de Niza es una gran pérdida para el arte.

—Todos hemos sufrido grandes pérdidas —dijo April con impaciencia—, cada vez que lloriqueas, Gillian se aleja más. ¿Por qué la seguiste hasta San Diego?

—No me creerás, April.

—¿Lo he hecho alguna vez?

El artista buscó apoyo en las caras que le miraban desde arriba.

—Quiero mucho a mi hermana —dijo con voz apenas perceptible, y casi avergonzado—, a pesar de lo de esta noche. Es difícil de explicar. En realidad, Gillian no quiere hacer daño. Es impetuosa y con muchos altibajos de carácter, pero… Acuérdense de lo que pasó en Londres.

—Confío en que también usted tenga buena memoria —le cortó Raschke.

—Se puso furiosa cuando se esfumaron con el «bobo». Sabía que les iba a seguir hasta aquí y que había problemas. No asesinatos, sino problemas. Así que la seguí, quizá sin ninguna esperanza, pero para hacer lo que pudiera. Es lo menos que se le puede pedir a un hermano, y todavía pienso que, en las circunstancias adecuadas, puedo disuadir a Gillian o al menos intentarlo. Sus impulsos…

—Ya los conocemos —dijo April—. ¿Qué le dijiste a Oliver Arthur Finch?

—Casi toda la verdad, aunque nada de ti o del conde von Raschke. Simplemente que mi hermana intentaría impedir la entrega del Velázquez —dirigió una breve mirada a Thursday al decir esto—. Juntos inventamos ese cuento sobre mi hermana y el joven señor Finch.

—¿Para qué?

Pryor se sorprendió ligeramente con la pregunta.

—En realidad, es muy simple. Con el cuento daríamos a la Policía una razón para alejar a Gillian, pero sin dar publicidad a lo del cuadro.

April se tocó el flequillo y movió la cabeza fingiendo consternación.

—¡Es tan noble! ¿Es posible que esté escuchando a Lucian Pryor, el hazmerreír de la National Gallery?

Las suaves mejillas del artista enrojecieron.

—El señor Finch padre y yo llegamos a un pequeño acuerdo financiero. Me había quedado sin dinero con este inesperado viaje —dijo rápidamente—. Gillian no me dijo cuándo había llegado ni… —Los ojos se le humedecieron—. Es mi hermana… No ha confiado en mí, aunque podría ayudarla si me dejara —añadió quejumbrosamente.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Thursday.

—No lo sé.

—¿Qué tenía que decirle?

—¿No la ha visto usted esta noche? Le llamó desde aquí.

El ruido del teléfono cortó la conversación. Raschke y April se volvieron rápidamente y Lucian Pryor empezó a levantarse del sofá. Thursday cogió antes el aparato y se lo acercó al oído.

—¿Diga?

Al otro lado no contestó nadie. Pero en el instante de silencio, el detective pudo oír el grito de un pájaro, un cormorán. Luego el desconocido colgó suavemente.

—¿Diga? —repitió, antes de desistir.

Todos le miraban con gran expectación.

—Han colgado sin decir nada, pero por los ruidos que había me parece que llamaban desde la casa de Finch. He debido asustar a alguien que intentaba localizar a Gillian o a su intermediario.

Raschke agarró por las muñecas a Lucian, que se hundió en el sofá.

—¡No es cierto! ¡No es cierto! No sé dónde está Gillian. Sólo ha estado aquí una vez. No sé por qué llamarán aquí.

—Suéltelo, Raschke —ordenó Thursday.

El austríaco frunció el ceño sin soltar las finas muñecas.

—Sus remilgos no me parecen propios de un hombre de acción, Thursday. Me está decepcionando, francamente.

—Me ha contratado para conseguir el cuadro. Lo haremos a mi manera o se acabó el trato, y no le pienso devolver el dinero. Si quiere, lo dejamos ahora mismo.

Los dos hombres se mantuvieron la mirada; Raschke le miraba por encima del hombro mientras soltó a Lucian, que había estado

resistiéndose débilmente.

—*Sehr wohl* —se incorporó, sonriendo afablemente y mostrando sus manazas vacías—. Como verá, todavía tengo fe.

—Creo que Max te tiene dominado, amigo —le dijo April suavemente.

Raschke soltó una risita y asintió con la cabeza.

—Quiero aprovechar esa llamada —explicó Thursday—. No creo que el que llamaba supiera que el grito del cormorán sería una pista. Yo interpreto la llamada así: Gillian tiene prisa por quitarse de encima ese cuadro, que cada vez va siendo más disputado. Como no me presenté a nuestra cita, llamó directamente a la casa de Finch. Debió quedar por segunda vez en alguna parte, pero no con el viejo, porque no está en condiciones de salir de casa y a nuestra Gillian le gusta elegir los sitios, así que debió quedar con Melrose.

—No creo, Max, de verdad —objetó April, que se acercó a Thursday sacudiendo la cabeza—. No. Melrose está en contra de la operación. No le seguiría el juego a la hermana de Lucian.

Thursday miró a April a la cara maliciosa y a la vez seria.

—Creo que ha cambiado de opinión —dijo brevemente y sin más explicaciones—. Melrose quedó con ella, esperando que yo le diera la caja de música entre entonces y ahora, pero no ha podido ponerse en contacto conmigo, así que ha llamado aquí para dar aviso a Gillian de que quiere retrasar el encuentro.

Raschke se encolerizó.

—¡Siempre llegamos demasiado tarde! ¡Siempre nos quedamos fuera!

—Eso mismo digo yo —dijo Thursday—. Vamos a especular un poco. La cita sigue en pie. Melrose va a ir porque no tiene otro modo de decir a Gillian que todavía no tiene los cien mil. Y Gillian va a estar allí porque no sabe que Melrose no los tiene y porque Lucian no se lo va a decir. ¿Verdad, Lucian?

El artista asintió ligeramente con la cabeza como hipnotizado. April se rió y dio a Thursday unos golpecitos en el brazo.

—Max, me devuelves la confianza en los hombres.

Raschke no estaba muy seguro. Thursday se lo explicó.

—Usted y April se quedan aquí a vigilar a Lucian y a impedir que avise a su querida hermana.

—¿Y usted?

—Yo dejaré que Melrose me lleve a Gillian —miró a April y luego a los dos hombres que estaban en el sofá—. Todos vigilando a todos. Vamos a contestar muchas preguntas.

—Yo ya tengo una. ¿Quién te vigila a ti? —preguntó April con sarcasmo.

—Puedes confiar en mí —le contestó Thursday con una risita y dándole unas palmaditas en la cara—, pensándolo bien, cariño, tienes que hacerlo.

20

Viernes, 24 de diciembre, 22:45

Aunque el refugio de Oliver Arthur Finch en Punta Loma estaba sólo a unos diez kilómetros en línea recta, Thursday tardó una media hora larga en parar su coche frente a las pesadas puertas de hierro, pues tuvo que meterse por las principales arterias de la ciudad, congestionadas a esas horas y llenas de semáforos.

Apagó las luces y paró el motor mientras pensaba que Melrose Finch podría haber salido ya, en cuyo caso esperaría en vano, pues no tenía alternativa. Mordiéndose el labio inferior, se hizo mentalmente un croquis de las carreteras que cruzaban el elevado y estrecho promontorio.

La única carretera que atravesaba Punta Loma de norte a sur era el bulevar Catalina; por el norte, en dirección a San Diego, Catalina se dividía en dos calles: Cañón, que bajaba hacia la bahía y el bulevar Chatsworth que atravesaba sinuosamente los barrios residenciales y salía al sur de Mission Bay y del casco antiguo.

Melrose tenía que tomar una de las dos. ¿Pero cuál?

Thursday bajó por Catalina unos diez metros, cambió de sentido y aparcó en un bosquecillo de eucaliptus, desde donde podía ver un ángulo del tejado de la mansión de los Finch entre los fantasmagóricos troncos. Apagó el motor, encendió un cigarrillo y esperó en la oscuridad.

No había tráfico en el bulevar Catalina, donde la única señal de civilización eran las luces encendidas de los locales nocturnos del puerto. Nada de tráfico. Eso haría la persecución mucho más difícil.

Iba por el tercer cigarrillo cuando vio las luces de un coche que venía de la mansión. Cuando estuvo más cerca de él, comprobó que

se trataba de un Chrysler con el techo negro, que se paró en las puertas de la finca. El conductor se bajó a abrir las puertas y luego volvió al coche, encendió las luces de niebla y giró hacia el norte, hacia la ciudad.

Max Thursday arrancó el coche y emprendió la persecución. La noche estaba oscura y sin luna, así que Thursday se vio obligado a encender las luces largas, que atenuaron un poco el brillo de las luces traseras del Chrysler. Inmediatamente, éste redujo la velocidad y torció hacia el Este por un camino sin asfaltar que bajaba en pendiente en dirección al puerto. Thursday soltó el acelerador, con el ceño fruncido. Ninguna de esas calles tenía salida. Se rió interiormente; se veía que a Melrose no le gustaba llevar un coche detrás y se había metido en una calle cortada.

Thursday aceleró en dirección a la entrada del camino. Según sus cálculos, Finch permanecería en el final de la calle, hasta que sus sospechas se disipasen y entonces saldría con precaución mirando a todas partes. El detective se situó fuera de la vista detrás de unas acacias, frenó lo más silenciosamente que pudo y salió del coche de un salto. Volvió corriendo a la esquina donde Melrose había girado y se quedó de pie estudiando cuidadosamente el camino sin asfaltar, que terminaba tres manzanas más abajo en una explanada desde la que se divisaba el brillante panorama de la ciudad y la bahía. En la explanada se veían unas luces rojas de automóvil. Thursday, lleno de inquietud, fijó en ellas la mirada, hasta que empezaron a moverse y el coche dio la vuelta. El detective echó a correr hacia su propio coche, que se puso en marcha briosamente, aplastando las hojas secas en su marcha hacia adelante.

En la siguiente calle, también sin salida, Thursday se salió hacia el Oeste, dio una vuelta en forma de U con el pesado automóvil y se detuvo como si estuviera esperando a que el semáforo que había en la esquina de Catalina se pusiera verde. Se inclinó por encima del volante, apretando la cabeza contra el frío parabrisas, esperando a que el coche de Melrose apareciera por la esquina anterior.

Cuando el Chrysler se detuvo en su semáforo, Thursday esperó un momento para asegurarse de que el conductor había visto sus luces largas, y luego salió tranquilamente a la autopista, en dirección a San Diego. Observó, por el espejo retrovisor, las luces de

niebla que se alejaban. ¿Le seguiría Melrose Finch? Thursday dio un repentino suspiro de alivio. El Chrysler había salido en su misma dirección.

La noche estaba fría pero Thursday sentía las manos empapadas de sudor. Melrose había visto su sedán gris por la mañana y podría reconocerlo, aunque el heredero estaba entonces muy borracho. Un resbalón sería suficiente para dar al traste con el complicado juego. Su única posibilidad era dejar que Melrose Finch se sintiera seguro para seguirle por delante.

Mientras la tensión nerviosa le hacía apretar fuertemente el duro volante de goma, Thursday aumentó la velocidad, pensando que no convenía dejar al de atrás acercarse mucho. Los dos coches se encaminaban hacia el cruce en que Cañón Street salía del bulevar Catalina hacia el océano. ¿Qué camino tomaría el de detrás? Thursday optó por Cañón, el camino más corto hacia la ciudad, así que dobló por esa calle y observó las luces de niebla por el retrovisor. Casi dio un grito de desesperación: Melrose había seguido recto, por el camino más largo, el bulevar Chatsworth, lo cual era más inteligente, ya que Chatsworth estaba más oscuro y tranquilo y en él se notaría mucho una persecución.

Thursday frenó bruscamente en una curva. Aunque Chatsworth tenía sus ventajas, presentaba el inconveniente de que no se podía salir de él hasta llegar a la zona residencial. Una vez allí, Melrose tendría que elegir entre seguir hacia San Diego o salir hacia Ocean Beach. Teniendo esto en cuenta, Thursday salió de nuevo a Cañón, haciendo chirriar las ruedas en el empinado descenso. Con un poco de suerte podría bajar a toda velocidad por Rosecrans Street, la principal arteria de Punta Loma a nivel del mar, acortar por la primera calle con salida y alcanzar a Melrose en el cruce.

El pequeño centro comercial a la entrada de la calle Cañón estaba aún abierto para las compras de ultimísima hora. Thursday giró hacia el norte por Rosecrans y pisó el acelerador a fondo. El semáforo del Paseo del Puerto se puso en rojo, pero Thursday echó un vistazo a los lados y se lo saltó sin reducir la velocidad. Dos coches frenaron en seco haciendo sonar insistentemente sus bocinas.

—Y feliz Año Nuevo —exclamó Thursday, riéndose.

En Tennyson Street, Thursday giró a la izquierda y volvió a subir

la colina, pasando cerca de la escuela de Punta Loma. Al salir de nuevo a Chatsworth, echó el freno ante un blanco edificio de apartamentos, con un árbol de Navidad frente a la entrada principal. Apagó las luces, pero dejó el motor encendido. No quedaba más que esperar.

El bulevar Chatsworth estaba más animado por esa zona. Pasaron varios coches hasta que una sonrisa de triunfo iluminó la cara de Thursday. Las luces del Chrysler salieron de una curva y pasaron delante de él. La figura sin sombrero que sujetaba el volante era Melrose Finch.

Thursday dejó pasar otro coche antes de empezar a seguirle. Estiró el cuello para no perder de vista el Chrysler mientras pasaban a gran velocidad bajo las farolas. Melrose no tomó la salida de Ocean Beach, sino que siguió por Chatsworth. El automóvil que servía de pantalla al detective se salió de la carretera y el Oldsmobile y el Chrysler se pegaron en el siguiente semáforo. Afortunadamente, Finch no miró hacia atrás; tomó por Rosecrans en dirección hacia Midway Drive. En casi un kilómetro no había apenas circulación; Thursday echó pestes por su expuesta situación y para acabar con ésta, decidió arriesgarse: en la intersección de Rosecrans y Midway, tocó la bocina con impaciencia y adelantó al coche de Melrose. De nuevo el joven Finch se veía obligado a seguir de frente, hasta llegar a la autopista del Pacífico, donde tendría varias opciones: seguir de frente en dirección al casco antiguo y Mission Valley, girar a la derecha en dirección al centro de la ciudad, o girar a la izquierda, hacia Pacific Beach, Del Mar y Los Angeles.

El semáforo estaba en verde y Thursday no pudo averiguar qué dirección pensaba tomar Melrose. Unos trescientos metros más atrás, el Chrysler se colocó en el carril central sin ninguna señalización.

El semáforo seguía verde, así que Thursday tuvo que cruzar la autopista del Pacífico, inmediatamente después de lo cual se desvió para entrar en la gasolinera de la esquina, colocándose detrás de los tres surtidores de gasolina. Se dio media vuelta en el asiento para ver mejor y reparó por vez primera en que el techo y los

guardabarros del Chrysler eran en realidad azul marino.

Oyó la voz de un joven, el dependiente de la gasolinera, junto a él:

—Diga, señor. ¿Qué quiere?

Thursday seguía estirándose para ver bien el cruce.

—Una pequeña información —dijo descuidadamente con aire ausente—. ¿Dónde está
Ramona's
Marriage Place?

El joven pareció confuso.

—Bueno, está muy cerca de aquí, señor.

—Eso está bien —repuso Thursday, todavía sin mirarle. Melrose aceleraba para coger el semáforo.

—¿Qué es lo que está bien?

—Quería decir que muy bien. Sólo quiero echar un vistazo.

—¡Ah! —dijo el dependiente sin comprender muy bien—. Bueno, pues gire a la derecha al llegar a Taylor y una manzana más arriba…

El Chrysler había girado a la izquierda, hacia el norte, no hacia San Diego. Thursday metió la primera y dio las gracias al chico, saliendo disparado de la gasolinera. Por el espejo retrovisor vio cómo el dependiente se quedaba atónito al ver que el coche salía justo en dirección contraria a la que le había indicado.

El tráfico era denso por la autopista del Pacífico en dirección al norte, así que Thursday no tuvo miedo de ser descubierto al colocarse detrás del coche de Melrose, quien no sospecharía por un coche más o menos. Los dos automóviles se embalaron por la autopista, a cien kilómetros por hora.

Finch redujo la velocidad inesperadamente y casi cogió a su perseguidor por sorpresa. Thursday frenó, tocó el claxon exasperadamente y adelantó a Melrose, con un viraje repentino. Por el retrovisor observó con inquietud las luces de niebla, que se alejaron y desaparecieron, saliéndose de la autopista. Ahora el Chrysler se dirigía por un descuidado camino asfaltado lleno de baches hacia una sucia señal luminosa en la que se leía «Motel español». Thursday paró a un lado de la carretera y, mirando hacia atrás, vio cómo el Chrysler se metía en el motel y desaparecía.

Thursday se recostó en el asiento y suspiró. Sintiéndose cansado

repentinamente, se permitió un momento de triunfo. Había sido complicado, pero había conseguido coger a Finch, y con él, una asesina y el «Bobo de Coria».

Se echó para atrás la manga de la chaqueta y miró cómo la manecilla larga del reloj daba dos saltos, pasados los cuales dio marcha atrás y entró por el camino que llevaba al motel, cuyas baratas habitaciones, como cabinas, sucias y descuidadas, estaban colocadas en semicírculo alrededor de la oficina del encargado.

Los parachoques posteriores de los coches brillaban en el interior de casi todos los cobertizos que había junto a cada una de las sórdidas y oscuras cabinas. El hedor procedente de un matadero cercano se mezclaba con el del cenagal situado detrás del motel.

Thursday hizo un gesto de repugnancia, pero tuvo que reconocer la habilidad de Gillian Pryor. El asqueroso escenario era el último lugar en el que se pensaría encontrar al heredero del millonario Finch. Además a nadie, y menos al encargado, le extrañaría que la pareja estuviera allí sólo un rato.

De mala gana, optó por el mal menor: dejar la caja bajo llave en el coche. No podía acercarse a Gillian con el cofre bajo el brazo.

La única luz que había, además de la de la señal, era la de la oficina. Al oír los pasos de Thursday se asomó al ventanuco de la puerta el encargado, cuya larga nariz y estrecha mandíbula puntiaguda le daban un aspecto de zorro.

Sus ojos rasgados miraron con recelo al detective y después a su coche vacío.

—No hay plazas —refunfuñó.

Thursday echó un vistazo a las dos casetas vacías que había junto a las cabañas más cercanas, cuyas puertas tenían sendos números, 1 y 2. No veía bien los otros cobertizos como para distinguir la parte trasera del Chrysler. Y no era un lugar como para rondar sin invitación. Empujó la puerta de la oficina.

—Policía. Déjeme ver su libro de registro.

El encargado se echó hacia atrás, pasándose la pálida lengua por los todavía más pálidos labios. Abrió los ojos desmesuradamente durante un segundo y luego los volvió a entrecerrar.

—Aquí no hay nadie perseguido, al menos por la Policía.

—Claro. Colabore y no habrá ningún problema. Sólo quiero hacerle un par de preguntas.

La pequeña oficina no tenía muchos muebles. El manoseado libro de registro estaba sobre una mesa desvencijada. Le dio la vuelta Thursday y pasó el dedo por la lista de las entradas.

—Sólo es un formulismo, pero ¿puedo ver su placa? —dijo el encargado en tono apaciguador.

Thursday se hizo el sordo, mientras examinaba los demasiado corrientes nombres garabateados en el papel. Había ocho cabinas pero once entradas en esa noche, cinco de ellas tachadas.

—¿Qué le parece si veo la placa? —dijo el encargado endureciendo el tono.

En la cabina cuatro había dos entradas. La primera estaba tachada con una gruesa raya de lápiz. La segunda era del señor y la señora Melrose.

Un escandaloso sonido metálico atravesó el patio y se extendió por el oscuro cenagal. Thursday levantó la cabeza sorprendido.

El encargado permanecía de pie de espaldas a la puerta, sonriendo maliciosamente, con la mano todavía apoyada en el marco, junto al timbre que había apretado. Thursday blasfemó. Debía haber imaginado que un lugar como aquél necesariamente tenía que disponer de un sistema de alarma para avisar a sus ocupantes.

En algunas cabinas se encendieron luces. Thursday se dirigió rápidamente hacia la puerta, pero el encargado le agarró por la cintura, tratando de detenerle.

—Fuera de aquí, de prisa, si sabe lo que le conviene.

Thursday se volvió, intentando deshacerse con una mano de los brazos que le oprimían y apretando la cara de zorro hacia atrás con todas sus fuerzas. El encargado dio unos tambaleantes pasos hacia atrás, tropezó con la mesa y cayó al suelo rodeado de astillas.

Thursday abrió la puerta de una patada y corrió a través de la oscuridad hacia la cabina cuatro.

21

Viernes, 24 de diciembre, 23:30

La puerta de la cabina número cuatro se abrió de repente cuando el detective se acercaba a ella corriendo, y Melrose Finch bajó los tres escalones de madera ruidosamente. Al reconocer al detective intentó saltarse el último escalón, pero tropezó y cayó hacia el cobertizo que había junto a la cabina.

El timbre de alarma sonaba todavía y toda la gente salía de estampida; se oían portazos, coches que se ponían en marcha y voces que chillaban atropelladamente.

Thursday esquivó la contundente parte trasera del Chrysler y se metió en el estrecho cobertizo. Consiguió sujetar la puerta del Chrysler antes de que Melrose pudiera cerrarla y sacó al joven del coche agarrándole por el codo. Melrose le lanzó un fuerte derechazo que le abrasó la oreja. Thursday le redujo y le dobló el brazo por detrás de la espalda. Permanecieron de pie un momento mirándose fijamente y forcejeando; Melrose empezó a soltar blasfemias entre fuertes quejidos de dolor.

—Un día de estos me voy a cansar de ser su «*punching* ball» —jadeó el detective.

—¡Suélteme! —Gruñó Melrose, que se puso de puntillas intentando aliviar la presión—. ¡Me va a romper el brazo! ¡Suélteme!

—Cállese —dijo Thursday empujando al hombre hacia la cabina, que permanecía a oscuras y en silencio, con la puerta inocentemente entreabierta.

Melrose subió el tono de sus insultos y sus quejas, luchando por impedir el avance del detective. La sirena de la alarma paró. El

último cliente se alejaba.

Thursday empujó a Finch contra la oscura puerta y buscó a tientas el interruptor de la luz, que bajó suavemente. Destacándose frente a la ventana se veía una oscilante bombilla sin pantalla. Thursday la enroscó por completo en el casquillo y la desagradable luz se hizo más intensa.

Después de echar un vistazo, comprobó que la cabina estaba vacía. La alarma y la ruidosa pelea con Melrose habían levantado la liebre antes de tiempo. Si Gillian Pryor había estado allí, ahora ya se había ido.

En la cochambrosa habitación cuadrada había una cama de hierro hundida, una cómoda de madera barata con un espejo que deformaba la imagen y una destartalada mecedora que no inspiraba ninguna confianza. No había alfombras y las deformadas tablas dejaban ver algunas hendiduras irregulares. Tampoco había armario. Otra puerta de la habitación comunicaba con un pequeño cuarto de baño que producía grima. La única ventana, enfrente de la puerta, estaba abierta; el viento movía unas cortinas muy viejas.

Melrose estaba de pie bajo la bombilla sacudiéndose las manos para quitarse la porquería del suelo donde había caído. Llevaba un traje de calle gris sin solapas y una camisa verde de hilo. Su cara enrojecida compuso una sonrisa afectada.

—¿Satisfecho?

—No mucho. ¿Dónde está la chica? —contestó Thursday.

—No sé de lo que me está hablando.

Thursday recorrió la habitación, registrando los cajones y examinando los muebles. La cama estaba todavía sin deshacer y la levantó pieza a pieza.

—Así que no dejó el lienzo —dijo cuando terminó de examinar el colchón.

Melrose sonreía complacido.

—Me gustaría que me dijera por qué está de repente tan interesado en conseguir el «Bobo» para su padre.

—Usted es un idiota, Thursday.

—Bueno, entonces se lo diré yo. Está loco por April Ames. Tan loco que jugará a lo que ella le diga, incluso al juego de Gillian Pryor. Usted se pega a ella aunque eso le pueda costar algo del dinero de su padre, y aunque le pueda hacer cómplice de un

asesinato o dos.

Melrose se sentó despacio en la cama deshecha. Buscó nerviosamente un cigarrillo. Thursday reparó con cierta sorpresa en que era la primera vez en el día que el joven estaba sobrio.

—Es usted un idiota, Thursday —repitió, pero sin mucha convicción.

—Claro. Y usted es muy listo por complicarse en un homicidio y un robo importante.

—Esa es su opinión. De todas formas, ¿quién es usted para decirme lo que tengo que hacer? —Melrose se encolerizaba más y más por momentos—. Un detective barato, mi padre puede comprar muchos como usted.

—Tiene razón. Pero el consejo es gratis.

—Guárdeselo. No me interesa —las manos le temblaban nerviosamente al acercar la cerilla encendida a la punta del cigarrillo.

—¿Qué le hace pensar que Gillian y April son la misma persona?

—¿Quién le ha dicho que yo pienso eso? —Melrose movía la cabeza de lado a lado, aspirando un poco el cigarrillo de vez en cuando y sin levantar la vista hacia el hombre que tenía enfrente—. Y mejor deje a April al margen de esto. Le dije que no me hablara de ella. ¿Comprendido?

—Estaba oscuro aquí. Ella llegó antes y ajustó la bombilla. No podía verla mejor que en el Patio Club. Alguien se está riendo de usted.

—¡Le he dicho que se calle! —Melrose se levantó suavemente de la desvencijada cama—. Tenga esto presente, Thursday, no voy a escuchar nada de lo que usted ni nadie me diga acerca de April. No quiero oír nada sobre ella.

Thursday miró la fuerte mandíbula y los puños cerrados. Se retiró un poco hacia atrás y se rió burlonamente.

—Le han cogido bien, muchacho, pero tranquilo. Tengo una buena noticia para usted. April no puede ser Gillian.

Melrose no le entendió bien al principio. Luego abrió la boca.

—¿Eh?

—Sé dónde está su April ahora mismo. La tengo bien guardada. Así que si Gillian Pryor estuvo aquí debe ser la misma Gillian Pryor en persona. Y Gillian ha estado aquí, ¿no? ¿Con su sombrerito azul

y todo?

Melrose puso una astuta expresión en los ojos y torció la boca.

—Muy listo, Thursday, pero no me va a pescar con esos trucos. Vamos a ver si puede probar que ha estado aquí otra persona. Vine a este basurero para dormir tranquilamente, eso es todo. No tengo ningún dinero ni ninguna pintura. Demuestre lo contrario.

—No. Me doy por vencido —dijo Thursday tranquilamente—. Ya estoy cansado de pelearme con el jefe. Es hora de recoger los trastos y pensar en informar al fiscal del distrito. Hágase cuenta de que no lo conozco. Arrégleselas sólo —se metió las manos en los bolsillos y se dirigió lentamente hacia la ventana abierta—. Supongo que salió por aquí cuando sonó la alarma.

—Suponga lo que quiera.

Thursday descorrió la cortina y se inclinó hacia fuera. La vista no era nada del otro mundo. Dos metros más allá empezaban las aguas pantanosas y la hierba y los juncos crecían exuberantemente hasta hundirse en el pantano Cudahy. El fétido olor de las acequias se extendía bajo el puente de la autopista del Pacífico hacia Mission Bay.

El detective examinó detenidamente con sus ojos azules la tierra cenagosa debajo de la ventana. La luz de la cabina salía formando un largo rectángulo estrecho. Entre las ramas se distinguían claramente las huellas de unos pequeños pies. Gillian había llevado zapatos de tacón bajo para correr. Las huellas que había junto a la cabina eran más claras que las que había sobre la hierba. Gillian debía haber saltado por la ventana y después había echado a correr.

Thursday estaba a punto de retirarse de la ventana cuando algo le llamó la atención. Al principio pensó que se trataba de un grueso trozo de madera seca, como de un metro de longitud. Estaba encima de la enfangada hierba, casi fuera de la luz. Sólo necesitó una segunda mirada para darse cuenta de que se trataba de un lienzo enrollado en forma de tubo, atado por el centro.

22

Viernes, 24 de diciembre, 23:45

—¡Oiga! ¿Qué hace? —Peguntó Melrose.

Thursday pasó las largas piernas por la ventana y se balanceó un momento, sentándose en el alféizar, antes de saltar. El suelo estaba más cerca, y también más encharcado de lo que parecía. Las enmarañadas hierbas cedieron bajo su peso y un barro fino le empapó los bajos del pantalón.

Sólo tuvo que dar dos pasos para alcanzar el rollo de tela.

—¡Quítese de la luz! —gritó a Melrose.

—¿Qué ha cogido?

—No se alborote —ordenó Thursday, que se acercaba con el botín hacia la cabina, arrastrando sus pies por el barro. El rollo de lienzo estaba manchado por fuera.

—¡Ábralo! ¡Ábralo! —repetía Melrose, que se hizo a un lado de la ventana para dejar que llegara más luz a donde estaba Thursday.

El detective soltó, con cautela, como preparándose para una posible decepción, el cordón. Desenrolló el lienzo y lo miró a la amarillenta luz de la bombilla. Melrose lanzó un gemido de sorpresa y se agarró con fuerza al borde de la ventana.

Pocas veces en su vida había sentido Thursday la exultante sensación de victoria que ahora le embargaba. Sujetaba con las manos el lienzo extendido y la satisfacción le impedía sentir el cansancio de la persecución o la humedad de los pies. Había vencido.

Max Thursday miraba la pintura fijamente, embebido en los detalles, mientras pensaba vagamente en que Gillian Pryor, en las pocas horas que había estado en posesión de la obra, habría tenido

tiempo de borrar el cuadro de su hermano con trementina o algún otro disolvente.

—¡Lo ha dejado! —se quejó Melrose amargamente—. ¿Por qué? ¿Por qué lo ha dejado?

El «Bobo de Coria» miraba a los dos hombres en silencio, con ojos maliciosos y casi cerrados. La fría cara enfermiza tenía una cierta expresión de sarcasmo. En un rincón vacío el bufón de Felipe IV estaba sentado con las piernas cruzadas, vestido de terciopelo verde, con encaje en el cuello y en las muñecas. A ambos lados de las piernas del enano había unas calabazas grandes.

El lienzo medía más de un metro de longitud por casi noventa centímetros de ancho. Thursday lo enrolló de nuevo casi reverentemente y después miró la cara acalorada y preocupada de Melrose para contestar detenidamente a su pregunta.

—Gillian comete un error de éstos cada vez que se ve apurada de tiempo. No es una profesional ni mucho menos, y se asusta horriblemente. Lo mismo pasó en Del Mar, cuando la secretaria de su padre la agarró. La señora Wister no tenía fuerzas ni era lo bastante joven como para retenerla ni un minuto, pero Gillian perdió la cabeza y la apuñaló. Igual le ha ocurrido este mediodía en el Fremont; cuando Larabee se acercó demasiado, nuestra chica dejó el cuadro y bajó en el montacargas.

—No lo entiendo —dijo Melrose.

—No importa. —Thursday hizo una mueca y se encogió de hombros—. Es una forma de comportarse. Hablaba sobre todo para mí mismo.

—¿Como cuando dijo hace dos minutos que se daba por vencido? Un poco de suerte y ya está otra vez eufórico, ¿verdad? —Melrose se atragantó y escupió enfadado en el suelo de la cabina.

—Sí —dijo Thursday, colocándose el rollo bajo el brazo—. No me voy a jactar de cómo he conseguido a este enanito, pero es agradable tenerlo. ¿A qué hora se acuesta su padre?

Melrose Finch no sabía disimular. Cuando se le ocurría una idea su cara cambiaba de expresión.

—Bueno, ahora estará completamente drogado. Si va a entregarle eso, es mejor que lo haga por la mañana —dijo casi cordialmente a pesar de su mal humor.

—Como diga —sonrió Thursday abiertamente. Se sentía

demasiado bien en ese momento como para ponerse a discutir con el pusilánime joven. El «Bobo» estaba en su poder y ni siquiera el hijo de su cliente podía impedirlo. Incluso se sentía generoso con Melrose—. No se quede despierto esta noche por April. Está a buen recaudo. Buenas noches.

Melrose se asomó por la ventana y le llamó insistentemente.

—Entonces, ¿irá a casa mañana? Se lo diré al viejo.

—Claro. Dígale que se vaya preparando para recibir un buen regalo de Navidad.

Empezó a conducir tranquilamente hacia San Diego por la ancha autopista de Cabrillo. No había mucho tráfico y hasta que no pasó la salida norte del Balboa Park no tuvo más que sujetar el volante.

Le costaba mantener la vista en la carretera. La guantera reclamaba su atención, recordándole que encerraba una fortuna y tampoco podía dejar de mirar al otro asiento delantero, donde reposaba el Velázquez, la pintura que había engañado al mundo durante los tres últimos siglos. Thursday se preguntaba si su Oldsmobile sería alguna vez más valioso. Silbaba mientras conducía, pero no terminaba de relajarse. Sus pensamientos volvían a la señora Wister, a Niza, a Larabee; los tres que habían tenido las preciosas antigüedades y habían muerto por ellas.

Y Gillian Pryor estaba todavía en libertad. Desechó al instante el presentimiento. Esta noche tenía la pintura y el trabajo había terminado. El conde von Raschke le había contratado para encontrar el «Bobo» y lo había conseguido. Después de esto, podría concentrar sus energías en perseguir a la mujer que apuñalaba sin piedad y sin necesidad. Mañana vería si podría ayudar a Clapp.

Thursday oyó el griterío de las canciones antes incluso de aparcar junto a los muros cubiertos de hiedra que rodeaban el Pueblo español de Arte, cuyos vecinos seguían celebrando bulliciosamente la Navidad.

Reflexionó unos momentos sobre el volante antes de decidirse por dejar la caja de música y el Velázquez en el coche mientras iba a hablar con Raschke. Era arriesgado, pero él no iba armado y los tres que le esperaban en el estudio de Lucian no parecían gente que inspirase mucha confianza.

Lo que la fiesta de la plaza había perdido en número de asistentes lo había ganado en volumen. Los vecinos menos trasnochadores se habían ido ya a la cama, dejando allí a una docena escasa de personas que cantaban a gritos, pero ya no villancicos, alrededor de un piano vertical traído del estudio de algún músico.

Thursday se deslizó entre los participantes y encontró el callejón que llevaba al cuartel general del inglés. No se veía luz por debajo de la puerta. Llamó con los nudillos pero nadie contestó. De nuevo sintió la corazonada. Agarró el picaporte que cedió fácilmente abriendo la puerta hacia la oscuridad. Antes de entrar ya supo que el estudio estaba vacío. Todos, April Ames, von Raschke, incluso el mismo Lucian Pryor, todos se habían marchado.

Se balanceó un momento sobre sus talones ante la puerta, intentando pensar, mientras que de la plaza venían algunas palabras de una canción sobre una chica llamada María y un sábado por la noche.

¿Por qué se habían ido los tres? Su plan había quedado suficientemente claro. Raschke, en concreto, nb era probable que se hubiera ido voluntariamente, ya que tenía que esperar a que Thursday volviera allí. ¿Qué había pasado?

Mientras todavía trataba de explicarse la situación, Thursday encontró un trozo de papel arrugado en su bolsillo y sacó un lápiz de la chaqueta. A la luz de una cerilla, escribió una nota que no le comprometiera: «Estoy en casa. T.»

Dejó el papel boca arriba, en el suelo, a un metro o así de la puerta y volvió a salir, cerrando la puerta cuidadosamente para que el aire no lo moviera. No tenía sentido mezclarse con los trasnochadores de la plaza y además Raschke encontraría la nota si volvía al estudio. De todas formas, había sido difícil localizar al detective en las últimas horas. Si alguien estuviera interesado en ponerse en contacto con él, probablemente llamaría a su apartamento; April sabía dónde estaba y además, su dirección figuraba en la guía de teléfonos, así que sería mejor volver allí.

Al salir del húmedo callejón, pensó en el tesoro que tenía en el coche y sintió un escalofrío. Atravesó la plaza corriendo, mientras una voz de mujer vociferaba una canción.

El Oldsmobile seguía allí, aparcado tranquilamente. Las

cerraduras estaban intactas. Ya un poco más tranquilo, Thursday volvió a la esquina y miró a los lados de la calle, buscando inútilmente el coche de April.

En menos de cinco minutos, Thursday atravesó el parque dormido y bajó a toda velocidad por la colina. Dio una vuelta cautelosamente a la manzana de su casa antes de aparcar junto al bordillo.

Estaba muy nervioso. «Me debo estar volviendo viejo», sentenció para sí mismo, enfadado. Se puso la caja de música y el óleo bajo el brazo izquierdo, y se dirigió por el camino de cemento hacia la puerta principal. Se le atascó la llave y soltó un par de tacos antes de poder descorrer el cerrojo. Empujó la puerta con una extraña sensación y entró.

—Quédese de pie, tranquilo, señor Thursday y no intente sacar la pistola —dijo Raschke.

La luz amarilla de la farola de la esquina iluminaba débilmente la figura del corpulento austríaco, que estaba repanchigado en el diván que atravesaba la habitación, mirando hacia la puerta. Sobre los gruesos dedos de su derecha destacaba la boca del cañón de una Mauser automática.

23

Sábado, 25 de diciembre, 00:30

—Aparte el revólver —dijo Thursday—. No pasa nada.

Raschke descruzó las piernas y se inclinó pesadamente hacia delante. Tenía una expresión amenazadora y no dejaba de apuntar al estómago del detective.

—*¡Ein Grillenfänger!* —dijo con voz atronadora—. Trucos y más trucos. Levante la mano vacía, por favor. Y no intente tirarme la caja de música a la cara, porque tengo muy buena puntería desde antes de que usted naciera.

Thursday levantó la mano derecha, de uno de cuyos dedos pendían las llaves.

—¿Qué pasa, Raschke? ¿Qué ha ocurrido?

—¡Oh, qué inocencia! Quizá le asombre que su buen amigo el teniente Clapp no haya logrado atraparme.

—¿Clapp? ¿Qué ha hecho Clapp? Mire, ¿por qué no enciende la lámpara de pie que tiene detrás?

—La luz de la farola es suficiente —dijo Raschke, sentándose en el borde del sofá con despiadada indolencia—. El teniente, muy puntual, llegó poco después de que usted se marchara. ¿Era él quien llamaba por teléfono?

—Le dije que era Melrose Finch. Le he seguido a…

—No importa. Ha tenido tiempo de sobra para llamar a la Policía mientras esperábamos como idiotas —al decir esto el conde se levantó despacio y dio una vuelta a la desordenada mesa—. La pistola, ¿dónde la tiene?

—Lo siento. No tengo —negó Thursday con la cabeza, sonriendo disimuladamente al ver la expresión de la cara de Raschke, mitad

de asco y mitad de mortificación.

La pequeña y revuelta habitación parecía ser partícipe de la gran sorpresa que Thursday podía dar al austríaco en cualquier momento. A la débil luz que iluminaba a Thursday, Raschke no podía ver el lienzo enrollado.

—¿Le importa que baje el brazo? Es malo para la circulación.

—*¡Nein!* —Raschke volvió a sentarse cómodamente en el sofá—. Señor Thursday, lamento no haber sabido antes que iba desarmado, si es que era así. Sin embargo, la decepción, ahora o entonces, es la misma; no hace sino reafirmarme en el concepto que tengo de usted, y conforme al cual voy a actuar.

—No se encocore, Raschke. ¿Qué quería Clapp?

Raschke movió la Mauser con un gesto de paciente desprecio.

—¿Qué quiere, que preguntara a la Policía antes de salir por la ventana?

—¿Qué les ha pasado a los oíros dos?

—April tampoco tenía ningún motivo para quedarse. El señor Pryor no sé, ni me importa. Ahora estamos hablando de usted, señor Thursday. No me gustan los timos americanos.

—Antes de retarme a duelo —rió levemente Thursday—, vamos a pensar un poco. ¿Cree que a mí me convenía llamar a Clapp? Hacerlo hubiera sido apuñalarme a mí mismo. Me parece que el candidato con más posibilidades es Lucian.

—¿El pintor? ¿Por qué…?

—Me da que la trampa fue una casualidad. Lucian ha estado en contacto con Clapp por lo de su hermana, aunque no le ha dicho toda la verdad. ¿Por qué no iba a telefonear a la Poli y decirle que ella le había destrozado los cuadros?

Raschke se mordió los labios, observando la relajada figura del detective en el hueco de la puerta, y luego se rascó la barbilla con la parte superior de la pistola.

—Por todos los santos, señor Thursday, su interpretación me convence. Pero ¿por qué no nos dijo nada Lucian de lo de la Policía?

—¿Por qué iba a hacerlo? ¿Acaso nos debe algo?

El austríaco rió estrepitosamente y dejó caer la Mauser automática en el bolsillo de fuera de su chaqueta a cuadros.

—¡Me ha hecho recobrar mi habitual buen sentido del humor!

Por lo menos hasta que vuelva a encontrar a nuestro inglés —añadió.

—Encienda la luz que tiene detrás —dijo Thursday, cerrando la puerta—. ¿Cómo ha entrado?

—Por la ventana también. De vez en cuando, las ventanas son más útiles que las puertas en mi profesión.

Las persianas ya estaban bajadas la lámpara de pie se encendió mientras Thursday ter minaba de echar el cerrojo. Colocó la caja de música encima de los trozos de papel de regalo, las cintas y las tarjetas.

—De todas formas, imagino que los polis se quedarían lo bastante como para impedir que Lucian pudiera avisar a su hermana.

Raschke asintió con una serie de gruñidos inarticulados. Sentado precariamente en el borde del sofá de flores, tenía la roja cara cómicamente estirada mientras miraba incrédulamente el rollo de lienzo que Thursday sostenía bajo el brazo.

—Sí, no atrapé a la mujer, pero cogí su equipaje.

Despacio, apretando los dientes convulsivamente, Raschke agarró el lienzo con sus manazas.

—¡Señor Thursday! ¡Señor Thursday! —murmuró mientras lo desenrollaba sobre el sofá—. Ha justificado mi confianza en usted —los dedos le temblaban al sujetar el «Bobo de Coria», con su fuerte cabeza gris inclinada sobre la oscura superficie, como dándole la bendición.

Thursday se puso detrás de él para saborear plenamente la obra de arte y los dos hombres observaron al inmortal bufón de maliciosa mirada.

El detective señaló a las calabazas que había a los lados de la figura.

—Creía que era un payaso. ¿Por qué ha puesto esas plantas?

El conde von Raschke, abrumado por la situación, levantó los hombros como si saliera de un sueño y se volvió a mirar a Thursday.

—Son calabazas, señor Thursday.

Creo que el retrato representa a un bufón apodado así,

«Calabacillas».

Raschke bajó de nuevo la mirada hacia la pintura, a la que había dejado enrollarse. Deliberadamente y con terrible calma rompió el retrato en dos trozos. Juntó las dos mitades y las volvió a partir con manos temblorosas. Levantó los trozos de lienzo por encima de la cabeza como si pesaran mucho y los arrojó contra la pared de enfrente.

Enmudecido por el asombro, Max Thursday observó cómo caían sobre la alfombra los cuatro trozos de lienzo rasgado. Con la mente aún confusa intentaba comprender lo que había hecho Raschke.

Este se revolvía en el sofá pellizcándose sus toscas facciones, deformándolas grotescamente.

—¿Dónde está? ¿Dónde está? ¿Qué ha hecho usted con el «Bobo»? —Casi aulló, llevándose las manos al bolsillo de la chaqueta donde había guardado el revólver.

Thursday perdió rápidamente la compostura, levantó un pie, y le pisó las manos a Raschke, lo agarró por el grueso cuello y lo zarandeó, apretando la garganta del enloquecido austríaco con los pulgares.

Los nublados ojos de Raschke, que pateaba ruidosamente, se quedaron clavados en él y luego adquirieron una expresión más clara, más racional. El supuesto conde intentaba hablar.

—¿Qué ha salido mal? ¿No es éste el Velázquez? —preguntó Thursday aflojando los dedos cuidadosamente.

—Por favor, el pie, señor Thursday. Tiene el zapato lleno de barro —suplicó Raschke intentando sentarse bien. Se incorporó y se dejó caer la cabeza entre las manos—. Perdone el ataque. Tenía tantas esperanzas…, esa chapuza no es el «Bobo».

Después de un momento de silencio, Thursday soltó una maldición y se chocó los puños.

—¡Debería haberlo sabido! Eso es lo que me duele… ¡Debería haberlo sabido!

—*Nein, nein* —dijo el del diván con voz apagada—. Es comprensible, usted es un hombre de la calle, no un especialista en arte. Esta ridícula copia es muy detallista, quizá demasiado, y carece de la sensación de vida, del alegre elogio de los defectos físicos que ennoblecía los temas del maestro. Esta pobre *Nachahmung,* esta copia falsa no tiene la profundidad casi mágica

del fondo, lo que también se ha llamado aire ambiente. Tampoco hay ni rastro del…

Thursday interrumpió el discurso inútil y atronador.

—Debería haberlo sabido. Gillian ya abandonó el cuadro una vez, y no volvería a cometer el mismo error, y tampoco lo dejaría tan a mano.

Raschke levantó la cabeza y Thursday le explicó en pocas palabras cómo había encontrado el falso Velázquez.

—Fue sólo un señuelo para evitar que la persiguiéramos.

Raschke asentía anonadado mientras su cara iba recobrando poco a poco los colores.

—Como las manzanas de oro que Hipómenes tiraba a… —El timbre sonó agudamente—. ¡Atalanta! —Raschke pronunció esta última palabra como si fuese un juramento.

Los dos hombres se miraron sorprendidos y dubitativos.

—No espero a nadie —dijo Thursday—. Métase en la cocina. Así podrá escapar por la puerta de atrás, lo cual siempre es mejor que andar saltando por las ventanas.

Raschke obedeció silenciosamente. El timbre volvió a sonar en el momento en que Thursday apagaba la lámpara que había detrás del sofá. Fue hacia la puerta, la abrió de golpe y a la vez encendió la luz del porche.

—¡Muy bien hecho! —exclamó April Ames con una sonrisa socarrona. Se apoyó en un lado del porche, colocándose los guantes negros. Como Thursday mantenía la puerta abierta la chica se incorporó, sacudiéndose el yeso blanco de los hombros antes de entrar. Llevaba una gabardina azul marino muy apretada a la esbelta cintura.

—Debías saber que era yo cuando has apagado la luz. ¿O haces eso siempre con cualquier viejo conocido?

Thursday encendió la luz de dentro y cerró la puerta.

—¿Te sientes más segura ahora? —preguntó Thursday mirando a los zapatos de la chica, estrechos y de tacón alto. No eran los que habían dejado huellas en el barro junto a la ventana de la cabina número cuatro.

—No. —April le dirigió una extraña mirada cálida mientras le arreglaba la corbata—. Contigo nunca, encanto —retiró los dedos y le miró lánguidamente.

Thursday le puso las manos en la delicada cintura.

—¿Y dónde ha estado usted, señorita? —preguntó con voz tierna.

—¡Encantador! —les comentó Raschke desde la puerta de la cocina—. Es cierto, ¿dónde has estado, *Liebchen*?

April no pareció sorprenderse en absoluto. Acarició las manos del detective mientras éste las retiraba.

—Tenía hambre, Emil, estoy en edad de crecer. ¿Me has echado de menos?

—¿La esperaba? —le preguntó Thursday a Raschke.

—Cuando tu querido policía nos interrumpió nuestro idilio en casa de Lucian, acordamos volvernos a reunir aquí. ¿Eran *tus* policías, verdad, Max?

—Soy un contribuyente.

Raschke empezó a explicar la hipótesis de que Lucian Pryor hubiera llamado a la Policía antes de que ellos llegaran. La mirada de April se iluminó al ver los arrugados trozos de lienzo sobre la alfombra y Thursday tuvo que volver a contar la persecución con el coche y el descubrimiento del falso Velázquez.

—Muy lista esta Gillian. No hay más remedio que admirar su táctica. —April se echó para atrás el pelo y sonrió—. Ella sabía que Max no podría distinguir «La madre de Whistler» de la «Mona Lisa».

—No me lo refriegues por las narices —dijo Thursday—. Lo que no puedo entender es por qué llevaba un óleo falso.

—El señuelo…, como las manzanas de oro, claro —comentó Raschke, frunciendo el ceño.

—Ya, ya, pero ¿cómo sabía Gillian que yo iba a ir allí? ¿Por qué no llevó el auténtico? ¿Quién le había dicho que no necesitaba llevarlo porque Melrose no tenía el dinero todavía? Acudió a la cita para aparentar que no sabía nada, pero su manzana dorada la ha descubierto —dijo Thursday mirando a la cara a los otros dos.

Raschke se volvió hacia la chica y la examinó severamente, acariciándose la barbilla.

—Así que…

—¿Ya empezamos otra vez? —suspiró April, rodeando la mesa de cristales llena de trastos para desplomarse en el sofá.

—Melrose seguramente pensó que la chica que encontró en la oscuridad era April. Intenté disuadirle de ello porque sabía que April estaba con usted y con Lucian. —Thursday hizo una pausa—, pero ahora me parece que Melrose ha sido más listo que yo. Según la historia de ustedes, los tres han estado perdidos por ahí un rato.

La rubia levantó la tapa con incrustaciones de la caja de marquetería y sacudió la cabeza mientras las notas empezaban a tintinear. Raschke seguía observándola con gravedad desde la puerta de la cocina.

—¿Cree usted que le habría dado tiempo a llegar a esta cita, señor Thursday?

—De sobra.

—A Emil también le habría dado tiempo —apostilló April—. Y también a Lucian. Lo que más se asombra de vosotros, dos hombres fuertes y sagaces, es que os hayáis deshecho de la imitación sin preguntaros quién la había pintado. —April rió al ver cómo cambiaban las expresiones de los otros dos—. Esas cuidadosas pinceladas sin ninguna inspiración. ¿De quién podrían ser sino de Lucian Pryor?

Raschke recogió del suelo un tira de lienzo y la examinó.

—Muy interesante —dijo antes de dejarla caer a sus pies de nuevo—. Sin olvidar, claro, *mein Gelbe Narzisse* que fuiste tú quien me puso en contacto con el señor Pryor en Londres. Y parece que también con sus sanguinarias amistades.

—Fue una suerte para el mundo —dijo April— que te retiraras de los escenarios. ¿Y dónde está Lucian? Todos los demás hemos venido. Imaginaos que haya cogido a su hermana de la mano y se hayan esfumado los dos.

—Ya veremos —anunció Raschke lentamente.

—Hablan como si tuviéramos alternativas. —Thursday se dejó caer en el sillón y cruzó las piernas—. Gillian tiene la pintura y también la iniciativa.

Se vio el reflejo de las luces de un automóvil que doblaba la esquina. La habitación se quedó en silencio y un momento después se oyó cerrar con violencia la puerta del coche. Thursday arqueó las cejas y se levantó del sillón. Primero se dirigió a April y bajó la tapa de la caja de música para que no se oyeran las últimas notas de la melodía. La chica puso cara de enfado. Luego el detective abrió la

puerta y vio a Lucian Pryor de pie parpadeando por la luz del porche. Parecía más demacrado que nunca. Se había cambiado la bata de tela de hule por una descolorida trinchera que debía haber sido amarilla en algún tiempo, y que le quedaba demasiado larga.

—Espero no haber llegado tarde —murmuró—. Me ha costado mucho decidir si venía o no, de verdad. Por fin he decidido que la suerte de mi hermana depende de ustedes.

Ya estaba dentro de la habitación y Raschke avanzaba hacia él, sonriente y con las manos extendidas.

—¡Mi buen amigo Pryor! ¡Qué gusto! ¡Qué delicia verlo!

El inglés se dejó coger las manos rígidas, pero su cara ovalada mostraba desconfianza.

—Me ha sido difícil decidir… —murmuró de nuevo modestamente.

—¡*Erlauben Sie mir*, venga! Tengo una sorpresa para usted —dijo Raschke, llevando al hombrecillo hacia donde estaban los arrugados jirones de lienzo sobre la alfombra.

—Le tengo preparado un juicio crítico de uno de sus cuadros. Cójalo. —Pryor dudo, y miró a los otros en busca de ayuda, intentando no mirar al suelo después de un primer vistazo, asustado —. ¡Haga el favor de cogerlo de una vez!

De mala gana Pryor se puso de cuclillas y después se levantó lentamente con un trozo de la falsificación en la temblorosa mano. Raschke pasó amistosamente el fuerte brazo por la espalda del pintor. April apartó la vista.

—*Wunderbar, ¿ja?* —preguntó el austríaco con evidente sarcasmo—. La pincelada inteligente, la originalidad del tema, todo eso es de admirar. ¿O no? —Miró a su alrededor pidiendo aprobación a Thursday y a la chica. Su diente de oro brilló por un instante.

Lucian se pasó la lengua por los blandos labios y susurró:

—Me alegra que le guste.

Con un rugido de rabia, Raschke le agarró por el brazo y lanzó la lastimosa figura contra la pared. El ruido hizo retumbar la habitación.

—¿Qué si me gusta? ¡Aún no he terminado! —gritó Raschke

enfurecido, abalanzándose sobre el pintor, que cayó de rodillas, y se acurrucó en un sillón. El conde lo miró amenazante durante unos momentos y luego encogió los anchos hombros.

—¡No merece la pena! —farfulló como dirigiéndose a sí mismo y dando a Lucian una patada—. ¿Por qué pintó esta imitación? Hable.

—Ella me obligó, Gillian me hizo pintar la copia en Londres, antes de salir —dijo Pryor gimoteando—. No es muy buena…, está hecha de prisa y corriendo en una noche. Ella dijo que podía serle útil. Tuve miedo de decírselo a ustedes antes.

—¡Pobre Lucian! —exclamó April, que se inclinó sobre él, sonriendo amablemente—. Dime, ¿de dónde has sacado el dinero para comprarte un coche?

—No es mío. Es de un amigo que vive en mi colonia. Está pasando una semana en Méjico, y…

—Así no vamos a ninguna parte —le interrumpió Thursday, que miraba al suelo con el ceño fruncido—. Miren, tenemos que esperar a que la hermana de Pryor tome una iniciativa, pero quizá podamos incitarla a que la tome.

Raschke empezó a decir algo cáustico, pero April le mandó callar.

—No entendí —intervino Thursday— por qué Melrose insistía tanto en que me pasara por su casa mañana, ya que las otras veces no le había hecho ninguna gracia que yo apareciera por allí. Pero a lo mejor prefería que me acercase mañana a que lo estropease todo esta noche. En otras palabras —extendió hacia abajo las manos abiertas—, antes de que yo espantara a Gillian del motel, ella volvió a quedar con él para cuando tuviera el dinero, lo antes posible.

Lucian se incorporaba lentamente en el rincón, con una expresión levemente esperanzada.

—Entonces, ¿qué propone usted, señor Thursday? —preguntó Raschke.

—Que colaboremos y, en vez de estar aquí destrozándome el salón, nos vayamos a la casa de Finch. Así pondremos a Melrose en acción. Seguro que no le agradará vernos, pero sí le gustará ver la caja de música.

—Ya nos estoy imaginando sentados en aquel depósito de cadáveres toda la noche esperando que pase algo —dijo April, arrugando la nariz.

—Les prometo a todos —al decir esto, Thursday dirigió a sus huéspedes una sonrisa glacial— que algo pasará por lo menos a las ocho en punto de la mañana, porque a esa hora el viejo tío Max se despide. Devuelvo a Oliver Arthur Finch sus cien grandes y corro a contarle a Clapp todo lo que sé. Todo esto va a pasar a las ocho en punto —sonrió levemente—. ¿Nadie me aplaude por mi repentina honradez? No parece que les guste mucho.

—Francamente, no. —Raschke fue el primero en hablar—. Si este segundo juego suyo sale mal como el primero, usted ocultará intencionadamente una obra maestra y el mundo entero perderá ese Velázquez porque todos se pondrán a buscarlo.

—Y nos la habremos cargado todos a lo tonto. Eso es lo peor, ¿verdad? Bueno, correré ese riesgo.

El semblante de Raschke compuso una suave expresión.

—Está desarmado.

—Yo no pretendo matar a nadie. ¿Y usted? —contestó Thursday con la misma suavidad—. Por otra parte, no tengo por qué seguir estándolo. No me gustan las pistolas, pero no es por que no sepa usarlas. ¿Quién juega?

Inexplicablemente, Raschke dio un paso atrás. Thursday miró a Lucian y luego a April.

Tras un breve silencio, April levantó los brazos y soltó una carcajada.

—¿Por qué no? Anímate, Emil. Es nuestro juego favorito. ¿Te vas a enfadar porque Thursday tenga la osadía de enseñarte un nuevo movimiento?

Thursday se empezó a sacudir el barro seco de los zapatos y de los bajos del pantalón.

—Será mejor que me cambie de ropa. No tardo nada.

Cogió los trastos de Navidad de la mesa: el papel, las cintas, los paquetes de regalos, las tarjetas de felicitación que ya tenía escritas y las que le quedaban por escribir. Se metió en el dormitorio y cerró la puerta. Inmediatamente la abrió de nuevo y se dirigió a la mesa. April había levantado la tapa de la caja de música, que dejaba oír las últimas notas de «Anacreonte en el cielo». Thursday la cerró bruscamente.

—No quiero despertar a los vecinos —dijo, mientras se llevaba la caja de música al dormitorio. Al otro lado de la puerta se oía la

risa de Raschke.

24

Sábado, 25 de diciembre, 1:45

El conde se mordía nerviosamente los nudillos y después se volvió para mirar por el cristal posterior del coche a la sombría autopista.

—No se preocupe. Vienen detrás —rió Thursday.

Para recobrar la esperanza, Raschke contempló unos momentos al detective, que se había puesto ahora un traje marrón oscuro sin cruzar, y luego suspiró con inquietud.

—Como cliente, permítame decirle que ha sido una tontería dejar que April nos siga sin escolta.

—Nos seguirá. Llevamos su coche, ¿no? Además, Lucian está con ella.

—Pero si ella es su hermana, como usted parece suponer…

—¿No hay un proverbio austríaco sobre que hay que dejar bastante cuerda para que alguien se ahorque? Quiero asegurarme de que Guillian se confía.

Raschke, no muy convencido, rezongó algo y miró por el retrovisor las luces del Ford prestado de Lucian que brillaban a unos trescientos metros detrás de ellos.

—Quiero encontrar a Gillian, Raschke —continuó Thursday—, casi tanto como usted quiere encontrar el Velázquez. Mi vida depende en gran parte de que mis buenas relaciones con Clapp se mantengan.

—No me tome por tonto, señor Thursday. Usted tiene alguna idea en la cabeza.

—Tómelo como quiera, pero estoy lleno de ideas brillantes.

—¿No sería prudente que…?

—No. Esta baza la voy a jugar yo solo y usted no va a saber si es un farol o un póquer de reyes. Todo lo que tiene que hacer es sentarse y mantener la boca cerrada. Si cree que quiero que diga «sí», asegúrese de que asiente bien claramente con la cabeza. O eso o váyase despidiendo de los cien grandes.

Raschke miró hacia abajo, donde las luces de la carretera se reflejaban en la enjoyada tapa de música que estaba en el suelo, entre los pies de Thursday.

—Claro.

—Claro. Puede que usted no sea muy escrupuloso con las leyes, Raschke, pero no creo que sea capaz de cometer un robo.

La verja de hierro de la mansión de los Finch estaba abierta, como invitando a que entraran. Thursday pasó con el Nash de April por la puerta de la valla que separaba la finca de unos campos abandonados.

—Usted deme la razón, piense lo que piense.

Pararon silenciosamente frente a la puerta principal de la mansión estilo Tudor, salieron del coche y esperaron a que el Ford de Lucian aparcara detrás de ellos.

April salió con el ceño fruncido y respiró profundamente una bocanada de aire frío y salado.

—Su coche es tan agobiante como él —dijo a Thursday. Llevaba la gabardina desabrochada y se abanicaba con la ancha solapa. Cortó las débiles disculpas del artista diciendo:

—Me imagino que tendrá miedo de coger la gripe.

Las luces situadas a los lados de la puerta se encendieron y apareció Melrose Finch, mirándolos fijamente con la boca abierta. Su asombro se convirtió en irritación, hasta que vio a la rubia; en ese momento, su cara sonrosada adquirió una expresión de total sorpresa. Los cuatro avanzaron hacia el porche y Thursday abrió la puerta. Melrose no opuso resistencia; seguía mirando a la chica.

—¡April!

Ella le mandó un beso con la enguantada mano.

—Hola, precioso —saludó, antes de seguir a los tres hombres hacia el vestíbulo.

Melrose se dio la vuelta, sujetando aún el picaporte.

—¿Quién ha dicho que los demás podían entrar también?

—Está vestido —murmuró Raschke a Thursday—. Perdone mis

dudas. Su estrategia parece acertada.

La mirada escrutadora de los dos hombres pareció turbar a Melrose, que llevaba los mismos pantalones anchos de color gris y la camisa verde que tenía puestos en el hotel. Llevaba sobrio demasiado tiempo, y presentaba un tic nervioso bajo el ojo derecho.

—¿Qué significa este desfile a estas horas de la noche? —preguntó enfadado.

—Por favor, cierra la puerta —dijo April, suavizando la situación—, hace corriente.

Melrose obedeció inmediatamente.

—Ahora, vamos a ver a su padre —ordenó Thursday.

—No está levantado.

—Lo puede levantar usted.

Melrose se puso en jarras y bajó la cabeza, con un brillo de rebeldía en los ojos hacia los tres hombres.

—Que pueda y que quiera son dos cosas diferentes. El viejo no les ha invitado, intrusos, y yo tampoco. Ahora dense la vuelta y salgan, todos excepto April, ella puede quedarse.

—¿Conque sí, eh? —murmuró Raschke, dirigiendo una acusadora mirada a la chica.

Ella entró en acción, inclinándose hacia delante para poner las manos suplicantes sobre el rígido brazo de Melrose Finch.

—Por favor, cariño, ya sé que no te gusta tener a estos idiotas por aquí, pero ¿lo harás por mí?

Melrose la miró a los ojos un momento antes de que el encantamiento surgiera efecto, luego se encogió de hombros y dijo refunfuñando:

—Muy bien, si tú lo dices… Pero por lo menos dime quién es este personaje —pidió señalando con la cabeza al austríaco, que se puso rígido y murmuró algo. Cuando April presentó al conde von Raschke, Melrose le miró con hostilidad—. Ya lo parece.

—Ahora que ya somos todos amigos —dijo Thursday—, despierte a su padre.

El heredero de los Finch miró con el ceño fruncido la caja de música que Thursday llevaba bajo el brazo, se encogió de hombros otra vez para demostrar que no estaba asustado y se dirigió con paso airado por el pasillo, hacia una escalera y luego al segundo piso. April guiaba a sus compañeros por el pasillo y encendió la

araña del techo. El sombrío cuarto de estar de techo alto tenía unos muebles demasiado serios, sin adornos, sin objetos pequeños. A un lado se veía una chimenea de granito sin rastro de haber sido usada. En un hueco, al otro extremo de la habitación había, para sorpresa de Thursday, un árbol de Navidad, pero que sólo era sobriamente elegante, artificiosamente simétrico y sin ningún brillo. Raschke sintió un escalofrío al verlo y se sentó en la silla más cercana.

Thursday dejó la caja de música en la repisa de la chimenea y se colocó junto a ella. Lucian, con la mirada perdida, iba y venía cerca del pasillo. April se dirigió directamente a los pesados cortinajes que había en la pared de enfrente y los descorrió un poco, dejando ver una ventana que daba a los acantilados cubiertos de niebla donde empezaba el puente de cuerdas.

La rubia permaneció de pie escrutando como hipnotizada la oscuridad de la noche durante algunos momentos, y luego, pasándose la mano por la frente, volvió a la chimenea donde estaba Thursday.

—¿Dónde están mis llaves? —preguntó suavemente—. ¿O mi coche entra también en el botín de esta correría?

—¿No te encuentras bien? —preguntó Thursday dándoselas.

—Me duele la cabeza. He tenido un día muy agitado.

—Y también una vida muy agitada.

—Yo la he elegido —repuso Abril rápidamente, echando hacia atrás la cabeza un momento—. No, no —murmuró—, no ha sido así, créeme. Algunos nos vemos de repente metidos en la rueda y…

—Eso tiene arreglo. Salta. Esta ciudad es el lugar más agradable que conozco para cambiar de vida.

—¿Te das cuenta de lo que me estás diciendo? —preguntó April, levantando hacia él los ojos húmedos.

—No es el momento más apropiado para ello —sonrió abiertamente el detective—, pero tengo una oficina en el centro de la ciudad y parece que el negocio va bien. Una mujer de tus cualidades…

—Y un hombre de las tuyas. —April le acarició levemente el dorso de la mano—. Gracias de todas formas. Es mejor que los dos lo pensemos un poco más.

Lucian se hizo a un lado del pasillo al irrumpir la señorita Moore, con los labios apretados.

—¡Otra vez usted! —exclamó la cara de lechuza, dirigiéndose a donde estaba Thursday—. ¿Cuántas veces tengo que recordarle que el señor Finch está muy enfermo?

—Mis clientes no me pagan por curarlos. ¿Dónde está?

—Está arriba, y a ahí se va a quedar —contestó la señorita Moore mirando su hombruno reloj de pulsera como si estuviera cronometrando un combate de boxeo—. ¡Son las dos de la mañana!

—Para usted también.

Todo el pequeño cuerpo de la enfermera mostraba indignación bajo el uniforme almidonado.

—No es porque sea asunto suyo, pero da la casualidad de que soy enfermera y estoy acostumbrada a no dormir.

—*Guten Morgen, Gnädige Frau* —dijo Raschke, levantándose pesadamente con un gesto conciliador—. Ahora nos va a guiar a la habitación del enfermo, donde reanudaremos la sesión.

—No será necesario en absoluto.

Oliver Arthur Finch, envuelto en una bata desgastada acababa de entrar cojeando en la habitación, del brazo de Melrose.

—Usted debe ser ese contrabandista extranjero, ¿no? —preguntó el anciano apuntando con la cabeza hacia Raschke, que se inclinó cortésmente.

La señorita Moore lanzó un grito ahogado.

—¡Señor Finch! No puedo tolerárselo, señor. Yo…

—Usted se calla —cortó Finch, clavando sus acuosos ojos amarillentos de serpiente en la mujer, que pareció calmarse de repente. Finch estiró el escuálido cuello para mirar lentamente a sus visitantes, primero a Raschke, luego a Thursday, después a April y finalmente, entornando los ojos, a Lucian.

—¿A quién tengo que dar las gracias por interrumpir mi descanso y organizar esta juerguecita en mi casa?

—A ese alto de la nariz larga —señaló Melrose.

—Quería verlo —dijo Thursday tranquilamente.

—El joven de la terraza —murmuró el viejo Finch, casi para sí mismo, mirándolo de arriba abajo—. Pensé que sabría llevar este asunto, pero es como los demás. Yo tengo que hacerlo todo, como siempre. Mucha incompetencia es lo que hay.

Se dejó llevar por Melrose a una recia silla tallada, donde se sentó moviendo la pelusa blanca de su cabeza y murmurando para el cuello de su bata. Raschke hizo un gesto inquisitivo a Thursday, que se apoyó en la repisa de la chimenea y se cruzó de brazos.

—Señor Finch —dijo, mirando al anciano—, su secretaria me contrató para hacer un sencillo intercambio. La caja de música por la pintura. Por muchas razones, algunas de las cuales están en esta ciudad, el asunto se ha puesto demasiado turbio como para poder permanecer secreto. De hecho, se ha convertido en algo demasiado turbio, incluso para que cualquier detective privado como Dios manda lo pueda llevar a cabo.

—¡Di que sí! —exclamó April en tono admirativo.

—Aquí está la caja de música. Si todo este embrollo no se aclara en las próximas seis horas, se la devuelvo y dejo el trabajo.

—Así se habla, detective. Eso es lo que dije al principio —exclamó Melrose, alzando la sonrosada cara, antes de inclinarse a cuchichear algo al oído de su padre, que lo apartó despectivamente.

—Es mejor que atienda al resto de lo que le voy a decir —avisó Thursday—. Cuando yo me vaya, la Poli vendrá. Ya he discutido esto con el conde von Raschke, que es el propietario legal del cuadro y él está de acuerdo conmigo en que es lo mejor que se puede hacer.

Raschke, con la boca abierta, levantó la mano para protestar, pero una dura mirada de Thursday le hizo reprimirse.

—Es lo mejor —dijo con dificultad, mientras April le observaba pensativa.

Oliver Arthur Finch cruzó las manos temblorosas.

—No tan de prisa, joven —dijo con voz trémula—. No puede ir a la Policía. ¡No se lo permitiré! Ya ha habido suficiente escándalo. Algo así… es lo que los periódicos están esperando para echarse sobre mí, y arrastrar mi nombre por el lodo. Hay gente que me odia, me espía…

—Allá cada uno —sentenció Thursday impasible—. Creo que podría manejar a los periódicos.

Finch empezó a agitarse, aterrorizado, hasta casi salirse de la silla.

—Soy un anciano, muy solo —gimoteó—. Estoy enfermo del corazón. Usted no puede abandonarme. ¡Le pagué para que me

ayudase!

—Bueno, por lo menos eso hemos sacado en claro —dijo Thursday—. Pero ya no puedo aguantar más. Al fiscal del distrito no le gusto, y tampoco le gustan los asesinatos; además, tengo encima a la brigada de homicidios. Lamento que esto pueda sonarle a persecución, señor. Finch. En confianza, esperaba que tuviese un mínimo afán de venganza por la muerte de la señora Wister.

—Los asesinatos no me interesan —gritó Finch—. Pagué a la señora Wister y le voy a hacer un buen funeral. Todo lo que quiero es vivir en paz.

—Eso sonaría mejor si usted no hubiera intentado deshacerse del cadáver de Gordon Larabee.

25

Sábado, 25 de diciembre, 2:15

El efecto fue inmediato. Oliver Arthur Finch se hundió en la silla, clavándose las uñas torcidas en la tela de la, bata. La señorita Moore corrió hacia él, sacando una botellita verde del bolsillo. Nadie más se movió. Nadie, excepto Lucian Pryor, cuya débil voz se elevó sorprendentemente.

—Yo en realidad no tengo nada que ver con todo esto —dijo, mientras se dirigía a la salida al tiempo que el austríaco hacía sonar sus grandes nudillos amenazadoramente.

Melrose, arrodillado junto a su padre, dirigió una mirada llena de odio a Thursday.

—Estará satisfecho, ¿no? Ustedes son testigos de cómo ha intentado premeditadamente matar a mi padre con sus mentiras.

Thursday suspiró y empezó a hablar otra vez, implacablemente.

—Gillian Pryor mató a Larabee en la terraza iluminada poco después de las cinco y media de la tarde de ayer. Yo mismo lo vi, pero cuando llegué minutos después las luces ya estaban apagadas y el cadáver había desaparecido. En ese tiempo Finch salió de su secreta galería de arte, a donde había ido para coger la paga de Larabee. Me imagino que, al encontrar el muerto, se pondría tan nervioso por la manía esa del escándalo que perdería la cabeza. Quería deshacerse del cadáver, pero no podía tirarlo por el acantilado, porque la barandilla de la terraza está demasiado alta, así que lo arrastró hasta la galería. Probablemente tiene fuerzas suficientes.

—¡Eso es una mentira! —exclamó Melrose acalorado.

—¿Cómo lo sabe? Usted estaba sin conocimiento.

—No hay tal galería secreta, todo eso es mentira.

—Seamos razonables —dijo Thursday suavemente—. Cuando su padre muera, que no va a ser esta noche, usted heredará una de las mayores colecciones secretas de arte de todo el mundo —el joven bajó la cabeza—. Una colección así tiene que estar en alguna parte, eso es elemental. Así que ¿dónde? Aunque la casa es bastante grande, no hay muchas posibilidades.

El anciano apartó la botella de amoniaco de debajo de la nariz y observó al detective con los ojos fijos como un reptil. Thursday le dirigió una amable sonrisa y prosiguió:

—Vi a Finch desaparecer de la terraza sin volver a entrar en la casa, así que el escondite de la colección debe estar cerca de la terraza. Larabee fue asesinado allí y Finch no puede haberlo arrastrado hasta muy lejos.

—Muy bien, muy bien —dijo Melrose con sorna—. ¿Y cómo se entra en esa galería?

—Andando, hijo, por las puertas de la cristalera. Hay una más en la terraza que en el estudio. La que sobra tiene cortinas por dentro como las otras, pero juraría que lleva a un sótano.

Los ojos de April brillaban.

—Max, eres maravilloso. Yo tardé dos semanas en averiguar eso.

Oliver Arthur Finch trató de levantarse, pero la señorita Moore le sujetó por los hombros, y él le soltó una grosería que la hizo retroceder un paso.

—¡Muy listo, joven! —dijo con una risita falsa—. Muy listo. Me imagino que querrá dinero por olvidar todo esto. ¿Cuánto? Venga, dígamelo.

Thursday se quedó mirando fijamente la cara sin arrugas a pesar de la edad, sin verla. A pesar de todo lo que hablaran, el primer paso lo seguía teniendo que dar Gillian Pryor, y mientras Melrose permaneciera en una habitación iluminada y rodeado de gente, era una tontería esperar que ella apareciera por allí. La rubia asesina necesitaba oportunidad para actuar. Thursday tenía que despejar la escena, empezando por quitarse de en medio él mismo.

—Le diré lo que voy a hacer —dijo lentamente—, señor Finch, y luego discutiremos los detalles. Me voy a asegurar de que el cadáver de Larabee no está en su casa.

—Usted quiere meterme en un lío —se quejó el anciano, que

tenía los ojos acuosos y brillantes.

—Lo toma o lo deja.

—Padre, vamos a hacer lo que dice —intervino Melrose tocando el brazo del anciano—. Creo que nos tiene cogidos, y me parece que es lo único que podemos hacer. ¿No crees, cariño? —preguntó a April. El nervio de su mejilla no dejaba de moverse.

—Ya tengo bastante con tomar mis propias decisiones —contestó ella—. Y además, me duele la cabeza. ¿Dónde hay una aspirina para una amiga de la familia? —preguntó, volviéndose hacia la señorita Moore.

—Me parece que hay algunas en el cajón de las medicinas, arriba —respondió la enfermera fríamente.

April bostezó y se dirigió hacia la puerta.

—Arreglen sus problemas y yo arreglaré los míos. Si no he vuelto cuando amanezca, Max, mándame uno de esos san bernardos tan cariñosos, o ven tú mismo.

Raschke dio dos pasos para intentar detener a la joven. Tras él, Thursday frunció el ceño e hizo un gesto negativo con la cabeza. El austríaco se detuvo y observó cómo la gabardina azul se perdía por el pasillo.

La señorita Moore había observado a los dos hombres.

—Un momento —dijo, llamando a April—, le diré dónde está.

—No se preocupe —contestó la rubia desde la escalera—. No le voy a robar nada del cuarto de baño.

De todas formas, la enfermera la siguió rápidamente.

Melrose y su padre mientras tanto habían estado cuchicheando algo que Raschke se esforzaba por oír. El joven levantó la vista hacia Thursday con una amable sonrisa en su boca caída.

—Hemos decidido aceptar su oferta, ya que…

—Estupendo —le cortó Thursday. Melrose Finch no era buen actor. Se le veía tan inquieto por quitarse de encima a los otros como lo estaba Thursday por ayudarle a ello.

—Voy a bajar con ustedes, ¿saben? —dijo Lucian Pryor de repente. Todos le miraron sorprendidos, acordándose de su presencia, y el inglés se ruborizó—. Verán, si mi hermana asesinó a ese hombre, me siento un poco, bueno… como si…

—Tampoco es una fiesta —dijo Melrose con impaciencia—. Thursday y yo nos encargaremos de todo —añadió, mientras sacaba

las llaves de la desgastada bata de Oliver Arthur Finch—. ¿Listo? —preguntó al detective.

Thursday le siguió hacia el pasillo. Al pasar junto a Raschke, guiñó un ojo y señaló con la cabeza a la caja de música que estaba sobre la repisa de la chimenea. El austríaco se dio unos golpecitos en el bolsillo de la chaqueta.

Atravesaron la casa y llegaron al estudio. Thursday oyó unas pisadas suaves en el segundo piso, que podían ser de April o de la enfermera. Melrose no encendió las luces del estudio, pero salió por las cristaleras con cortinas con la misma seguridad con que pilotaba su yate. Thursday reparó en la ausencia de luces, pero no comentó nada.

El viento había desaparecido y la noche estaba como boca de lobo. El ruido de las olas al chocar con los acantilados de debajo de la terraza había redoblado su fuerza. La marea estaba alta. Melrose fue directo hacia la última cristalera de la derecha, la sexta, y forcejeó con la llave en la cerradura. La puerta oculta se abrió de repente; Melrose se echó a un lado e invitó a Thursday a pasar a la oscuridad.

—Después de usted. Podría perderme —dijo Thursday con una sonrisa de oreja a oreja.

Melrose se tragó una réplica y se adentró rápidamente en el sombrío hueco. Un segundo después, Thursday oyó sus rápidas pisadas sobre algo metálico y le siguió cautelosamente, dejando la puerta de la cristalera abierta para Gillian Pryor.

Parecía una estrecha escalera de hierro que bajaba en espiral. Thursday se agarraba a la barandilla y tanteaba cada escalón antes de pisarlo. La oscuridad era tan densa que se podía masticar. El sonido de las olas desapareció a lo lejos y lo único que podía oír Thursday en la oscuridad agobiante eran sus propias pisadas. Se paró en seco.

—Bueno, qué… ¿viene? —preguntó Melrose un poco más abajo, encendiendo una luz. Thursday parpadeó y siguió tras él. En el centro de la espiral, con paredes de cemento rugoso, que formaba la escalera había una viga; el lugar era como una torre hundida en la tierra. El interruptor de la luz se encontraba hacia la mitad de la

bajada, de unos siete metros. La luz venía de más abajo, de la misma galería.

—Bueno, aquí está su gran secreto —dijo Melrose amargamente —. ¿Artístico, eh?

Thursday permanecía junto a él en el último escalón y miraba atentamente a su alrededor lleno de asombro. Tuvo la misma sensación que si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. El sótano era amplio y con paredes de hormigón. Se respiraba un aire seco y frío. Unos tubos fluorescentes puestos en el techo arrojaban una luz casi de día que iluminaba la colección secreta.

Thursday había esperado ver una galería de arte, con bellos objetos bien colocados, pero lo que tenía ante sus ojos era una leonera. Los objetos estaban colocados al azar, por todas partes, sin orden y sin gusto. Cajones y cajones de embalaje, polvorientos y sin abrir, se apilaban unos sobre otros, hasta el techo. Algunas de las pinturas que se apoyaban en la pared estaban envueltas en trapos blancos, y se habían caído al suelo. Un gran juego de porcelana china se extendía al pie de las escaleras; un jarrón estaba hecho añicos, probablemente por una pisada descuidada. Al lado de la caja de embalaje más cercana se veían unos tapices enrollados.

Algunas de las piezas guardadas tenían aspecto de valiosas o raras, aunque Thursday no podía juzgar; su mirada incrédula seguía topando con objetos nuevos; una bandeja con curiosidades mejicanas, diseñada para turistas; un juego de candelabros horrible; una pequeña tinaja llena de monedas antiguas de la época de Lincoln; una cubertería barata con el mango pintado, que podría ser de una de las tiendas del mismo Finch; una casa de muñecas.

Thursday empezó a avanzar tocando algunas piezas como si no existieran realmente piezas como una voluminosa y horrible caja de caudales de hierro fundido donde probablemente Finch escondía su propio dinero. Encima de un cajón había un teléfono.

—Pobre Niza —murmuró Thursday. Eso no era un museo fruto del amor por el arte, ni siquiera un conjunto de cosas valiosas, era un lugar que sólo representaba el ansia de poseer. El resultado era el mismo que el que se obtiene al vaciar los bolsillos de un niño, sólo que el gran sótano mostraba al descubierto el alma de un

anciano. El especialista español que había dado su vida para impedir que el «Bobo de Coria» cayese en manos de los falangistas se habría horrorizado si hubiera visto que el cuadro iba a acabar ahí.

—No veo ningún cadáver —dijo Melrose detrás de él—. He estado aquí antes, esta noche. A lo mejor no es tan listo después de todo, Thursday —la hostilidad había vuelto a su voz. Thursday se puso en guardia. Gillian podía aparecer en cualquier momento.

Se acercaba a la pared izquierda, la pared paralela al acantilado. A distancias regulares, se veían unos pequeños túneles que salían al mar, los respiraderos.

—Eso fue otra cosa que delató a este lugar —dijo Thursday—. Cuando usted llamó por teléfono anoche oí el grito de un cormorán, y era un poco tarde para que un pájaro estuviese despierto, a no ser que alguna luz le molestara. La terraza tiene luz, pero no tiene teléfono. Si la galería estaba debajo de la terraza y tenía respiraderos que salían al exterior cerca del nido de algún cormorán y la luz le había llegado al pobre pájaro…

Mientras hablaba, daba la vuelta a otra fila de cajas apiladas. Se paró de repente y miró a Thursday por detrás del hombro. El joven le seguía sin ganas.

Silenciosamente los dos hombres miraron hacia abajo, donde la rígida pierna de un hombre se extendía junto a un cajón abierto con juras de cerámica. Una pierna envuelta en tela gris.

Melrose aclaró la garanta con dificultad.

—Incluso en la guerra… me imagino que uno nunca se termina de acostumbrar —susurró.

—Puede que me haya equivocado —dijo Thursday con aire ausente.

—¿Sobre qué?

—Nada —contestó el detective. Se le había pasado por la cabeza una idea macabra, una pregunta cuya respuesta no quería saber nunca. ¿Había querido Oliver Arthur Finch ocultar el cadáver o simplemente lo había añadido a su colección?

Volvió la mente a lo que tenía entre manos. A través del denso silencio del revuelto sótano, su fino oído alerta había captado un débil ruido metálico, algo así como una pisada en las escaleras de hierro.

—Bueno, creo que deberíamos ponernos a trabajar —dijo rápidamente en voz alta.

Thursday echó un vistazo a la caja de piezas de cerámica que estaba junto al joven. Eran unas jarritas de porcelana grandes.

—De acuerdo —replicó, arrodillándose junto al cadáver y colocándose deliberadamente casi de espaldas a Melrose.

Le pareció oír el delicado ruido de otra pisada y por el rabillo del ojo vio cómo el otro agarraba el asa de una jarra.

Otro ligero ruido de la escalera siniestra. Gillian Pryor bajaba con cuidado. Un instante después oyó a Melrose gruñir y vio su brazo. Se encorvó y se dio una vuelta, intentando que el golpe cayera sobre unos músculos en tensión.

En el instante en que la jarra de cerámica se hizo añicos contra la cabeza de Thursday, éste se dio cuenta de que, por primera vez, la intención de Melrose había sido sincera y que le había golpeado sin fallar en la base del cráneo, todavía dolorido por el anterior golpe.

No tuvo tiempo de pensar más.

26

Sábado, 25 de diciembre, 2:45

Lo primero que vino a la mente de Thursday al recobrar el conocimiento fue que llevaba inconsciente bastante tiempo. Luego reflexionó vagamente y se dijo que no podía ser mucho, ya que podía oír cerca la voz de Melrose Finch y otra voz, más suave y sedosa… La de la mujer que le había hablado por teléfono, la voz de Gillian Pryor.

—… No hagas esa tontería, April. El viejo morirá un día de éstos y te daré todo el dinero que quieras —rogaba Melrose.

La mujer reía suavemente. Thursday se esforzaba en abrir los ojos, tenía que ver a Gillian Pryor; pero ya tenía levantados los párpados y no podía ver nada. Entumecido, sintió un escalofrío de pánico al pensar que el golpe en la cabeza lo había cegado.

—¿No podemos hablar de eso más tarde, cariño? —Casi susurró la mujer.

—Te quiero, cielo, no lo olvides.

Thursday lanzó un grito de alegría. Veía algo delante de sus ojos, un círculo luminoso, la brillante esfera desencajada de su reloj de pulsera. El sentido que estaba recuperando le dijo que la luz del sótano estaba apagada. Gillian debía haber dado al interruptor al bajar. Siempre prefería la oscuridad.

—Volveré contigo, pero déjame demostrarme a mí misma que puedo hacer esto a mi manera. Tengo el Velázquez para tu padre aquí cerca. ¿Quieres darme la caja de música, Melrose?

Thursday se puso de rodillas con cuidado. Su mano dio con algo firme y redondo como una alfombra enrollada, la pierna de Larabee. Se había caído encima del muerto. Empezó a arrastrarse en

silencio a través de la oscuridad hacia las voces.

—Mi yate está fuera, en la Roca. Vamos a dar una vuelta, cariño —suplicaba Melrose a la mujer invisible—. Dentro de una hora estaremos en Méjico y allí nadie podrá encontrarte.

Estaban cerca de las escaleras, no muy lejos de donde ahora se encontraba Thursday, que seguía deslizándose hacia el lugar donde venían las voces.

—Claro, corazón, pero antes sé bueno y dame la caja de música.

—Pero, April… te están esperando arriba…

Ahora estaba cerca, lo bastante para un ataque rápido. Oyó un ruido de cristales que se quebraban, echó pestes y se levantó de un salto. Había dado con el hombro contra un cajón de embalaje y había roto algunas cosas de cristal que estaban en el suelo de hormigón.

Melrose dio un grito de alarma. El detective embistió hacia el lugar de donde venía el sonido y agarró al heredero mientras intentaba echarlo a un lado; sintió un 504 puñetazo en la espalda y notó que unos dedos invisibles le tiraban de la chaqueta haciéndole tambalearse entre las porcelanas chinas. Al caer de rodillas oyó el ruido de unos pasos que se escapaban por la escalera de hierro.

Thursday intentaba desesperadamente ponerse de pie, pero Melrose estaba encima de él, clavándole los dedos en los hombros, con la respiración agitada por el esfuerzo. Thursday buscó a tientas en la oscuridad uno de los brazos de su atacante y lo encontró. Con toda su fuerza se inclinó inesperadamente y arrojó a Melroe por detrás de su espalda. El grito asustado del otro fue ahogado por el ensordecedor estruendo de las cajas que se cayeron al suelo.

Thursday encontró el primer escalón de hierro y empezó a subir, buscando a tientas el interruptor de la luz. Al fin lo encontró y lo apretó para encender la luz. Después de dudar un momento, volvió a bajar rápidamente al sótano, ahora iluminado.

Melrose Finch estaba bien. Yacía acurrucado contra la pared, medio sepultado bajo unas cortinas de encaje que se habían salido de unas cajas rotas.

Hasta abajo llegaba el ruido del jaleo del piso de arriba. Se oyó la voz de Lucian Pryor por encima del murmullo.

—¡Gillian!

Thursday subió las escaleras en tres hasta que por fin sintió la

brisa fría, salobre, que corría por la terraza de fuera y se precipitó en el estudio, que seguía oscuro.

En el vestíbulo de la casa, Thursday vio a Raschke, que empuñaba una Mauser automática.

—¿La ha visto? —preguntó Thursday a gritos mientras se acercaba corriendo al austríaco.

—*¡Nein!* El inglés fue al cuarto de baño. Yo oí una pelea y el señor Pryor dijo en voz alta el nombre de su hermana. Sin embargo, no me atreví a dejar la caja de música, temiendo alguna trampa. *¿Wo ist die Hexe?*

Thursday echó una ojeada rápida a la sala. La caja de marquetería todavía reposaba segura en la repisa de la chimenea. Oliver Arthur Finch estaba acurrucado en la silla, lleno de miedo, hundido en la bata como si fuera una tortuga. April y la señorita Moore no habían vuelto.

—Espere aquí —ordenó a Raschke, mientras atravesaba el vestíbulo para salir a la puerta principal, que estaba abierta. El Nash de April y el Ford de Lucian estaban allí, aparcados en su sitio. Thursday se detuvo, indeciso en el porche. Mientras decidía qué hacer, le llegó un grito largo y estremecedor procedente del acantilado que había cerca de la casa: exactamente, del puente de cuerdas.

Corrió por el camino que rodeaba la casa, dobló una esquina y se dirigió al acantilado. El puente, bamboleante, se perfilaba débilmente contra el blanco resplandor de las olas que rompían debajo de él, como un camino siniestro a través de la noche y el espacio, que dejaba sin respiración. Una figura solitaria y sombría permanecía de pie hacia la mitad del puente.

Thursday se dirigió hacia ella pisando los frágiles travesaños atados entre sí. Cuando Lucian miró hacia él y lo vio, el detective estaba a unos tres metros del inglés, cuyo cuerpo ligero parecía convulsionarse, agarrado a la maroma superior con las dos manos.

Las luces de la terraza de Finch se encendieron de repente y Thursday pudo ver las lágrimas que resbalaban por las pálidas mejillas cadavéricas de Lucian, cuya mirada estúpida fue reconociendo gradualmente al detective. Sus temblorosos labios se

afanaban en formar algunas palabras.

—¿Y su hermana? —preguntó Thursday tranquilamente.

Sacudiendo los hombros, Lucian se inclinó por el agarradero de cuerdas y se quedó mirando fijamente a un remolino de agua que había bajo el puente, en la zona que no estaba iluminada por la luz de la terraza. Thursday siguió su mirada hacia el agitado mar cuyas olas, al chocar, despedían gotas que llegaban hasta el puente y mojaban las tablas.

En una zona manchada de espuma tras una roca dentada, flotaba algo pequeño, redondo y azul que podía ser un sombrero de plumas.

—La alcancé aquí, en el puente —murmuró Lucian roncamente, sin poder apartar los ojos del agua—, iba corriendo hacia el embarcadero. La sujeté cao los brazos, y le supliqué que se entregara: ella accedió y me abrazó llorando pero entonces… vi que tenía un cuchillo er la mano. Estaba mintiendo —el artista miró inexpresivamente a Thursday—. Me iba a matar. ¡Iba a matarme!

El sombrero fue arrebatado por una corriente, que lo sacó de detrás de la roca, donde estaba refugiado. Las olas lo empujaron mar adentro y se hundió, desapareciendo de repente.

—Y así termina Gillian Pryor —dijo Thursday.

—No lo entiendo… no era mala —gimió con voz cansada.

—Lo que no podía comprender era por qué tuvo que asesinar a la señora Wister —empezó a razonar Thursday en voz alta, poniendo los codos en la maroma, hombro con hombro con Lucian Pryor. Parecían dos hombres precariamente suspendidos, lejos de la tierra y el agua—. Ya sabemos que Gillian no era moralmente un ángel, pero se enfadó mucho cuando Melrose intentó propasarse con ella. La señora Wister intentó retenerla y fue asesinada, por desgracia. Eso tampoco tenía mucho sentido. Usted es la única persona que ha tocado o abrazado a su hermana.

—Gillian a veces tenía reacciones extrañas…

—Sólo hay una razón por la que una mujer como Gillian no pudiera soportar que la tocaran —dijo Thursday echando una mirada de reojo a Lucian—, que no fuera una mujer.

El otro se enderezó lentamente, pero Thursday continuó inclinado sobre la maroma.

—Un hombre puede disfrazarse de mujer siempre que tenga la

complexión adecuada, una voz y una cara suaves… con tal de que nadie se acerque demasiado. Por eso Gillian no sólo tenía que actuar a oscuras, sino que además no se la podía tocar, ¿verdad?

La mano de Lucian descargó un rotundo golpe hacia adelante. Thursday dio un salto para atrás y se rió.

—Es usted un demonio —susurró el artista, casi tranquilamente. Se agachó un poco, con la cara hacia delante. Todavía tenía lágrimas en los ojos, pero sus facciones mostraban una extraña firmeza.

Los bordes de una espátula de hoja corta y brillante que tenía en la mano estaban afilados como si fueran hojas de afeitar.

—Se le acabó la buena suerte, Lucian. Tengo que admitir que ha interpretado bien el papel. No pensé que se atreviera a tener aquí el disfraz de Gillian, pero imagino que llevaba el sombrero del pájaro debajo de la trinchera, preparado para representar la escena de la muerte de su hermana. Todo lo que tenía ahí abajo, en la galería de Finch, era su bonita voz y la oscuridad, ¿me equivoco?

Pryor levantó un hombro, observando al detective que estaba a una distancia como de metro y medio.

—En realidad, no importa. Enterré su ropa y la peluca en el fango de detrás del motel, cuando usted estaba tan cerca.

La señorita Moore había salido a la terraza iluminada y miraba con curiosidad hacia los dos hombres. Thursday dio un paso hacia adelante.

—Lo del sombrero fue una buena idea… La primera vez que se lo puso llamaba tanto la atención que nadie se fijó en su cara, pero si estuviera casado sabría que una mujer no lleva siempre el mismo sombrero.

Avanzó otro paso por el inseguro camino de madera y cuerdas. Lucian retrocedió, con las manos extendidas hacia delante, moviendo descuidadamente el cuchillo. Las luces de la terraza le hacían parecer rodeado de una aureola no precisamente de santidad.

—No dé un paso más, Thursday. Esta situación no es la peor en la que estoy metido desde hace años. Ni un paso más… Ya no me importa a quién pueda herir.

—¿Por qué lo hizo, Lucian?

El inglés frunció los labios con petulancia.

—¿Que por qué? ¿Le parece tan extraño que un artista intente sacar algo de dinero del arte? Siempre son los marchantes los que se hacen ricos mientras los artistas se mueren de hambre. El «Bobo» es más mío que del conde Von Raschke.

—Sin embargo, usted destrozó todas sus pinturas.

—No le parece lógico, ¿no? Las grandes obras no son apreciadas hasta que han pasado siglos. ¿Y qué le importa entonces a su autor? No, los únicos que se benefician con el talento son los marchantes, los delincuentes como Raschke —dijo Pryor, arrugando la frente como si realmente estuviera suplicando un poco de comprensión—. Con mis obras ya no ocurrirá eso. Yo las hice y yo las destruí.

Thursday se acercaba por el inestable camino en mitad del aire.

—Eso me suena a justificación tardía. Usted basó todo este falso personaje de su hermana en April Ames, a quien suponía en Londres. Entonces, cuando usted se hizo pasar por camarera de hotel en el Fremont ayer por la tarde, se encontró con que ella había venido a San Diego. Eso significaba que usted tenía que deshacerse de ese retrato de April Gillian que estaba haciendo para Clapp, y sin que los polis se olieran nada, así que lo rajó… y como cada vez que se ve con ese cuchillito en la mano, se vio como arrastrado por la situación. Su hermana, ¿de verdad está muerta?

Paso a paso se iban acercando a la masa sombría de la Roca del Cormorán. Pryor intentaba guardar las distancias.

—Claro, murió en la guerra. Raschke fue quien la resucitó —dijo el pintor, con una risilla malévola casi silenciada por el bramido de las olas al romper en la costa.

—Quiere decir que usted tuvo que disfrazarse de mujer para poder registrar la habitación de April en aquella residencia de Londres para señoritas. Cuando Raschke le encasquetó el trabajo, usted se sacó a Gillian de la manga.

—Hasta cierto punto, Thursday, hasta cierto punto —dijo Pryor, con gesto torcido y cruel. Los ojos le brillaban como si reflejaran un fuego interior—. Y, sin embargo, hay veces que me he sentido como si realmente fuera Gillian. Ella tuvo una vida azarosa, ya sabe, la clase de vida que me hubiera gustado vivir a mí.

—El juego ha terminado, Lucian. Volvamos a la casa.

El artista se dio cuenta de que ya estaban casi en el otro extremo del puente y se detuvo.

—¡No se acerque, Thursday, se lo advierto! —exclamó con una voz aguda que se alzó por encima del viento—. ¡Gillian no dejaría que la tocase! —añadió, blandiendo la espátula, mientras Thursday se acercaba lentamente, con los ojos fijos en la sombría cara del pintor—. ¡No pienso volver para hacer frente a la gente y explicar, explicar, explicar!

Thursday avanzaba inexorablemente.

—Entréguese, Lucian.

—¡Atrás —gritó Pryor. Arrojó torpemente el cuchillo por arriba, como lo arrojaría una mujer. La hoja de la espátula brilló y el mango le dio a Thursday en la pierna, sin causarle ningún daño—. ¡Se lo advertí!

Pryor puso un pie en la red de cuerdas que iba del suelo a la maroma y empezó a subir lloriqueando.

—¡Mire bien abajo, caballero! —ordenó Thursday con tono brusco.

Sin querer, los ojos del artista se fijaron en el siniestro batir de las olas contra las rocas.

—No será una muerte muy rápida —dijo Thursday, acercándose paso a paso—. Será fría, ¿olorosa y nada espectacular. No tiene agallas para saltar, Lucian. Está muy alto.

Pryor estaba paralizado, con los pies en la red y su cuerpo delgado inclinado a medias sobre la fuerte maroma superior. El puente se movió amenazador.

—Nadie le está mirando, ni un alma. Estará solo abajo, en la oscuridad. Gillian puede que hubiera tenido agallas para hacerlo, pero usted no, Lucian. Usted no es Gillian.

Lucian Pryor retrocedió lentamente hasta el suelo del puente y permaneció pasivo e inmóvil mientras Thursday le agarraba fuertemente del brazo.

—Que Dios me ampare —dijo, sin ofrecer ninguna resistencia—, no lo soy.

27

Sábado, 25 de diciembre, 3:15

Thursday mantenía agarrado a Lucian Pryor por el hombro mientras se lo contaba a los otros, cuyas expresiones variaban desde el gruñido desinteresado de Oliver Arthur Finch hasta la perplejidad de la señorita Moore pasando por la marcada sorpresa de April. Raschke, que se había guardado de nuevo la pistola en el bolsillo de la chaqueta, permaneció de pie ante la chimenea de la sala como un ángel vengador.

—*¡Die Polizei!* —gritó—. ¿A qué imbécil se le ocurriría meter deliberadamente a la Policía por medio?

—Pryor lo hizo para justificar su estancia en la ciudad, que, a su vez, explicaba su relación con esta casa y también hacía más convincente el personaje de su hermana.

—Es increíble, Max, incluso de la forma en que lo cuentas. Parece un ratón tan inofensivo… —dijo April, sacudiéndose la melena rubia y observando a Lucian que miraba distraídamente a la alfombra.

—Un ratón con los dientes muy afilados, no lo olvides —observó Thursday, frunciendo los labios mientras miraba a su apocado prisionero—. Se puede admirar incluso a un ratón si lucha cuando se ve acorralado, pero Larabee y Niza fueron atacados a traición, y apuesto a que la señora Wister también. Es la única por la que realmente lo siento, porque se limitaba a hacer su trabajo.

Oliver Arthur Finch movió autoritariamente una mano que parecía una garra.

—Eso no nos importa. ¿Qué hay de nuestro trato? Todavía no se ha hecho cargo de lo de abajo, ya sabe.

—¿Larabee? —rió Thursday sarcásticamente—. Ya es un poco mayorcito para aprender esta lección, pero hay cosas que no se compran, como el que le ayude a quitarse de encima a la Policía. Tendrá que arreglárselas con Clapp directamente.

—Pero usted dijo… —gimoteó Finch, asustado.

—Ya sé lo que dije. Tenía una razón para hacerlo. Quería dar a Lucian una oportunidad para que pudiera actuar.

Raschke mantenía los labios fruncidos.

—Lo ha hecho muy bien, señor Thursday y se merece todas mis felicitaciones, pero perdóneme si me interesa más el paradero del «Bobo» que su prisionero.

—Sí, eso, Max… ¿dónde está el lienzo? —murmuró April junto al austríaco.

—Supongo —replicó Raschke, mirando ceñudamente al callado Lucian— que habrá que sacárselo. Me gusta la idea.

—No creo que sea necesario llegar a eso —repuso Thursday—. ¿Cómo va tu dolor de cabeza, April?

Los ojos azules de la chica parecieron sorprendidos.

—¿Qué?… mejor, gracias. Me he tomado una aspirina y…

—Una cosa que da mucho dolor de cabeza yendo en coche es respirar los gases del motor, lo cual sucede a veces, cuando el tubo de escape está atascado —al decir esto, Thursday hizo un círculo con los dedos de la mano que tenía libre—. El tubo de escape es redondo, así. ¿Por qué no se va a echar un vistazo, Raschke?

El conde se quedó pensativo y en silencio un momento, pensando en lo que acababa de decir Thursday.

—Le juro, señor Thursday…

—Lucian tenía que traer el cuadro esta noche. Y ése es el mejor sitio del coche que se me ocurre para esconderlo.

Raschke ya había salido de la sala. Le oyeron correr por el pasillo y luego se oyó el portazo de la puerta principal.

—¿Tienes suerte o es que de verdad eres tan listo? —preguntó April.

—Eso podría depender de ti, cariño.

—¿Dónde está Melrose? ¿Dónde está mi hijo? —gritó Finch de repente.

La señorita Moore se acercó a la silla del anciano.

—No se ponga nervioso, señor Finch, ya sabe lo que ha dicho el

médico…

—Ese hombre intenta destrozarme —dijo Finch, dirigiendo con los ojos amarillentos una triste mirada a Thursday—. Quiere hacerme parecer un asesino. Quiere acabar con mi reputación. ¿Dónde está mi Melrose? El no le dejaría hacer esto… —Al decir estas palabras, la voz se le quebró en un murmullo ininteligible y el anciano empezó a babear por las comisuras de los labios. La enfermera buscó la botellita verde.

—Pero ¿dónde has metido al hijo y heredero? —preguntó April al detective con una sonrisa burlona.

—Está en la galería, durmiendo. Si quieres causarle una buena impresión, baja.

—No te pongas tan serio, Max —replicó April con una suave carcajada—, prefiero quedarme en este piso y hacer manitas contigo. Además, no quiero perderme la explosión de alegría de Raschke cuando vuelva.

Thursday relajó los músculos de la espalda y llevó a Lucian hasta una silla ante la chimenea, donde lo sentó. El detective permaneció de pie detrás del inglés, sin soltarlo.

—Hablando de cuadros, los de Lucian nos deberían haber puesto en el camino, ya que son como él. Sus figuras eran detalladas, y en cierto modo realistas, pero no se podía distinguir entre hombres y mujeres. No digo que sea marica, es algo más complejo. Probablemente, Lucian no se considera ni hombre ni mujer. Siempre envidió la desenfrenada vida de su hermana, así que cuando se disfrazó de Gillian, todas su represiones salieron a relucir. Los psiquiatras hubieran disfrutado mucho con él.

—Quizá por eso me ha dado siempre un poco de repugnancia —musitó April—, sentía que había algo raro en él, pero no sabía lo que era.

Se oyeron unas fuertes pisadas por el pasillo y en seguida Raschke irrumpió en la sala, con la cara enrojecida por la emoción y sonriendo abiertamente, de manera que dejaba al descubierto los dientes de oro y las encías. Levantó triunfante el enrollado lienzo, con mano temblorosa.

—Enhorabuena, otra vez, señor Thursday —gritó.

April se acercó a él, contagiada de su entusiasmo.

—¿Es el auténtico?

—Lo juro, por mis años de estudio.

Con la contundente cabeza levantada por el orgullo, Raschke desenrolló cuidadosamente el lienzo de tela descolorido por fuera, dejando ver el «Bobo de Coria», la obra de arte de Velázquez perdida tiempo atrás. Thursday contuvo la respiración al darse cuenta de cómo le habían tomado el pelo hacía unas horas con la desvaída falsificación de Pryor. Los dos dibujos de las dos pinturas tenían el mismo tema, y ahí se acababa todo el parecido. Ahora el detective sentía como si estuviese viendo a un bufón del siglo XVII a través de una ventana de cristal ambarino. El toque compasivo del gran maestro hacía que el enano medio bizco no pareciese feo; resultaba sólo tristemente diferente de los demás hombres, sentado en el suelo, con una mirada pensativa que parecía pedir comprensión más que compasión.

Raschke volvió el retrato para que Oliver Arthur Finch pudiera verlo.

—Los reyes de España llamaban a estos tontos «gentilhombres de placer». ¡Qué apropiado resulta el apodo esta noche! —exclamó Raschke, exultante de júbilo.

El anciano estiró el cuello lleno de bolsas de piel hacia delante, mirando cuidadosamente la pintura.

—Está sucio —se lamentó quejumbrosamente.

—Sólo tiene unas manchitas —repuso Raschke intentando mantener la sonrisa forzadamente—, las puedo quitar yo mismo —añadió, enrollando de nuevo el lienzo mientras intentaba recuperar su entusiasmo—. Bueno, señoras y caballeros, creo que la función ha terminado.

—Todavía quedan unos cabos sueltos que la Policía tendrá que atar —dijo Thursday haciendo una mueca—. Clapp no me hablará en un mes por despertarlo a estas horas de la mañana el día de Navidad. Raschke, venga a apuntar a Lucian mientras llamo por teléfono.

Raschke asintió con la cabeza. Se puso el lienzo bajo el brazo y buscó la Mauser en el bolsillo de la chaqueta. Su expresión se ensombreció.

—Un momento…

—Eso es lo que tardaremos —dijo April—. No la tienes, Emil, la tengo yo. Créeme.

Todos se volvieron lentamente para mirarla. April estaba de pie en la puerta del pasillo, separada del grupo, sujetando con la manita enguantada la culata de la automática.

—Vamos a hablar de negocios —sugirió mirando las caras atónitas de los otros.

El austríaco fue el primero en reaccionar. Apretó el cuadro contra su pecho.

—Te lo juro, April, *Liebchen*. Para conseguir el «Bobo» tendrás que pasar por mi cadáver.

—No te pongas tan melodramático, Emil. Sabes perfectamente que no lo dices en serio. Yo no quiero tu lienzo. Me sorprende que ese «Bobo» esté a punto de convertirse en un caso célebre de la historia del Arte y en el objeto más reñido del mundo. El señor Finch lo reclamará, van a salirle propietarios legítimos hasta debajo de las piedras.

Thursday palpó con cuidado a su espalda y encontró la caja de música.

—¡No se le ocurra darle ese dinero! ¡Le digo que no se lo dé! —gritó Finch, alarmado.

—No tengo alternativa —dijo Thursday—, ya no está bajo mi responsabilidad. Le devuelvo su caja.

—Tengo que puntualizar —intervino Raschke, que carraspeó al decir esto—, señor Finch, que todavía no me han pagado el cuadro. El dinero se lo roban a usted, no a mí.

—Muy buena la puntualización, Emil —dijo April con una risita —. Tírame la caja, Max, pero con cuidado, por favor.

¡Parecía manejar bien la pistola. Thursday le tiró suavemente la caja de música por el aire. Ella la agarró limpiamente y se la apretó contra el pecho. Después, April miró al detective por encima del tambor de la pistola y le dirigió una dulce sonrisa.

—¿No llegamos a ir a tu despacho, verdad? Te echaré de menos, Max —dijo con una voz muy suave y llena de ternura como si estuvieran solos.

—Así es la vida, ¿no, cariño? El mismo sentimiento de siempre antes de la despedida habitual —replicó Thursday sin ganas.

—Sin embargo, te voy a echar de menos, de verdad. Algún día

quizá tengamos tiempo para la parte buena.

April miró a su espalda, sonrió maliciosamente a Thursday por última vez y echó a correr por el pasillo.

—¡Sígala, hombre! ¿Que se escapa! ¡Sígala! ¡Recupere la caja! —gritó Finch.

Thursday permanecía de pie inmóvil, sujetando todavía a Lucian por el hombro. Se oyó el ruido del motor del coche de April al arrancar, que se fue haciendo más débil a medida que el coche se alejaba.

—Lo tenía pensado desde el principio. Se aseguró de recuperar sus llaves en cuanto llegamos —dijo Thursday pensativamente.

—Anímese, hombre —le consoló Raschke, dándole unas palmaditas en el hombro—, nuestra April es un diablillo inteligente. No es ninguna deshonra ser vencido por ella. ¡Ojalá siempre acabara todo así de bien! —Al decir esto, Raschke, acarició el lienzo.

Finch empezó a increpar al detective como si estuviera delirando.

—¿Y usted se considera un detective? ¡No es más que un cobarde, eso es lo que es! ¡Deja que una jovenzuela le dé órdenes y robe mi dinero!

—Usted contrató a un hombre sin armas. ¿Qué esperaba?

—Esperaba aquello por lo que he pagado, eso es lo que esperaba —contestó el hombre, agarrándose al brazo de la señorita Moore para intentar incorporarse—. ¡Esperaba un hombre! ¡Todavía no ha oído mi última palabra, señor Thursday! —siseó amenazadoramente.

—Estoy seguro —replicó Thursday, sonriendo con sarcasmo—. April ha trabajado mucho, no lo olvide, se merecía alguna recompensa.

—¡Pero no de cien mil dólares! —gritó Finch.

—Y no se ha llevado cien mil dólares —dijo Thursday, quitándose la chaqueta en medio de un silencio sepulcral. Todos observaron sin habla cómo se desabrochaba la camisa y soltaba la hebilla de un cinturón con cremallera interior, para guardar dinero—. Había demasiados ojos pendientes de ese juguete, así que saqué el dinero cuando me cambié de pantalones.

Le tiró el cinturón de piel al anciano, que lo cogió al vuelo, se lo

puso en el regazo y, tras abrir la cremallera, empezó a sacar los billetes verdes y crujientes.

Los ojos de Raschke parecía que iban a salírsele de las órbitas. Dio unos golpecitos en el brazo del detective y preguntó gozoso:

—¿Quiere decir que nuestra April no se ha llevado nada? ¿Que el cajoncito secreto estaba vacío?

—Se ha llevado una caja de música antigua que funciona y todo. Es un bonito recuerdo —contestó Thursday, sonriendo un poco pensativamente—. ¡Ah! El cajoncito no está vacío. En el último momento me puse sentimental y metí una tarjeta de Navidad.

FIN



Pseudónimo conjunto de Robert Allison «Bob» Wade (1920) y H. Bill Miller
(1920-1961)
. También usaron el de Whit Masterson y Will Daemer y Dale Wilmer.

Wade y Miller se reunieron en clases de violín cuando ambos tenían 12 años. Asistieron a la universidad juntos en San Diego, abandonando los estudios en el último año para alistarse en la Fuerza Aérea de los EE. UU.

Juntos escribieron más de treinta novelas, de las cuales varias fueron adaptadas para el cine. La más famosa, Badge of Evil, fue llevada al cine por Orson Welles: Sed de mal.

Notas

[1] En español en el original. *(N. del T.)* < <